

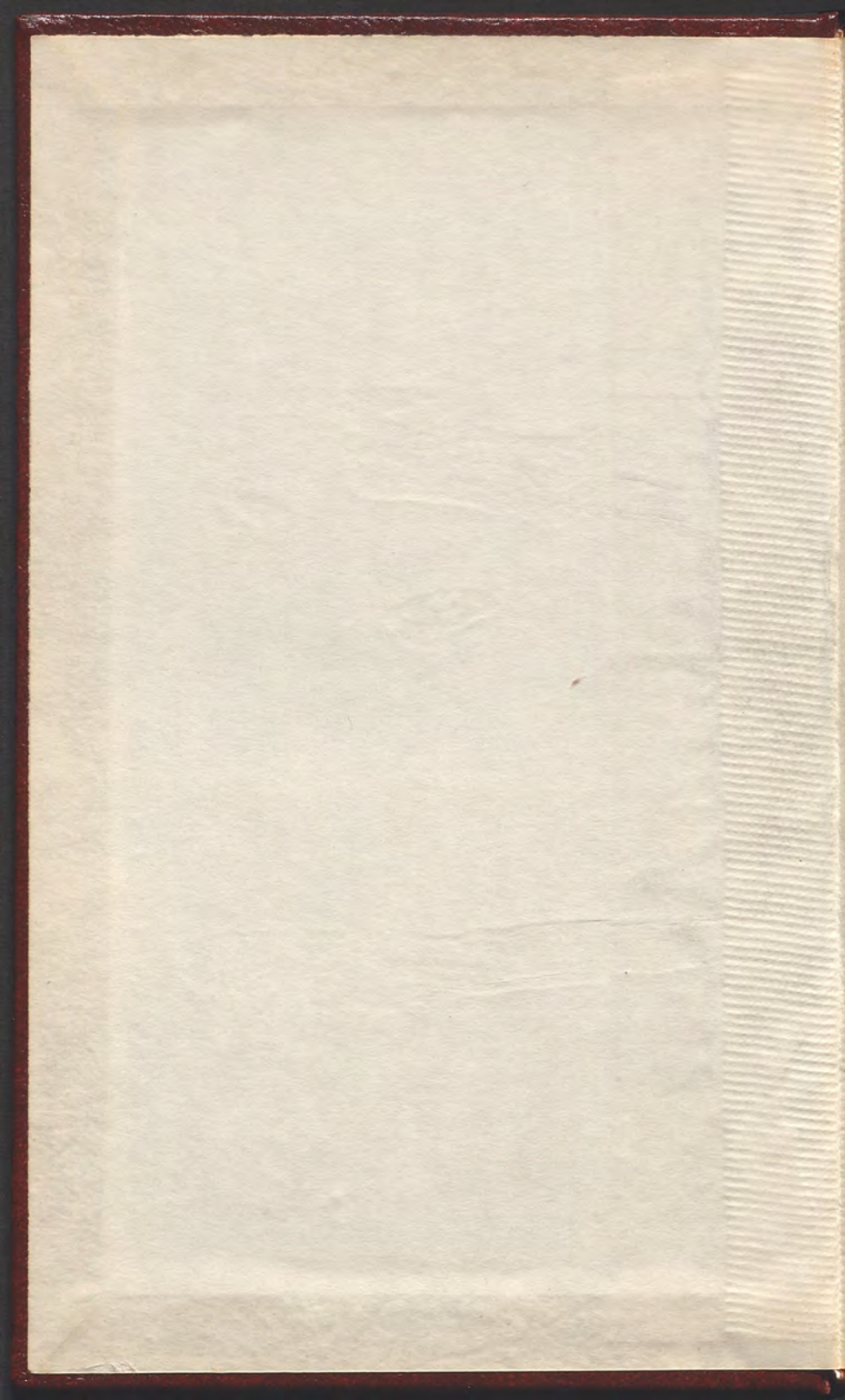
VAMOS MDY DESPACIO

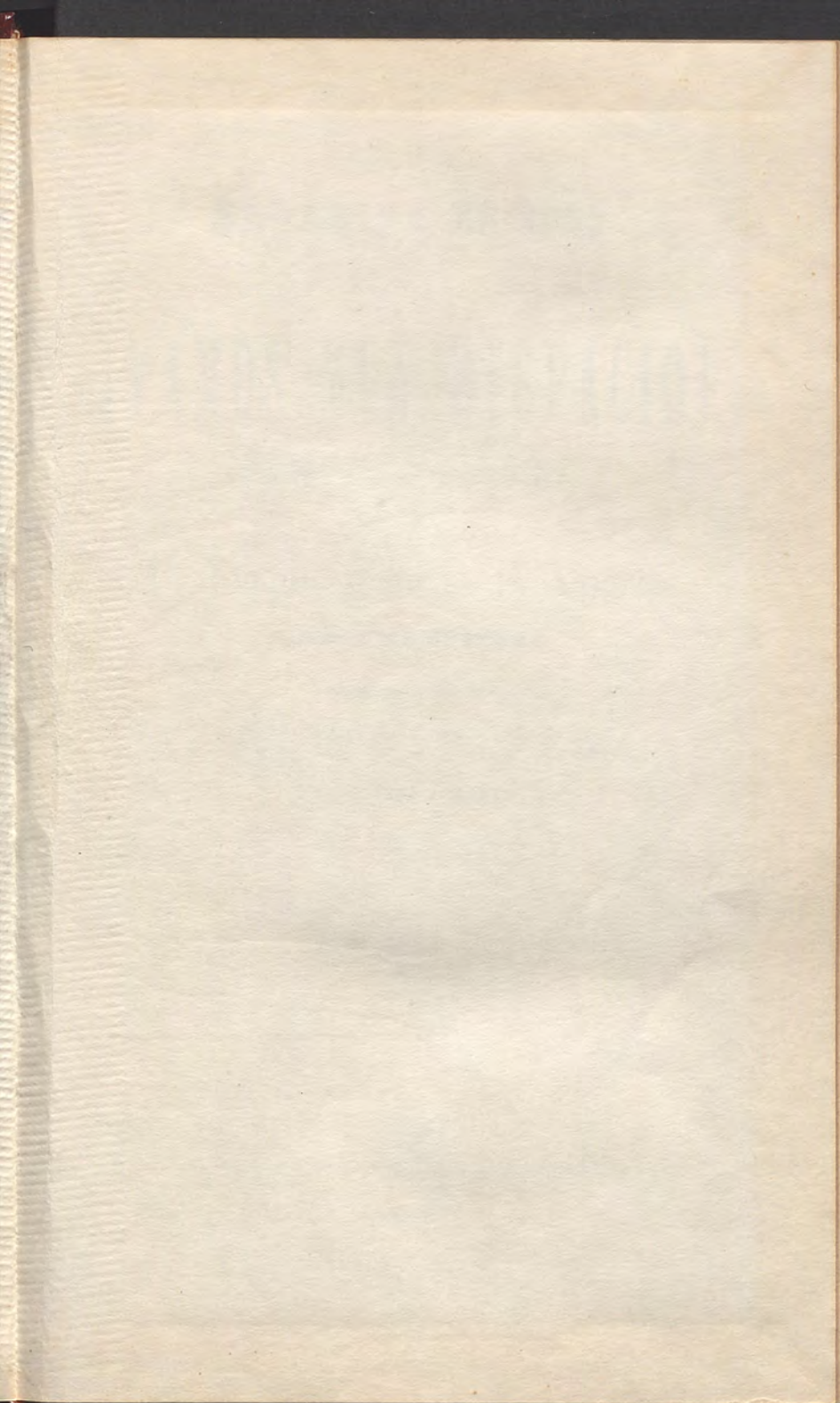
F. VIZARRA - ZARAGOZA EN 1887

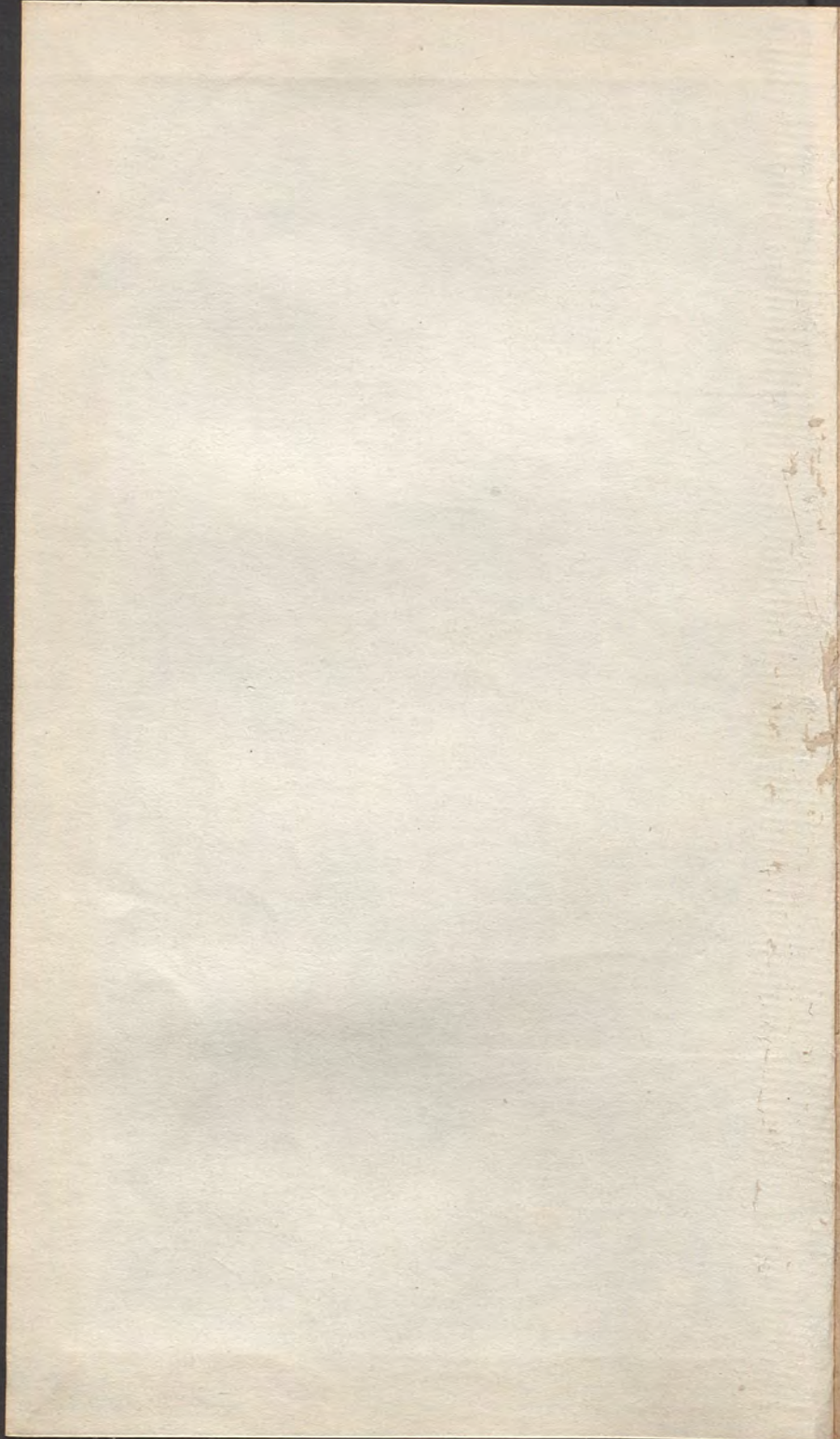
F. VIZARRA

6-31-200

6 31 2







G-31-200

26068

ZARAGOZA EN 1887

# ¡VAMOS MUY DESPACIO!

ESTUDIO CRÍTICO-DESCRIPTIVO

POR

D. Joaquín Gimeno F. Vizarra

Director de LA DERECHA

Con Prólogo original de

D. Joaquín Martón y Gavín

EX-DIPUTADO A CORTES



ZARAGOZA

Tipografía de LA DERECHA, San Miguel, 12

1888

A mi número 1.

Antonio Hernandez Jap  
neg

Joaquin Jimenez



# PRÓLOGO

---

## AL QUE LEYERE

---

### I



**B**IEN quisiera yo molestarte lo menos posible, benévolo lector, con las líneas de este difícil género literario, que ha descompuesto los puntos de muy doctas plumas; tanto para librar cuanto antes á la mía de tan grave empeño, como para que de seguida te metieras tú, tierras adentro del vasto campo esbozado en los calientes artículos que después de este *Prólogo* están reimpresos. Pero merece mucho la honrada intención del que los ha inspirado y el daño á la postre es para mí, con riesgo de la indulgencia que te pido.

Sea por los entusiasmos que en mi ánimo suscitan los intereses de mi patria y de nuestro nobilísimo antiguo reino; ó por el interés no pequeño y la curiosidad general que excitaron y

sostuvieron los artículos que con el título *Vamos muy despacio* publicó durante el estío pasado el periódico *La Derecha*; ó porque, haciéndome eco fiel de las impresiones y comentarios que su lectura provocaba en la deliciosa playa de la *Perla del Cantábrico*, escribí algo que sabía á elogio, del espíritu que los informa, ó porque la cortesía y afecto de D. Joaquín Gimeno y Fernández Vizarra me rindieron, ó no supe resistir, ó faltóme energía para negarme á estudiar y apreciar como se me invitaba conceptos de un bien sentido patriotismo, sean cuales fueren las diferencias doctrinales que separan al redactor de los artículos y al autor de estas páginas, el caso es que yo ofrecí trazar un prólogo para la edición especial de aquel estudio.

A cumplir, por tanto, mi promesa envío mi pluma, inspirada por todo, menos por el propósito de prodigar aplausos por cumplido, ni de ocultar el juicio propio sobre los puntos capitales. Entiendo también yo, que es necesario retocar la naturaleza y la expresión de los elementos morales de los pueblos; y que es necio hidalgo de gotera, quien ufanándose con las grandezas históricas del pasado, descuida el análisis de los vicios que han fraguado y nutren la decadencia presente.

## II

Sin más preámbulo, digo, que el pensamiento, tendencia y alcance de los citados artículos, se dirigen á demostrar, que si bien Zaragoza progresa, no lo hace á compás de lo que debía valer, de las leyes generales que rigen los adelantos modernos, y de las condiciones topográficas, sociológicas y económicas de este país, creyendo que podía esta provincia haber conseguido á la hora presente, un grado de perfección que no tiene, y que si no lo ha alcanzado, es debido á su pereza insana, á la pérdida de sus iniciativas, y á la manera de ser, de pensar y de obrar de sus hombres; concluyendo por proclamar la necesidad de



que se opere un cambio de carácter conveniente á todos, si Zaragoza ha de llegar como puede en su concepto, á ser en breve tiempo, una gran ciudad moderna y no un *lugarón* con todos los defectos de tal, y todas las miserias, todas las desdichas y todas las pequeñeces impropias de su rango y de su renombre; dejando de formar penoso contraste con Barcelona, Bilbao, San Sebastián, Ferrol y otras ciudades.

Sin perjuicio de acometer el examen de sus adelantos, bajo el aspecto moral y material, considero conveniente consignar incidentalmente que no hay por qué preocuparse tan penosamente á mi manera de ver, del contraste que Zaragoza pueda formar con Barcelona, Bilbao, San Sebastián, Ferrol y otras ciudades como opina el Sr. Gimeno. ¿Qué paridad en los términos de la comparación puede existir, con puertos de mar, con centros populosos de espontáneo y arraigado movimiento y riqueza industrial como Barcelona; con poblaciones á quienes la naturaleza ha dotado generosamente de tesoros mineros y de rías pintorescas, á cuya sombra han surgido fábricas, altos hornos de hierro colado, buques y colosales capitales ganados en Ultramar como Bilbao; con emporios de la moda, aunque de vida fugaz y de temporada como San Sebastián; ó con poblaciones dotadas de arsenales, astillero, diques y puerto seguro, con baluartes, baterías y otros elementos especiales que reclaman el valioso apoyo oficial y determinan la creación de numerosa clase obrera y la animada vida de taller como el Ferrol? No: sin negar á algunas ciudades de las citadas, pero sin reconocer en todas preferencias y superioridad, entendemos que no debe olvidarse cuando de crítica precisa y serena, ó de emitir juicios analíticos y apreciaciones comparativas y exactas se trate, que Zaragoza y Aragón, son y serán, al menos por largo plazo, zonas pronunciadamente agrícolas y por ende de lento desarrollo, sin que como las industriales, puesto que no existe semejanza en sus elementos, puedan soñar en maravillosas ó fantásticas transformaciones. Lo que sí sospecho es, que esa desventaja, está compensada con mayor firmeza, estabilidad y

normalidad en su marcha progresiva y vida ordinaria, y con menor exposición á padecer crisis tremendas, á sufrir asombrosas metamorfosis, ó á hundirse en bochornosas decadencias, y en el estupor y pesadumbre de las grandes catástrofes económicas.

Sin perjuicio de lo que en el número III de este *Prólogo* expondremos respecto del progreso económico de Zaragoza, comenzamos por reconocer el acierto que ha presidido en la elección del título *Vamos muy despacio*. Nada más gráfico, propio y expresivo que dicho epígrafe para sintetizar una opinión contraria á la de los que exclaman ¡Progrésate Zaragoza! Más decimos, lo mismo el epígrafe que el fondo de los artículos en que se enumeran nuestros defectos regionales, están inspirados en nobilísimos sentimientos y en levantadas ideas. Tal vez sean amores impacientes, pero son patrióticos; tal vez sea anhelo excesivamente vehemente en pro de Zaragoza y Aragón, pero perfectamente disculpable, en quien como Gimeno Vizarra, ha cantado con entusiasmo sus glorias, admira sus hazañas, la defiende diariamente con todos sus defectos y deficiencias en la prensa, y le desea con ardimiento otra vida, otro desarrollo y otra altura, á saber, la extirpación de sus defectos morales.

Pero entendemos que el problema planteado, es de lo más complejo y difícil que puede ofrecerse. Juzgar bien y con sobriedad y acierto una civilización, una época, un período histórico en medio de los cuales se vive, que no otra cosa significa pretender averiguar lo que Zaragoza es y lo que puede y debe ser, nos parece tema más adecuado para ser objeto de un concurso y premio en certamen literario, y más propio para ser desarrollado y discutido en una Academia, que delineado ó bocetado á grandes toques, ó ligeros rasgos, y resuelto bajo las impresiones del momento, ó de hechos recientes ó contemporáneos, con esa brevedad y hasta ligereza, peculiares de toda labor periodística, destinada por un conjunto de circunstancias y de época, á ser flor de un día y plato de curiosidad, devorado por la caprichosa, inestable y movediza opinión, ávida de emociones

hasta el extremo de que al despertar, echa de menos una sensación fuerte, ó una noticia trascendental, ya que no sea posible recibirlas por corriente eléctrica continua.

Y sin embargo de que el autor conoce perfectamente todo esto, atrevióse á dar su trabajo á la estampa en artículos diarios de corte periodístico. ¿A qué obedece tal empresa? ¿Es porque D. Joaquín Gimeno y Fernández Vizarra los tiene por obra acabada, precisa y detallada, en la que no faltan puntos de vista, ampliaciones complementarias y desarrollos convenientes, de suerte que sus amistosas censuras y tiernas reconvenções, estén justificadas y aparezcan fundadas y merecidas á los ojos de una crítica severa y fría ó de un juicio imparcial?

Opinamos negativamente, porque nos consta que el proyecto de tales artículos, brotó de una conversación seria y reflexiva, á la cual siguió muy pronto la concepción del plan y la ejecución apresurada del pensamiento. El mayor número de tales artículos cuenta los mismos orígenes que el Fénix; esto es, del calor ó cenizas del anterior, surgía el inmediato, y fresca la tinta de éste, era escrito el tercero y tomaba cuerpo el siguiente, con esa premura angustiosa de toda publicación diaria, y ante la necesidad de satisfacer en la estación canicular, la voracidad del insaciable exófago, que para el periodista tienen las interminables columnas de su periódico.

A nuestro modo de ver, el génesis y trazado de tan interesantes bocetos sociales, obedecieron á la idiosincrasia y manera de ser de su autor, cuyo temperamento político y genialidad literaria revelan los mismos. Es el Sr. Gimeno Vizarra según mi juicio, una de las más perfectas encarnaciones del hombre moderno, para quien la quietud y el reposo equivalen á inercia inexplicable ó bochornosa pereza. Pocos son los que en más ó en menos grados ó medida, pueden hoy sustraerse al influjo de una época, que tiene á su servicio y voluntad las fuerzas misteriosas de la naturaleza, domeñando para sus fines, la luz, el vapor y la electricidad. Casi todos vivimos de prisa como lo que nos rodea; nos sobran atenciones y nos falta tiempo, entre-

tenidos con exigentes necesidades nuevas, con impresiones frecuentes y distracciones constantes. La vida moderna abraza mucho, y apetece y solicita y ansía aún mucho más de lo que tiene; es menos ordenada que la antigua, está llena de accidentes que la sobresaltan hasta la inquietud; presume de más pujante, se muestra más aparatosa, y el rápido voltear de los sucesos y el revuelto torbellino de sus necesidades y de sus apetitos, exigen para nuestro complejo mecanismo social, más ruedas, mayores palancas, otras válvulas de seguridad, más amplias fuerzas, y para atender á todo, inteligencias mejor templadas, ó libres del atolondramiento que vida tan vertiginosa produce. Hay cierto desequilibrio entre los hombres y los problemas, y de aquí que todos andemos envueltos y comprometidos en las múltiples evoluciones de tan complicado mecanismo, y en el rodar febril de sus incesantes movimientos.

Joaquín Gimeno F. Vizarra está criado á imagen y semejanza de su época; vive vida vertiginosa y es á la vez catedrático, médico, concejal, periodista y político, con todo lo anexo y conexo á tales ocupaciones y sacerdocios, y con la multiplicidad de indirectas atenciones que de ello brotan y se derivan en la vida pública y privada. Así es que, apenas puede concebirse cómo el que momentos antes explicaba una lección de *Patología* á sus discípulos, sea el mismo que asiste á un enfermo, el que á primera hora de la tarde preside corridas de toros; el que levante tempestades en una sesión del Concejo al día siguiente, asista á un tribunal de exámenes de maestras, se le vea como dotado del don de ubicuidad, recorriendo los distritos electorales en una lucha dada, sea el autor del artículo de LA DERECHA que al caer la tarde se reparte, ó el que por la noche discute la política posibilista, ó cuestiones de conducta de su partido en el seno del comité.

¿Es posible pedir á hombre de atención tan repartida, meditaciones sostenidas lejos *del mundanal ruido*, y que con calma y aplomò, con madurez y sosiego, retoque, atilde, pula, corrija y perfeccione sus trabajos? No. Joaquín Gimeno es hijo

de la época en que vive. Pedidle que se multiplique y que se agite; exígidle que escriba un artículo y lo interrumpa para redactar una gacetilla cáustica, una réplica vivaz ó un suelto henchido de ingeniosas alusiones, que á la vez tercié en la conversación grave ó jocosa sostenida en la sala de redacción, que al mismo tiempo salude á los que entran y salen, y dé órdenes diversas y conteste á preguntas del cajista que dirige la composición del periódico, ó del regente que dirige la imprenta, ó del administrador que recibe instrucciones y comunica órdenes y encargos; que comente la actitud del Claustro universitario, el discurso de Castelar pronunciado el día antes, el suceso de actualidad á que se refiere el corresponsal ó el telégrafo, que hable del estado sanitario de la ciudad, de sus discípulos, de elecciones, de política y de cien cosas más, heterogéneas todas, y que á todo atienda, y lo conseguiréis; pero no esperéis reposo, indiferencia, ni tibieza, porque lo acompasado le atrofia, y el método simétricamente ordenado y la regularidad sucesiva é invariablemente distributiva le asfixia. Su consecuencia política, le da bríos que alguna vez han traspasado los límites de la propia defensa; y enzarzados los juicios en acusaciones tan deplorables como frecuentes en la prensa de provincias, por encontrados intereses de ideas y de empresas, rudos acentos de exaltación y de intransigencia, le llevaron á veces á lanzar afirmaciones no probadas y otras á decir verdades como puños. De imaginación fecunda y temperamento sanguíneo, difícilmente la educación y miramientos sociales, contienen la vena de sus catilinarias; y tenaz en la defensa, como duro en la acusación, podríamos decir, que le domina su pluma. Docto y celoso como catedrático, como escritor es fácil, conciso y claro; con nervio en lo serio, con vena en lo ligero, pero vehemente, rígido y descarnado con demasía en la polémica ó en el ataque, efecto de dejarse arrastrar más por una imaginación apasionada, que por su perspicaz inteligencia, más por el lado fantástico y brillante de las cosas, que por lo práctico y real. ¡He aquí por qué siempre serán terribles durante algunos años por lo menos, las

primeras impresiones de su fogosa minerva! Gimeno se asimila con facilidad, se entera con prontitud de las cuestiones, tiene agudo ingenio para aprovecharse de los descuidos de su adversario, y la inquietud de sus pupilas, sus movimientos, su palabra y sus ademanes, acusan un hombre con atrevimientos, de vivacidad suma, y con desenfado peligroso aunque natural; pero justo es decirlo, no siente ambiciones personales, ni lo mueven las ansias de medros egoistas.

Dicho todo esto, con previa demanda de perdón por parte del aludido, en gracia al derecho que tengo de conservar mi independencia y libertad de acción y de criterio, puesto que escribir un *Prólogo* no significa lisonjear ni aplaudirlo todo en absoluto, analicemos el fondo de los artículos.

Los artículos I y II, correcta, precisa, elegante y magistralmente redactados, merecen todos los honores de la meditación, por los que más ó menos directamente ejercen influencia en las cosas y asuntos de Aragón. ¡Qué grandes verdades expone! Que esta comarca se resiente de pereza oriental hasta el punto de que el *mañana* es todo un procedimiento; que se recela con excesiva facilidad de todo movimiento, acto ó impulso creyéndolo interesado; que la maledicencia y la calumnia vertidas en voz baja por cuatro vagos y necios, tan necesarios para la *mise en scene* de la cosa pública como inútiles, hacen suerte y camino y son acogidas fácilmente para quebrantar ó aportillar prestigios, mermar reputaciones ganadas en honrada lid, ó empañar hojas de servicios desinteresados y patrióticos que ellos no pueden ofrecer; que la indecisión y el poco apego á lo que tiene los riesgos del azar ó la ventura, impiden la realización de proyectos y producen el *statu quo* y la falta de movimiento fecundo de la vida del negocio y que hay *coterios* siempre dispuestas á crear obstrucciones, obstáculos y contrariedades á todo el que se levanta del nivel común, envidiosos de la ajena gloria, nos parecen hechos dolorosos, de una existencia real que abruma.

Lo que sí creemos nosotros, es, que casi ninguno de estos defectos apuntados, son peculiares de los *aragoneses*, si no por

lo contrario *comunes* á todas las provincias. En todas ellas se repite que *nadie es profeta en su patria*, y los desengaños de la vida pública en cuanto á hombres; los desencantos y disgustos que han traído en pos de sí proyectos y negocios con brillo y aparato y hasta con aparentes garantías de seguridad presentados; las irregularidades descubiertas; las impunidades obtenidas de actos incorrectos á la sombra ó con pretextos políticos; lo mucho que desgraciadamente abundan los *hombres aprovechados*; el afán inmoderado de medro, el ejemplo de impúdicos é inmerecidos encumbramientos y lo asombroso é inverosímil de ciertas elevaciones y rápidas carreras, la excesiva facilidad con que la moderna sociedad da el *exequatur* ó el *transeat* á ejemplos perniciosos, la flojedad con que mira ciertas cosas y esa tolerancia que por lo exagerada parece complicidad con lo osado, lo tornadizo ó lo inconsecuente y otras concausas, han producido aquellos defectos, que por lo poco disimulados, dan carácter ó fisonomía á una época y que por referirse á los hombres que más bullen, intervienen y se agitan, parece regla general la excepción.

En los artículos III y IV, se imputa á los zaragozanos tendencia marcada á considerar extraordinario todo lo que viene de fuera, y por más que no se citen en apoyo de tal tesis más que casos particulares, no debe causar extrañeza, supuestas otras premisas, ó sean los rencores de familia, el deleite en el mal ajeno y el desdén hacia lo doméstico. En nuestro concepto, supuesto aquéllo, esto no es más que otro aspecto de la cuestión, ó forma y desarrollo del mismo tema.

El artículo V, es para nosotros la clave y el que contiene la síntesis del problema social-local que nos ocupa. De lamentar es, que por apresuramiento, ó por reservar su desarrollo para otro trabajo que á nuestro entender se impone, detallando nuestras virtudes, ó bien escribiendo el *ayer, hoy y mañana* de Zaragoza, no se hayan desarrollado otros conceptos apenas iniciados.

Sea de ello lo que fuere, parécenos indudable la avasalladora influencia que la facilidad de comunicaciones ha ejercido en el

cambio de costumbres. Antes, cada comarca tenía su tipo peculiar y condiciones de carácter, costumbres y manera de ser tan propias, que se diferenciaba de las demás, sin que ninguna pudiera confundirse; hoy obedeciendo todas á la ley general de la unidad, se comunican, se unen, se confunden, se relacionan, se influyen recíprocamente y desaparecen los particularismos regionales. Decae lo indígena y se arraiga lo importado.

El impulso está dado y cual más, cual menos se despoja de lo tradicional é histórico y dejándose arrastrar las provincias tal vez con exceso por un irreflexivo espíritu de novedad, accogen lo de los vecinos y descuidan lo suyo de abolengo.

La *garnacha*, el *capirón*, los *capellos* en hombres y las *mantelotas* forradas de piel de conejo, la *escarlata* y el *celand* en las mujeres del siglo XIII, las *cofias*, el *toallón* y el adorno *agnus dei* que usaban las mismas en el siglo XV, las *sayas* de *puntas* con bordados de oro y plata y los *jubones de tisú* del siglo XVI, desaparecieron, hasta el punto de no ser conocida su existencia, más que de los aficionados á la *indumentaria*, unas veces antojadiza y otras estética, en sus manifestaciones.

Van desapareciendo los *modismos*, destiérrese el peculiar acento de las regiones y todo tiende al *uniformismo*, ó como si dijéramos, á lo clásico. Hoy mismo queda ya entre nosotros muy reducido el uso del calzón; apenas se conoce el pañuelo en forma de adorno de cabeza; á la manta ha reemplazado el tapaboca y se ha generalizado el pantalón y la gorra; y fuera de la clase labradora que se resiste cuanto es posible, en las demás, los jóvenes artesanos y de la clase media de ambos sexos, parodian á los *chulos* y á los *majos*, y van vistiendo con *dejo flamenco* ó corte *gitano*, completamente exóticos.

No sé si después de este estado de conmoción y trastorno, brotará un tipo pronunciadamente nacional, ó se realizará un salto atrás, y cada pueblo recobrará su aire originario y su fisonomía secular.

El artículo VI, llega hasta dudar que hoy se repitieran las épicas explosiones de amor patrio y los titánicos heroísmos que



en pro de la integridad de la patria, registra la historia de Zaragoza. ¡Tanto se ha transformado nuestro antiguo tipo, en concepto del Sr. Gimeno!

Atrevido es el artículo y por demás duros y desconsoladores sus augurios. Nosotros no participamos de tales recelos y ¡ojalá que jamás sean un hecho!, porque la guerra de Africa demostró que todavía vive la raza de los héroes de la Independencia, ó de los valientes de Zaragoza; y la cuestión de las Carolinas, dió á conocer, que cuando del honor y de la integridad del suelo patrio se trata, nuestro país se agiganta y se suceden espontáneas, las explosiones patrióticas de ardor bélico.

¿Ni qué ventajas traería hundirnos en el desencanto de tales incredulidades, ó en el vacío desconsolador de tales desalientos?

Cierto es, que nuestras costumbres modernas no se avienen muy bien con el *dignum et decorum est pro patria mori*, que era el mote de los tiempos pasados. No negamos que podrían citarse á este propósito, ejemplos recientes de otros países en confirmación del rebajamiento de caracteres, de esa afeminación que nos corroe, del egoismo personal que nos invade, de ese amor á la vida muelle de los placeres que nos domina y de la duda é incredulidad que nos rodea y que entibiando entusiasmos, creencias y fe en cosas y personas y haciéndonos víctimas de un realismo excéptico y brutal, arranca del corazón el poético perfume y el purísimo culto á santos ideales y á sentimientos elevados, del más sublime y consolador espiritualismo. Probable es, que del fango de placeres en que se agita la vieja Europa, no resulte más que un estado morbozo, anémico y falto de virilidad, con un lógico cortejo de vicios y de fatales consecuencias en el orden moral, lo mismo en el individuo que en las colectividades, pero ese día no ha llegado todavía, para felicidad de todos.

Explicando la falta de patriotismo, alega y reprueba en los artículos VII y VIII, las ironías, estorbos y hasta maledicencias puestos en juego, contra la construcción de un edificio monumental, para enseñanza de la Facultad de Medicina.

Análogas lamentaciones y discurriendo bajo idéntico punto

de vista, exhala con motivo de la construcción de un nuevo puente sobre el Ebro en el artículo IX; hablando de los obstáculos que ha tenido que vencer la sociedad constructora de los tranvías en el X; de la instalación del telefono en el XI; combatiendo el apego á los rutinarios procedimientos del cultivo en el XII y censurando cuestiones de forma y de conducta en el XIII y XIV.

El artículo XV, va encaminado á censurar el relajamiento de nuestra proverbial formalidad, la pérdida de antiguas prácticas y la tendencia á la frivolidad.

He aquí otro artículo que á nuestro modo de ver, es susceptible de serias ampliaciones y en el que es sensible no se haya fijado más detenidamente su autor, desarrollándolo y descendiendo á otros detalles importantísimos.

No negamos que se haya quebrantado y que sea tenida en menos respeto aquella *palabra* aragonesa, igual en valor y garantía á una escritura, según se creía, efecto de la lenta y casi imperceptible, pero efectiva transformación de caracteres regionales que se viene operando; pero abrigamos el convencimiento de que la pérdida de tan estimable cualidad, ni es general, ni puede suponerse en las clases, en que está arraigada la idea del honor, por inclinación natural, por especial educación, ó por superior cultura.

Y en cuanto, á si el negativo concurso que los tribunales encuentran en la opinión, para depurar la delincuencia ó designar el autor ó reo de delitos públicamente perpetrados, acusa falta de *valor* y *entereza*, preciso es en nuestro concepto al menos, tener en cuenta otros motivos y concausas que en ello influyen, cuales son, la fuerza de las preocupaciones tradicionales, los vicios del procedimiento, los temores á secretas venganzas, las corruptelas, los errores humanos y otras cuyo examen nos distraería de nuestro plan y nos alejaría de nuestro objeto. Por eso decía perfectamente un notable articulista lo siguiente:

“Aquellos sentimientos de bizarra gentileza é hidalga caba-

lherosidad, que han trazado páginas de heroica abnegación en la patria historia, marcando así con indelebles trazos uno de los elementos del carácter español, han hecho mirar siempre como bajo y mal nacido al que se presentaba á declarar contra un reo; y estos sentimientos, hijos de tan nobles aspiraciones, si han podido modificarse ante superiores necesidades entre las clases ilustradas de la sociedad, siguen constituyendo aún el fondo de creencias y norma de conducta entre el vulgo de campos y ciudades. Para ellos, el que atenta contra la vida, la honra ó la fortuna de sus conciudadanos, pasado el primer momento de justa indignación producida por el delito, tan pronto le ven en poder de la justicia, ese criminal, al principio aborrecido, es no más que una víctima, un desgraciado, á quien si la vindicta pública condena, el testimonio individual absuelve, no atreviéndose á contribuir francamente con sus manifestaciones á agravar su triste situación.

De aquí, esos testigos que no han visto nada, que no han oído nada, que no recuerdan nada, que les parece que sí y les parece que no, que no pueden recordar fijamente, y que á lo sumo "han oído algo,," pero no lo saben de cierto.

Y gracias que todo fuese compasión y alteza de miras, porque no es oro cuanto reluce. En este naufragio de ideas, de principios y de sentimientos que atravesamos, si se descende hasta el último peldaño de las negras realidades de la vida, fácil es hallar con tan poco trabajo como buena fortuna la razón de estas deficiencias de la prueba testifical. No hay más que ir á un pueblo cualquiera y orientarse de su situación política y administrativa, saber quién es el cacique en auge y quién el que está en desgracia. La acción administrativa y la acción judicial—hay que reconocerlo por triste que ello sea—siguen más ó menos descubiertamente el rumbo que traza la aguja política en la brújula del cacique reinante, y las ligazones políticas llegan á donde no debieran extenderse jamás: á declarar santos é impecables todos los partidarios, á proclamar criminales y réprobos, todos los contradictores.

¿Quién va á declarar bajo esta presión constante?—El que se arriesga á responder lealmente al mandamiento judicial y declara lo que sabe y lo que es verdad, puede contar con que adquiere en el reo un enemigo capital, que por sus condiciones de vecindad y conocimiento del testigo estará acechando día tras día el momento de vengarse del que le descubrió, á quien atribuye todas sus desgracias, cuando debía atribuírselas á sí propio y á su mala conducta, enemigo que satisfará sus odios á la primera ocasión, si es absuelto, y si no es absuelto también. Porque merced á esta costumbre, elevada á sistema, de indultar á todo delincuente y de otorgarse, aun á los más desalmados, indulto tras indulto, el delito que debió purgarse con algunos años de privación de libertad, se satisface con unos cuantos meses, y el penado regresa del presidio más cruel, más insolente, porque ya sabe que eso de condenas no es tan terrible como se cree, y más despierto que cuando salvó el linde que separa la vida del hombre honrado de la del criminal.

Así es difícil que haya testigos, ni menos testigos veraces con esta perversión de ideas, de que son responsables en primer término los que ejercen el poder, atentos siempre á sacrificarlo todo á la pasión de mando, y que, lejos de practicar aquello de "hágase justicia y húndase el cielo,," creen que vale más gritar "salvémonos nosotros aunque perezca la justicia.,,"

No es obra de un día ni de un año el corregir ese viejo defecto encarnado en las clases inferiores de la sociedad, que implica ya en ellas un vicio constitucional ó de organismo: mas conociéndose como se conoce, mucho puede hacerse, si se va llevando poco á poco á esas inteligencias oscurecidas la necesidad de ayudar la acción judicial, y si se procura por otra parte garantizar de efectiva manera la seguridad de las personas y la fortuna del testigo contra los arranques de injusta venganza, garantía que muchas veces rayará en lo imposible, si ha de continuar campando en los pueblos por su respeto, la maldita planta del caciquismo.

Si alguien dudase de cuanto decimos ó creyere exagerada

esta relación, no tenemos más que remitirle á enterarse de lo que ocurre en la mayoría de las Audiencias de lo criminal al celebrarse las sesiones de los juicios orales. Los testigos han declarado ante el juez instructor y han declarado á veces la verdad, porque creían que todo se quedaba en el secreto del sumario: al ver la publicidad del juicio, dan explicaciones, atenúan, contradicen sus primeras declaraciones, puesto que, suspicaces y recelosos, ninguno quiere arrojar la primera piedra contra la culpabilidad del presunto reo. Flaquea la prueba, el fiscal modifica sus conclusiones, el defensor saca el partido posible de la situación, y el término de todo, es la absolución del procesado, con escándalo de cuantos en público no dijeron nada, y calladito y al oído refieren con pelos y señales todos los accidentes del delito y la participación en el mismo del acusado.„

Por lo demás y á fuer de imparciales debemos decir, que hemos tratado á varios Jueces que se han extrañado y sorprendido al corto plazo de ejercer su cargo en Aragón, ante la inesperada para ellos *espontaneidad*, con que hasta los reos confiesan su delito, en la primera declaración que rinden; y el ya largo ejercicio de nuestra profesión nos ha enseñado, que todavía se consagra culto á la palabra empeñada y se reconoce sin esfuerzo, (siendo no difícil el poderla eludir) la existencia de contratos ú obligaciones meramente *verbales*. Y la criminalidad que acusa la estadística judicial con referencia á este país, es precisamente debida, á que como los delitos se prueban y se designan los reos, hay mayor número de sentencias *condenatorias*, cuando por el contrario, preocupa hondamente el excesivo número de *sobreseimientos* dictados por otras Audiencias, debido á la imposibilidad de recabar prueba suficiente, efecto del silencio ó cobardía de los testigos, y falta de concurso de la acción social, indispensable elemento de los tribunales.

En cuanto á las componendas electorales, caciquismos, abusos en la emisión del sufragio y otros vicios de esta índole, ¡cuánto podríamos decir y cuánta responsabilidad alcanza á los nuevos apóstoles, empeñados en hacer políticos al jornalero y al me-

nestral, distrayéndolos de su trabajo, arrancándolos de su modesta esfera, enardeciendo su espíritu, llevando la perturbación á la cosa pública y el desasosiego á su corazón!

La tendencia á la frivolidad está de moda, y no es por tanto de extrañar que en Aragón tenga resonancia ó repercute también. El filósofo y el pensador son tipos anticuados y los estudios serios son postergados á la *erudición á la violeta*. La tragedia patética y el drama romántico abandonan avergonzados el teatro, ante el realismo, el efectismo, lo bailable y lo picaresco ó provocativo. Un escritor ha dicho que *no somos la generación del libro, sino la generación del periódico*, y la prensa misma, convencida de que los artículos de fondo ó doctrinales de que antes se ufanaba, son ya impedimenta enojosa y enseñanza indigesta para nuestra época, los economiza cada día más, y rindiendo culto de empresa ó transigiendo con el gusto público, los sustituye con noticias, recortes ó impresiones. La elocuencia parlamentaria se aprecia por la extensión de los discursos, por la retórica, por los rasgos de ingenio, por las galas del lenguaje ó por la filigrana de la palabra, y hasta la sagrada, por la belleza de la forma externa ó por la más acomodada al gusto de la época ó estilo moderno, siquiera sea hasta casi profano é impropio.

¿Qué más? La gobernación del país se resiente de falta de gravedad, y ojalá que en los consejos de la Corona intervinieran más hombres de carácter serio, para neutralizar el influjo de regiones de genio ligero, bullicioso y frívolo, fecundas en hombres muy á propósito para la vida aparatosa, brillante ó fantástica de ese funesto y exagerado parlamentarismo que nos ha invadido, pero no tanto para administradores, gobernantes y verdaderos hombres de Estado.

El artículo XVI pone en duda nuestra estimable cualidad característica del *tesón*, citando asuntos, en los que á nuestro modo de ver, no han faltado, ni buena voluntad, ni gestiones constantes, ni los esfuerzos de todos, persiguiendo favorable desenlace; pero aun aquello supuesto, no sería imputable tal

cambio á la masa social, sino á los hombres públicos que han gozado ó gozan de favor oficial.

Por lo demás, el citado artículo se presta á serias meditaciones. Aragón que ha pesado mucho en la balanza gubernamental, en momentos solemnes de crisis política ó de conflictos de orden público, hasta el punto de ser decisiva su actitud y comprometer la vida de una situación, ejerce escasa influencia en las esferas del poder, y vive por rara anomalía, temida á la vez que desatendida. Escribe épicas hazañas en 1808; es el *vedado de la Reina niña* en la primera guerra civil y el baluarte de la causa liberal siempre; no ha economizado su sangre ni sus tesoros, ha derrochado su valor y su heroísmo en episodios que cuentan la historia antigua y moderna, pero ello no obstante, las gracias oficiales escasean, y apenas se registran atenciones ó favores del poder público.

¿Qué causas explican este fenómeno tan repetidamente observado y que á tantos preocupa? ¿Es que este suelo es estéril é infecundo en inteligencias?

No y mil veces no. Fácil nos sería citar nombres respetables en todas las profesiones, y competencias en los diversos ramos del saber.

Aragón es pueblo más que brillante, de buen sentido; más que grandilocuente, razonador; más que poeta, de recto juicio; más que de frase florida, pensador. No gusta de atavíos retóricos, ni le seduce la facundia meridional, ni el estilo oriental es su predilecto. De aficiones germánicas, prefiere el estilo conciso y exacto como la aritmética y severo como una ecuación; y en sus manifestaciones intelectuales, obsérvase tendencia marcada á ser metafísico en el fondo, rígido en la frase como un romano y sentenciosamente lacónico como un espartano. Aquí queremos más que rasgos de agudo ingenio, seriedad y fondo; más que extensión, intensidad, lógica y análisis; más que fogosidad, razones y argumentos sólidos.

Y no de otra manera nos explicamos, los infinitos triunfos alcanzados por el personal aragonés en las oposiciones á cáte-

dras, y la escasez de políticos y hombres de Parlamento á la española.

Pero existen otras causas de origen individual y colectivo que explican estos contrastes. El aragonés, lejos de ser cosmopolita y gustar del azar y de la vida aventurera y accidentada, tiene apego irresistible á no salir de su país y frenesí por regresar á él si el destino le lleva fuera; tanto, que hasta nuestros Diputados y Senadores, apenas residen en Madrid y cercenan el tiempo de cada legislatura, y entibian sus relaciones y consagran poco tiempo al culto de amistades personales, que tales maravillas produce, con asombro de los que no comprenden fácilmente esos vínculos, condescendencias, atenciones, y no sé qué especie de asociación innominada, espontánea y convencional de seguros mutuos, que existe conocidamente en la Corte, entre los hombres del *Estado-Mayor*, de encontrados bandos, opiniones ó partidos, para su uso exclusivo.

Nuestra clase media mira con prevención y recelo equivocados y casi como un acto de complacencia, debilidad y pérdida de independencia, á todo hombre público que acepta puesto oficial en su situación ó partido. Exagerando su altivez genial ó víctima de espejismos ó extravíos políticos, tiene por gran pecado cobrar del presupuesto, y de aquí la casi inexistencia de ese cáncer llamado empleomanía en nuestro país, el retraimiento y la falta de estímulo, y el mal para todos de no tropezar apenas en los elevados centros, con funcionarios influyentes, que pueden facilitar la pronta solución de aquello á que de justicia se tiene derecho indisputable. ¡Error funesto! ¡lamentable alucinación dentro del sistema representativo, que es todo trabazón y engranaje, ponderación y mecanismo, armonía y concierto de fuerzas y poderes que mutuamente se auxilian!

El aragonés, genéricamente hablando, es modesto y hombre sin pretensiones y entusiasta de su independencia y libertad individual, y aborrece la coyunda, la sumisión obligada y el vasallaje ciego ó inconsciente. De aquí nace una aspiración natural y espontánea, á colocarse dentro de su propio país,



en las condiciones sociales más adecuadas á su gusto, aptitud ó inclinaciones, y que todos nos preocupemos ante todo y sobre todo, de asegurar nuestro porvenir, y fundamentar nuestro estado familiar de una manera habitual permanente, adoptando cada uno la ocupación que lleva consigo el oficio, arte ó industria que prefiere, ó la profesión á que se ha dedicado; es decir; en este país existe una honrada é irresistible tendencia á constituirse cada cual de una manera estable, y repugnancia ó temor, á fundarlo á la sombra de los movedizos vaivenes de la política, que todos aceptamos como cosa accidental, transitoria, pasajera y secundaria, y nunca como elemento de medro personal, nunca como pedestal, base ó forma de satisfacer por azar ó por asalto, apetitos inmoderados, sino como concepto elevado y manera honrada de coadyuvar á la mejor gobernación del país, de intervenir con legítimo derecho, ó de procurar el bienestar de nuestra querida patria.

Esta manera de ser, produce lógicamente ese espíritu altivo, casi altanero, áspero, duro y hasta terco que se nos atribuye muchas veces en son de agravio, pero del que yo me ufano, porque ya que tantos acomodamientos, ductilidad, afeminación y flaquezas nos rodean por todas partes, bueno es que haya también pueblos vigorosos, aparejados para la resistencia y la fatiga, caracteres firmes ante los halagos que seducen, valientes ante la amenaza que acobarda, ó enteros ante los desdenes del poderoso, que desalientan ó rinden.

Semejante temperamento, es poco á propósito para la política menuda, bizantina y de bajo imperio que nos rige años há; es incompatible con esos procedimientos tiránicos, con esas exigencias de sumisión incondicional impuestas por los jefes de partido, mal disimuladas con la falsa calificación de *disciplina*, con la manera de ser intolerante y musulmana de nuestras parcialidades políticas que reprueban hasta tal punto las discrepancias de criterio en lo accidental y en lo opinable en sus afiliados, que los excomulgan como rebeldes, ó la anatematizan como díscolos ó disidentes.

Este carácter individual, tan poco dado á la lisonja y á la adulación, hace que la colectividad ó sea el país, sea refractario á apoyar ciegamente causas determinadas, á seguir la suerte ó las aventuras de una personalidad y á ser fetiquista supersticioso, de satélites políticos, como otras regiones, provincias y distritos; y esto supuesto, no es de extrañar la tibieza, la escasa afición, el desdén, la indiferencia y poco favor oficial que gozamos, dada la manera de ser de nuestra defectuosa organización y el complicado mecanismo del falso sistema político vigente, fundado en la reciprocidad de favores, en el eterno *do ut des*, en la adhesión ciega, ó en la complicidad sin empacho.

El carácter peculiar de cada región, depende de leyes históricas; y un pueblo que se ha educado en medio de disturbios, de confederaciones de señores soberbios, recargados de prerrogativas, hasta el punto de confundirse su autoridad con la de los Reyes; de alianzas entre ejércitos formados por aquellos *Ricos-hombres* que con sus pendones y calderas amenazaban ó se imponían; de Prelados turbulentos, que al abrigo de sus fortalezas resistían á mano armada al Monarca; de privilegios como el especial de la *Unión* y el *General de Aragón* más amplio que la *Magna Charta* de Inglaterra; de instituciones como el *Justiciazo*, *Supremo Magistrado intermedio entre el Rey y el pueblo* y *único en el Orbe*, como decía D. Fernando de Aragón, ó *el mayor oficial lego del mundo*, según D. Pedro de Luna; con elementos como el de las *Universidades* y la *Diputación del Reino*, con recursos como el proceso privilegiado de la *Manifestación*; aleccionado en acontecimientos y ejercicios pacíficos del derecho de sucesión á la Corona, como el original *Compromiso de Caspe*, imbuído en sentencias como la atribuida á un gran Rey, de que en Aragón *callan las armas, donde hablan las leyes*, y con una *Constitución que servía de barrera al despotismo de los Reyes y de freno á los extravíos de la libertad*, como dice Morales Santisteban, necesariamente ha de resentirse del molde en que se forjó y del fondo ó levadura que le son consustanciales. Guerrillero en su origen, reconquistador más tarde, en hueste ó peleas

intestinas y en guerras civiles incesantemente, con el orgullo de ser el primer *estado llano* venido al mundo representativo á intervenir en la gobernación del Estado, y valiente, heróico é indomable, no es extraño que Zaragoza como capital que da el tono político á Aragón, tenga resabios de inquieta, altiva, severa, formal en sus movimientos, grave en momentos solemnes, airada y temible ante los agravios del poder, colérica ante las injusticias, desbordada cuando ve hollados sus derechos, y siempre imponente cuando se agita ó ruge, como si estuviera acostumbrada á pelear de potencia á potencia, penetrada de su valor, de su fortaleza, de su poderío y de su grandeza.

El sentimiento liberal le es tan innato, que jamás han prosperado movimientos de reacción en su seno. Está modelada en procedimientos de exquisita legalidad, pureza y severa justicia y los persigue sin desfallecimiento y sin intermitencias. Todos sus motines, revueltas y revoluciones, son del mismo color, tienen igual tendencia, se encaminan á idéntico fin y pueden sintetizarse en la defensa de la *religión*, de la *independencia* del suelo patrio, ó de las ideas *liberales*.

El artículo XVIII no tiene desperdicio; está hábilmente escrito y pertenece al número de los que dicen amargas, grandes é innegables verdades aunque tan descarnadas, como una hoja toledana, como un puñal damasquino, ó como un estilete que desgarrar sin aprensión y sin piedad. ¿Qué hemos de decir quien como nosotros, exentos á Dios gracias de esas miserias, las lamentamos desde lo más profundo de nuestra alma? ¡Rendirnos ante su dolorosa realidad!

El artículo XX, es á nuestro modo de ver, uno de los que completan la colección, honran á su autor y debe ser leído y meditado.

Más que indiferentismo en materias religiosas y más que incredulidad, obsérvase cierta distracción profana; falta de devoción y reverencia hasta en la juventud distinguida, que merece absoluta reprobación y ofende, que contrasta con el recogimiento edificante de otros pueblos que de católicos se precian,

y lo que es todavía más, con la conducta de ciertas sectas y aspecto de otras capillas. La mera exterioridad ó presencia material, con el espíritu conocidamente atento á objetos mundanos, es la más ridícula de las hipocresías ó la más estúpida de las negaciones. O no acudir, si hay valor de no creer, ó asistir al templo con debida compostura, si se tiene fe en algo ó se profesan creencias por convicción.

En cuanto á las clases inferiores, no encontramos palabras para condenar y protestar en la medida que procede, contra ese estado de salvaje desenfado, de repugnante obscenidad y de escandaloso blasfemar que nos rodea.

Nuestro pueblo vive alejado de la escuela y del púlpito, bajo pretexto de que lo primero que necesita es ganar su diario sustento, no conoce la economía, no tiene noción del ahorro y es refractario á la vida ordenada, morigerada y metódica. Nuestro bracero no trabaja con la resignación del que se somete obediente á una ley divina y humana, sino con la violencia y desagrado del que lo hace por fuerza y por no poder pasar de otro modo, renegando del acomodado que se lo proporciona. Carece de instrucción, no lee, no consagra tiempo alguno á la educación de sus hijos en familia, así es que fuera del trabajo corporal, declina toda función paternal en su esposa, tan ignorante pero más ociosa é indolente que él, la cual les facilita por vía de recreo la vagancia por calles y plazas ó el aprendizaje de pordiosear, á bien que el noble ministerio y el sacerdocio de la educación, se avienen mal con lo agrio, destemplado y comunemente airado del carácter de nuestro pueblo.

El capítulo XXI es la anatomía de nuestra pereza oriental, de nuestra inercia indiosincrática, del amor á la holganza y al *laissez passer* de las clases superiores. No escasea efectivamente el tipo de los que, contando apenas con una renta segura de cuatro ó cinco mil pesetas, no piensan ya en acometer empresa alguna sino en huir del trabajo, de la profesión ó del comercio á que se consagraron sus mayores. Rompen con la tradición, desdeñan y abandonan el nombre, crédito ó parroquia

que le legaron sus padres y que es un verdadero capital; ajustan sus necesidades á su renta, y sin preocuparse de su propio decoro, de su misión social, de ser útil á sus semejantes ó á su país, enciérranse en su egoísmo personal, renuncian á todo medro prefiriendo los encantos de una vida holgazana aunque modesta y oscura, pero exenta de sinsabores ó emociones, hacen declinar su vida en el ocio más estéril y se consideran felices, dando satisfacción á su estómago y á sus necesidades.

La diversidad de estos tipos sin iniciativa, infecundos para el bien y tantas veces materia dispuesta para el mal, están gráfica y correctamente dibujados al natural en el artículo que nos ocupa, bien escrito, mejor pensado, rebosante en sabrosos toques, y matizado de detalles llenos de frescura y de verdad.

El capítulo XXII, parécenos uno de los escritos, bajo el influjo del sentimiento, con tintas recargadas en su primera parte y mera amplificación en su segunda, de conceptos y puntos de vista ya tratados. El comercio ó comunicación de ideas, el trato más frecuente, los viajes y la tendencia pronunciada hacia la *uniformidad*, dan por resultado cierto parecido general, la pérdida de los rasgos históricos, peculiares y característicos de cada provincia, la semejanza en costumbres, la pérdida de contornos y perfiles y la preparación en el porvenir de un tipo definido, que brotará de este caos y de este período de choques, de asimilación, de lucha y de transición.

Opinión general es la de considerar, que Aragón es uno de los antiguos reinos, en que más se conserva la efectividad de una firme y vigorosa autoridad paterna, el hogar en el que más galante, honrosa y caballerosamente se atiende á la condición de la mujer dotándola al hacerla esposa, y en que merced á la admirable institución de la *viudedad foral*, se levanta más soberana á la par que tierna, la hermosa creación de la viuda, figura la más sublime y veneranda en el orden de la familia.

Como tenemos públicamente adquiridos compromisos en esta materia, nadie extrañará nuestros disentimientos y salvedades con respecto á algunos extremos de este artículo.

¿Quién sabe, si la desconfianza paterna de que se lamenta el articulista, tendría más fácil explicación en la conducta licenciosa, de irreflexión, de despilfarro y de perdición, tan generalmente seguida por la juventud? ¿Quién sabe si la falta de rasgos y arranques de liberalidades, de donativos, de fundaciones, ó de favores en pro de la colectividad, dependerán de lo poco agradecidos que son los pobres, de los vicios que los corroen, de su falta de resignación, y de esa campaña sistemática de matar todo prestigio y todo nombre, de quebrantar reputaciones, de negar todo mérito y de dudar de la sinceridad ó patriotismo de toda acción ajena, con ligereza y hasta sin razón?

No nos detenemos en el artículo XXIII por ser de mero detalle, por ocuparse de casos particulares ó de hechos concretos, y por ser un desarrollo del concepto de apáticos é indolentes anteriormente atribuido.

El problema verdaderamente difícil é interesante á la vez, se plantea y condensa en los tres siguientes artículos, ó sea en el XXIV, XXV y XXVI.

La apatía individual y privada, se refleja y tiene su natural traducción y su lógica resonancia en la vida colectiva en concepto del articulista. *El Casino Principal* no hace nada útil. *El Centro Mercantil, Industrial y Agrícola* funda su manera de ser en el sistema del tanto por ciento, haciéndolo todo retribuido. *La Liga de contribuyentes* no funciona. *El Fomento de la producción nacional* no fomenta. *El Casino Artístico y Comercial* es meramente un centro de recreo. *El Centro de Labradores* pereció después de ser un fracaso regional. Los círculos políticos *carlista, conservador, zorrillista, pactista, posibilista*, etcétera, son puntos de reunión escasa.

En cuanto á centros científicos y doctos, la *Academia de Medicina*, entregada á evacuar informes pedidos en exhortos. La *Sociedad Económica de Amigos del País* celebra sesiones con tres ó cuatro socios. La *Hermandad del Refugio* y la de *San Vicente de Paul* arrastran una vida perezosa y lánguida. En el *Ateneo* fuera de periodos brillantes, apatía normal. La *Univer-*

*sidad* sin iniciativa, desgarrada por luchas personales internas y sin espíritu de cuerpo. El *Instituto* sin energía en los Profesores, ni disciplina en los alumnos. La *Escuela de Bellas Artes*, deficiente. La *Academia de Jurisprudencia*, dormida casi siempre y apenas despertando para celebrar un simulacro de pleito ó de causa. Los Colegios de *Abogados* y *Notarios* sumergidos en letargo inacabable. La de socorros de *Nuestra Señora del Pilar*, vive de milagro. La de *Seguros de incendios*, á compás de la marcha rutinaria que le marcó su fundador.

Nadie, según el Sr. Gimeno, responde á sus fines, nadie desarrolla sus elementos propios, ni utiliza las fuerzas de sus actividades; todos viven aquí atrofiados y sin iniciativa, sin vida y sin movimiento, sin acción la voluntad, como enmohecida la inteligencia, y todo arrastra la vida de la soñolencia, de la pereza y de la inactividad, peculiares del país.

Pero, ¿qué causas fatalmente productoras y funestamente lógicas, engendran esa languidez y letárgico sueño que arrastran nuestras corporaciones? ¿Por qué se determina esa falta de vocación, de culto y de espíritu corporativo en unas, de disciplina, de régimen ó de energía en otras y en todas esa falta de vitalidad, de fe y de entusiasmo, si no es á intermitencias y de una manera anormal y pasajera?

Muchos impulsos generosos sofoca, muchas fecundas iniciativas agosta, muchas actividades esteriliza, muchas inteligencias malogra, mata en flor ó desalienta la planta maldita del recelo, de la injusticia, de la envidia, de la ingratitude, y de la preterición injustificada; pero por encima de todas estas causas locales, existe una especial ó peculiar de la época en que vivimos.

La atonía en que se ven sumidas todas las actividades y todos los organismos científicos y el alejamiento de la juventud, salvo momentos solemnes, atraídos por las gracias de la belleza, ó en días determinados movidos á impulsos de la curiosidad, es fenómeno á nuestro entender de carácter universal, excepción hecha de muy contadas ciudades. Que hablen Granada, Córdoba y Cádiz en el Mediodía; Coruña, Bilbao y Oviedo en el Norte, y en el

centro, Salamanca, Valladolid, Burgos, Murcia, Cartagena, Badajoz, Guadalajara y Toledo y todas dirán, que sus centros docentes arrastran análoga vida raquítica y enteca.

Y es que con el cambio de sistema político se ha operado en esto una profunda transformación. Aquellas arrogantes y empujadas personalidades, que gozando de privanzas y de privilegiado y exclusivo favor del monarca, creaba el regimen político absoluto en las provincias, son imposibles hoy bajo el representativo, que ha llevado la jurisdicción y poderío antes vinculadas en las *personas*, á las *colectividades*, realizando con esto solo, una verdadera metamórfosis pública, política y social.

Empero, como nada existe perfecto y acabado ó sin defectos ó vicios en lo humano, el parlamentarismo atrae y lleva á la corte el personal de las provincias, y centraliza en Madrid la vida política é intelectual de la Nación, resintiendo y quebrantando con la merma y resta de elementos útiles, la vida científica de diversas comarcas.

A nuestro modo de ver, la soñolencia que se observa en la vida corporativa provincial y de que nos lamentamos, resulta gráficamente explicada con lo que dice D. Telesforo Maroto Cánova, en el párrafo siguiente:

“En el presente momento histórico, sólo tienen movimiento, animación y vida, aquellos centros donde se discuten las grandes cuestiones políticas y sociales que agitan y conmueven hoy la opinión pública, sufriendo una evidente decadencia y cayendo en una gran postración y en una mortal anemia, aquellas asociaciones científicas y literarias, que se apartan del movimiento general, de las corrientes que marcan y señalan las tendencias, el rumbo y la dirección de las sociedades modernas. Esta consideración es la única que en nuestro entender nos puede dar la clave para comprender y explicar ese fenómeno que lamentamos, de que hace tiempo viene languideciendo su vida intelectual, sin duda porque la mayoría de los jóvenes que constituyen la falange activa y militante, en vez de acudir á las academias, á presenciar, ó á intervenir en contiendas sobre



puntos que no apasionan, que no excitan, ni interesan con un interés vivo y palpitante, huyen de aquel recinto, acudiendo á otros centros y á otros círculos, en busca de emociones que no pueden producir debates propios de venerables y encanecidos ancianos, que podrán tener toda la gravedad, toda la tiesura y toda la corrección de austeros cartujos, pero que han perdido ya la fe y la actividad y no sienten ni pueden sentir el ardimiento y el entusiasmo de la animada y bulliciosa juventud, en cuyas filas están los hombres del porvenir y la esperanza de la patria.,,

Si, pues, la época imprime nuevas direcciones y éstas atraen á la juventud por un lado, y por otro las cuestiones personales y locales esterilizan y agostan y en todo se nota disgregación infinitesimal, extensión y no intensión, divisiones y subdivisiones y no concentración, robustez y pujanza, ¿qué extraño ha de ser que todo sea enfermizo, lánguido y deficiente? Si no sobran ilustraciones más que para un centro común, ¿cómo es posible que existan diversos círculos científicos, con determinadas inteligencias dispersas, retraídas ó repartidas? Si la inmensa caridad, sacrificios cuantiosos y donativos y limosnas sin límite que se registran en Zaragoza, estuvieran uniformadas, concentradas y administradas por menor número de institutos, se conocería su importancia, se apreciaría en lo mucho que valen y representan, y en vez de pasar desapercibidas tantas y tantas colectas, se vería su eficacia práctica, su realidad y su verdad. Lo que aquí falta es unidad, apiñamiento, concentración, refundición, cese de pueriles alardes de protectorados y orgullos de fundadores y más corrientes de patrióticas agregaciones á lo más antiguo, serio ó pujante, para dar savia y vida á lo que deba tenerla.

De todos modos, esos centros existen y funcionan aunque perezosamente y quedan en pie las reconvenciones formuladas. ¿Por qué no son lo que todavía podrían ser? ¿No cabe una sacudida de vigoroso empuje, un movimiento patriótico de olvidos generosos, un raudo vuelo hacia regiones elevadas, un esfuerzo

para vencer las impurezas de una realidad liliputiense, un impulso generoso hacia la aproximación, un instante nobilísimo para sofocar toda contrariedad pretérita, ó deponer todo agravio añejo, por amor á la ciencia y por el buen nombre de todos?

Los artículos XXVII, XXVIII, XXIX y XXXI tienden á demostrar las ingratitudes cometidas por Zaragoza con algunos de sus hijos y hombres conspicuos por su mérito y valer; y son lamentaciones tan fundadas y notas dolorosas tan agudas, que nos asociamos á ellas, si bien aumentando considerablemente la lista de los olvidados y desatendidos nombres que están en la conciencia pública, que brotan de todos los labios, ó que han merecido justicia de la prensa, en momentos de calma ó desasosonamiento. ¡Oh patria incorregible de Cervantes!

En el artículo XXX, se echa de menos nuestra severidad y reflexión proverbiales, considerándonos epidemiados de esa impresionabilidad, ligereza y arrebató, tan aplicables á la masa nacional.

En el XXXII, XXXIII y XXXIV se censura la locuacidad insustancial, el atrevimiento de hablar de todo sin competencia, el afán de censurar los actos ajenos por sistema de murmurar, la procacidad adolescente y esa incontinencia inurbana ó indiscreta facilidad, con que las mesas de los cafés se ven convertidas en tableros de disección de reputaciones y honras masculinas y femeninas; terminando la colección con el XXXV que es exposición elegante, síntesis acertada, defensa hábil, disculpa discreta, excitación nobilísima, digno remate, hermoso canto, é himno patriótico á Zaragoza.

### III

Aun cuando el Sr. Gimeno ha impreso á su estudio ó artículos un aspecto marcadamente psicológico, nos consideramos en la obligación de dedicar alguna atención al adelanto material y

al valor económico del desarrollo de Zaragoza y su provincia, no á modo de rectificación de nuestros defectos ó vicios regionales, no para neutralizar las verdades de índole moral con valentía expuestas, sino como útil complemento, por popularizar datos y guarismos que tienen más importancia efectiva ó deben tenerla, que la de una mera curiosidad más ó menos erudita, y para no aparecer sordos é indiferentes ante el clamoreo levantado, ó ante la inquietud ó preocupación agrícolas, en que se agita y revuelve el país en estos momentos.

Sin disputar la *lentitud ó rapidez* de las mejoras y adelantos, sin ánimo de acometer el tema, y sin propósito de engolfarnos en datos comparativos que darían á este trabajo proporciones que no puede tener, expongamos el desarrollo material visible de Zaragoza, á partir, no ya de la *Saldivia ó Salduva* primitiva; de la *Cæsarea Augusta* reedificada por Augusto César; de la antigua ciudad murada y con foso, encerrada en un recinto, aportillada por las puertas de Valencia, Puente, Toledo y Cineja, reconstruída y de nuevo levantada para solemnizar el recibimiento de los Reyes Católicos en el año 1492, según lápida y letrero que se conservaban á fines del siglo pasado, (1) de la considerablemente ensanchada con conventos y parroquias extra-radio, después de reconquistada á los moros por D. Alfonso I de Aragón, sino de la Zaragoza del siglo XVIII.

Ignoro, si España llegó á tener una población de cincuenta millones de habitantes durante la dominación romana y Aragón de tres millones; si quedó reducida la de aquélla á treinta millones bajo la dominación gótica; ó á nueve millones escasos,

(1) Letrero que aparecía á fines del siglo XVIII.

\*Fué de nuevo levantada esta puerta, que llaman Cineja, y nada mejor, donde los Innumerables Mártires triunfaron de Daciano al tiempo de Diocleciano y Maximiano, por más solemnizar el recibimiento y fiesta de los ya Católicos Príncipes y siempre vencedores D. Fernando y D.<sup>a</sup> Isabel, Reyes de Castilla y de Aragón, quando volvieron del triunfo entero de la conquista de Granada, poseída por Moros ochocientos años quasi. Año MCCCCLXXXII.,

y á 590.000 almas Aragón, á principios del siglo XVIII, pero me parece lógica la despoblación, por las causas indicadas por la generalidad de los tratadistas.

La invasión Musulmana y consiguiente guerra de la Reconquista, el descubrimiento de América, población y conservación de aquel territorio, la emigración de peninsulares atraídos por la féracidad de las Colonias, las guerras sostenidas por Carlos V y Felipe II, las de las Comunidades, los esfuerzos supremos de Felipe III y IV, la expulsión de hebreos y moriscos, el excesivo número de clérigos seculares y regulares y aumento del celibato, el sumo rigor en los castigos aplicados por el Tribunal de la Inquisición á herejes y judaizantes, hechiceras y brujas, la institución de los mayorazgos, lo insano de los presidios ó edificios penitenciarios, y otras, explican en verdad la escasa densidad de población; pero el influjo de tales concausas generales, va decreciendo al parecer, y comienza una nueva era de desarrollo efectivo.

En la imposibilidad de desarrollar este extremo, que por sí solo se presta á un erudito trabajo y curioso y útil folleto, nos limitaremos á consignar algunos ligeros datos, á manera de líneas generales, contornos, ó esbozo.

### Población

La provincia de Zaragoza tenía el año 1594...	164.683 almas.
En el año 1797, aceptada por R. D. de 30 de Noviembre de 1833 y R. O. de 21 Abril de 1834, una población de.....	304.833 id.
Según estadística del año 1877.....	400.587 id.
Zaragoza tenía en 1787.....	42.600 id.

### Riqueza en 1787

Aragón producía en el citado año, según datos suministra-

dos al infatigable y sabio D. Ignacio de Asso, por el Intendente D. Antonio Ximénez Navarro, lo siguiente:

Trigo.....	1.800,000 cahices.
Cebada.....	433,326 "
Centeno.....	671,330 "
Avena.....	131,424 "
Garbanzos.....	2,380 "
Maiz.....	23,794 "
Habas.....	5,275 "
Judías.....	14,200 "
Ganado lanar.....	2.015,209 cabezas.
Mular.....	47,933 "
Vacuno.....	34,593 "
Cerda.....	30,499 "
Cabrío.....	197,881 "

### Caldos

Aceite.....	1.000,000 arrobas.
Vino.....	4.403,280 "
Aguardiente.....	67,579 "

### Primeras materias

Lana.....	287,887 arrobas.
Lino.....	23,349 "
Cáñamo.....	161,967 "
Zumaque.....	27,000 "
Cera.....	3,784 "
Barrilla.....	35,193 "
Seda.....	97,116 libras.
Azafrán.....	13,095 "

## Movimiento y vida mercantil de Aragón

### IMPORTACIONES

Año 1774.....	8.054,221	reales.
„ 1775.....	6.661,278	„
„ 1776.....	6.964,693	„

### EXPORTACIONES

Año 1774.....	2.474,046	reales.
„ 1775.....	1.829,705	„
„ 1776.....	2.021,991	„

Riqueza de Aragón según

censo de 1799.....	561.605,260	„
Idem de Zara- goza.....	{Reino vegetal. 175.089,766	„
	{Animal..... 60.580,974	„
	{Mineral..... 160,053	„
	{Fábricas..... 24.302,588	„

TOTAL..... 260.133,378 „

## Época moderna

### POBLACIÓN

Aragón en 1787.....	614,070	almas.
Tenía en 1850.....	734,685	„
En 1877.....	895,081	„
Zaragoza en 1877.....	84,575	„
En 1888.....	96,000	„

### RIQUEZA

El año 1842, se atribuyó, según Madoz, al reino de Aragón, esta riqueza:

Por territorial.....	387.316,845	reales.
Por urbana.....	69.478,585	„

TOTAL..... 456.795,430 „

# ADMINISTRACIÓN DE CONTRIBUCIONES Y RENTAS DE LA PROVINCIA DE ZARAGOZA

## AÑO DE 1887-88

Estado del líquido imponible que por conceptos figura en los pueblos de la misma y cuota para el Tesoro que se les ha señalado.

LÍQUIDO IMPONIBLE				CONTRIBUCIÓN PARA EL TESORO			
Por rústica y colonia.	Por urbana.	Por pecuaria.	TOTAL.	Por rústica y colonia.	Por urbana y pecuaria.	TOTAL.	
Pesetas.	Pesetas.	Pesetas.	Pesetas.	Pesetas.	Pesetas.	Pesetas.	Cts.
17.634,976	6.800,553	1.733,238	26.168,767	3.650,346	1.703,509	5.353,855	86
<p><b>Importe total de las cuotas para el Tesoro, por Contribución Industrial,</b> según el estado general de valores.</p>							
				Capital..... 502,071'53 Pueblos..... 333,056'60 <hr style="width: 100%;"/> TOTAL GENERAL..... 835,128'13			

La Memoria redactada por la Sección de Fomento de esta Diputación provincial, contestando al interrogatorio de 15 de Setiembre, sobre estudio de la crisis agrícola y pecuaria, ofrece estos curiosos datos.

Cuenta esta provincia, con un territorio de 1.711,200 hectáreas y una población de 400,587 habitantes. De aquella superficie son regables 11,796 hectáreas, no regables 67,373, y el resto, hasta completar la cifra total, hállase sin cultivar.

Los terrenos cultivados en regadío y secano, han producido, durante los cinco años últimos, un promedio de 1.392,400 hectólitros de trigo, 714,800 hectólitros de cebada, 59,200 hectólitros de centeno, 49,400 hectólitros de avena, 99,200 hectólitros de maíz, 1,300,000 hectólitros de vino y 25,137 hectólitros de aceite: de donde se infiere que, por lo que respecta á cereales, la provincia sólo produce lo necesario para el consumo interior, el cual se eleva á 1.360,000 hectólitros de trigo, quedándole algún sobrante de poca entidad en el maíz, y de consideración en los vinos y aceites.

### DATOS DE EXPORTACIÓN

DE LOS PRINCIPALES PRODUCTOS DE LA PROVINCIA DE ZARAGOZA

PRODUCTOS	1883	1884	1885	1886	9 MESES 1887
	Toneladas	Toneladas	Toneladas	Toneladas	Toneladas
Vinos.....	71,000	80,000	65,000	45,000	75,000
Cereales.....	9,000	14,000	20,000	15,000	3,500
Harinas.....	10,000	15,000	21,000	17,000	7,000
Aceite.....	400	700	800	1,500	500
Lana.....	1,100	1,400	1,010	2,300	1,500
Regaliz y pasta.	800	970	820	1,100	400

Resulta de todos modos, que la mayor exportación tuvo lugar en 1884, elevándose á la cifra de 80,000 toneladas.

La producción de ese líquido, ascendió en 1883, á 2.172,600



hectólitos; en 1884 á 1.763,800; en 1885 á 1.663,000; en 1886 á 2.235,000, y en el corriente año á 1.658,000.

Han aumentado en 11,279 las hectáreas destinadas á viñedos, y esto prueba las ventajas que ese cultivo tiene sobre el de los cereales.

De la superficie total del suelo de la provincia, destínanse al cultivo del olivo 16,308 hectáreas: 10,170 en regadío y 6,138 en seco.

#### Exportación de aceite de oliva de 1850 á 1886

AÑOS	CANTIDADES TOTALES	PROMEDIOS
	Kilogramos.	Kilogramos.
1850 á 1854.....	35.461,886	7.092,377
1855 á 1859.....	76.264,024	15.252,805
1860 á 1864.....	62.786,326	12.557,265
1865 á 1869.....	101.818,906	20.363,661
1870 á 1874.....	117.671,728	23.534,346
1875 á 1879.....	59.940,618	11.988,124
1880 á 1884.....	100.078,029	20.015,605
Año 1885.....	42.125,858	28.587,533
Año 1886.....	15.049,208	

#### Ganadería

También se carece de datos estadísticos completos, que permitan señalar el número de reses de todas clases existentes en la provincia. Sin embargo, por noticias bastante fidedignas y con referencia á otras, había en este territorio en el recuento que se hizo el 24 de Setiembre de 1865, 915,473 cabezas de ganado lanar y 119,539 de cabrío. En 1882 existían 602,435 de las primeras y 63,955 de las segundas. Siguiendo esta proporción sin descenso, puede asegurarse que, desde el último recuento hasta hoy, ha disminuído tan importantísima riqueza en más de un 25 por 100, efecto de la escasez y mayor precio de los pastos y del bajo precio á que se cotizan en los mercados de consumo.

## Resumen por quinquenios del movimiento de importación y exportación de ganados

AÑOS	IMPORTACIÓN		EXPORTACIÓN		DIFERENCIAS			
	CANTIDADES Unidades.	VALORES Pesetas.	CANTIDADES Unidades.	VALORES Pesetas.	MAYOR IMPORTACIÓN		MAYOR EXPORTACIÓN	
					Unidades	Pesetas	Unidades	Pesetas.
1850 á 1854. . . . .	120,658	20,109,695	76,891	5,579,206	44,267	14,530,489	"	"
{ Promedios . . . . .	24,132	4,021,939	15,278	1,115,841	8,854	2,906,068	"	"
1880 á 1884. . . . .	706,844	47,288,465	517,305	73,924,025	189,589	"	"	26,685,560
{ Promedios . . . . .	141,369	9,457,693	103,461	14,784,805	37,907	"	"	5,327,112
Año 1885. . . . .	231,970	16,495,613	72,419	20,973,695	159,551	"	"	4,478,022
Año 1886. . . . .	189,846	15,484,541	86,634	22,187,798	99,712	"	"	6,708,252

## Comercio de ganados, con especificación de clases

	AÑO 1883		AÑO 1886	
	Importación.	Exportación.	Importación.	Exportación.
	— Cabezas	— Cabezas	— Cabezas	— Cabezas
Caballar....	4,824	528	3,968	582
Mular.....	8,905	1,402	9,911	1,326
Asnal.....	1,093	595	617	499
Vacuno.....	14,318	54,886	27,361	50,159
Lanar.....	76,666	32,099	127,358	13,069
Cabrío.....	"	301	"	340
Cerda.....	21,556	5,888	17,131	20,659

## Resumen por quinquenios del movimiento comercial de la lana en rama

AÑOS	Importación.	Exportación.	
	— Kilogramos.	— Kilogramos.	
1850 á 1854.....	{ Totales.....	220,708	19.298,209
	{ Promedios.....	44,142	3.859,642
1865 á 1869.....	{ Totales.....	1.300,954	15.529,363
	{ Promedios.....	260,131	3.105,786
1885 y 1886.....	{ " "	2.240,768	2.720,312
	{ " "	2.360,236	9.205,116

Las contestaciones dadas y publicadas por el celoso Centro, *Fomento de la Producción nacional de Zaragoza*, ofrecen estos datos.

## Importación de trigos desde 1872 á 1886

RESUMEN.... { 1,216.975,482 kilogramos de trigo, con un valor de  
317.959,338 pesetas; pagando por derechos  
50.753,730 pesetas.

### Importación de harinas en igual período

RESUMEN....	}	124.797,051 kilogramos de harina, con un valor de
		48.453,151 pesetas; pagando por derechos
		7.172,699 pesetas.

### Exportación de trigos desde 1872 á 1886

RESUMEN....	}	406.553,475 kilogramos, con un valor de
		110.595,980 pesetas.

### Exportación de harinas en igual período

RESUMEN....	}	637.948,247 kilogramos, con un valor de
		232.763,500 pesetas.

### Trigos

QUINQUENIO DE 1882 Á 1886.

Importación.....	874.041,914 kilogs.—Valor	221.304,305 ptas.
Exportación.....	5.876,091 " "	1.617,679 "
Más Importación..	<u>868.165,823</u> " "	<u>219.686,626</u> "

Pero en donde se evidencia aún más el vuelo que toma la entrada de trigos exóticos, matando la producción nacional, es en los seis primeros meses de 1887.

Importación.....	144.479,569 kilogs.—Valor	23.833,914 ptas.
Exportación.....	269,632 " "	53,526 "
Más Importación..	<u>144.209,937</u> " "	<u>23.830,388</u> "

Cuyas cifras arrojan dos datos por demás desconsoladores: que la importación ha sido inmensa, y la exportación nula por completo.

## Harinas

QUINQUENIO DE 1882 Á 1886.

Exportación.....	120.237,347 kilogs.—Valor	43.269,990 ptas.
Importación.....	63.376,401     "     "	24.851,271     "
Diferencia.....	<u>56.860,946     "     "</u>	<u>18.418,719     "</u>

Ante la realidad oficial de los datos precedentes, el mayor valor de la riqueza, extensión de cultivos, rompimientos y roturaciones, uso del crédito y desarrollo del comercio y de las pequeñas industrias en la vida moderna, no creemos aventurado afirmar en tesis general (y prescindiendo de causas y crisis de carácter temporal ó pasajero) que Aragón ha progresado en riqueza urbana y rural, y en población.

Concretándonos á Zaragoza, responden por nosotros las 26,000 hectáreas á que recientemente dió riego el Canal Imperial, las nuevas construcciones levantadas en la avenida de la Independencia, los grupos de caseríos recientes en los barrios de *Miralbueno*, ó sea frente al cuartel de la Aljafería y de *Hernán Cortés*, de *Montemolín* y de la *Cartuja Baja*, el nuevo Manicomio, la Granja agrícola, la Estación vitícola, maquinaria, Laboratorio de experimentación, el nuevo Asilo de Calatayud, engrandecimiento del Hospital, Cátedras de Medicina, aparatos, servicio de calefacción, Telefono, Depósitos y cañerías de agua potable, sustitución de antiguo alumbrado público por el de gas, Depósito Municipal correccional, Casa Amparo, Matadero público, servicio de incendios, Escuelas nuevas, Archivo, Laboratorio químico, sostenimiento del Instituto provincial hasta poco ha, jardines, paseos, otras obligaciones y servicios de recreo y comodidad para el vecindario, considerables gastos de representación en fiestas y obsequios que reclaman la vida moderna como una necesidad, reformas importantes de porción del viejo caserío que constituye el casco de Zaragoza, compuesto de 6,312 edificios, y renovación y extraordinario aumento

de casas de campo, de recreo y de labor, sembradas por su vega en número de 694, en su mayor parte conocidas con el nombre vulgar de *Almunias* ó *Torres*, (1) todo ello representante de un valor, á juzgar por el estimado por sus dueños en sociedades de *Seguros contra incendios*, y teniendo en consideración que no por todo el real se inscribe y que lo no asegurado es inferior, de *ochenta millones de pesetas* en nuestro concepto.

Momento oportuno parece éste, para ocuparnos de las causas generales y locales, reales y personales, que determinar pueden la crisis agrícola actual; pero además de que nos llevaría muy lejos, nada nuevo podríamos decir, después de lo mucho y excelente que han de exponer Corporaciones, Centros y particulares y que ha de sacar á luz la *información oficial*. Únicamente nos permitiremos significar, que el malestar es Europeo y hondo, y que es de vida ó muerte corregirlo.

Inglaterra sufre crisis agrícola por malas cosechas y plétora de producción industrial, tanto, que desde 1870, han dejado de explotarse *un millón de acres* de tierra antes destinada á trigo, por haber descendido el precio de dicho cereal á 20'47 francos por hectólitro, á causa de la competencia de la India, Rusia y América.

Francia abrió una información agrícola en 1884, y en ella se señalan como causas de la crisis, la falta de protección, la carestía de trasportes, la concurrencia extranjera y lo elevado de los impuestos.

Italia alega y se lamenta de la falta de seguridad en los campos, de la distracción de capitales en la compra de fondos públicos, de la depreciación de las tierras y de la sofisticación de productos.

Alemania señala como causas de su malestar agrícola, los

(1) Secular es en Aragón, denominar así á toda heredad rústica, puesto que ya se lee en la observancia IV, título *De pure dotum*, libro V, publicada en el siglo XV, lo siguiente: *Tamen si Miles, aut Infantio habet unam Almuniam seu Turin, censetur una hereditas cum toto hereditamento adjuncto.*

elevados precios de la mano de obra, la embriaguez de los trabajadores, los gravámenes hipotecarios que pesan sobre la propiedad, las desfavorables tarifas de los caminos de hierro, los bajos derechos de entrada sobre artículos extranjeros, el precio poco elevado de trasportes marítimos, el aumento de los gastos de producción, la insuficiente instrucción del pueblo, la falta de conocimientos técnicos, y el militarismo.

Resumen: en todas partes malestar, y en todas gravitando análogas causas.

¿Cuál sería la suerte de Aragón con mayor población, más actividad ó laboriosidad, menos vicio, más frugalidad, trabajo más intenso y extenso, más riego y más abonos?

¡Ah! Que hable por nosotros con su conocida competencia D. Ignacio de Asso. Oigámosle cómo pinta lo que Aragón *podría ser* en su *Historia de la economía política de Aragón*, publicada el año 1798.

Hay en este Reino 2,000 leguas cuadradas de 25 en grado, las cuales contienen 9,376,000 de *arpens* de Francia, que componen 8,624,000 cahizadas de 20 cuartales. Rebajando la mitad por el terreno que ocupan los pueblos, caminos, rios, bosques, y tierras absolutamente estériles, quedan útiles para el cultivo 4,312,000 cahizadas. Estas se pueden distribuir en cinco clases, á saber:

Para granos.....	2.000,000
Para pastos y prados artificiales.....	1.000,000
Para olivares.....	400,000
Para legumbres, lino y hortaliza.....	400,000
Para viñas, frutales y morerales.....	512,000
	SUMA.....
	4.312,000

Suponiendo que las tierras destinadas para grano sean de año y vez, quedan un millón de cahizadas, que á razón de 6 por 1 de sembradura, pueden producir 4.000,000 millones de cahices de trigo y 2 de cebada ó de otros granos inferiores.

De las 400,000 cahizadas de la cuarta clase se podrían aplicar 100,000 para judías y otras legumbres, que rendirían cuando menos 400,000 cahices.

En cuanto á los olivares, no sería mucho pedir que las 400,000 cahizadas diesen un año con otro, 4.000,000 de arrobas de aceite.

En la última clase, se reservan para moreras 200,000 cahizadas, las cuales pueden criar 4.000,000 de moreras, número suficiente para alimentar 200,000 onzas de labor, que en año regular darían 1.200,000 libras de seda.

El producto de la fruta y vino en las 312,000 cahizadas restantes, supera de mucho á lo que en el día se coge.

Véase qué cúmulo de riquezas produciría la mitad del terreno de Aragón puesto en cultivo, y distribuido en la forma sobredicha, dejando aparte la crecida utilidad de los pastos y de las maderas que podrían sacarse de los bosques bien gobernados, y de los nuevos plantíos hacenderos en las tierras incultas.

Pero ¡risueñas esperanzas de opulenta riqueza, decimos nosotros! Mientras el propietario de fincas rústicas, tienda á convertirse en rentista, á no administrar, á preferir los placeres de los pueblos grandes, á dormir en las mecedoras del Casino y á vivir con ostentación, entregando sus tierras al colono, sin elementos ni capitales, satisfecho con percibir el arrendamiento anual, sin preocuparse que su propiedad se esquilma, se empobrece y se esteriliza, y mientras el colono deje el campo á las dos de la tarde, para estar en la taberna á las tres, no llegará lo soñado por el patriota y sabio citado.

El Sr. Asso, señala principalmente como causas del marasmo agrícola el *lujo* y la *indolencia* de los jornaleros de campo, y lo hace tan acertada y eruditamente, que no podemos excusarnos de reproducir sus prácticos conceptos.

Hablando del lujo prohibido por el Fuero del año 1553, dice:

“El Dr. Gerónimo Ardid, y otros escritores instruídos y celosos, expusieron las perniciosas consecuencias que resultaron de la inobservancia de este Fuero, así por el estrago y corrup-



ción de costumbres, que prevaleció más cada día, como por la ruina de muchas familias, cuyas cabezas, sobre el mal ejemplo que daban á sus hijos, malgastaban sus patrimonios con el fausto y la profusión, empeñados en hacerse personas visibles con tan extraña conducta, y adquirir el aprecio y estimación que únicamente se deben al verdadero mérito. Pedro Borrueal, sin embargo de ser gran defensor de la prohibición de géneros extranjeros, reconocía los vicios de nuestros artesanos y el desarreglo de sus mujeres, que hacían gala de competir con las señoras de primera clase, en el porte y costoso modo de vestir.

El desordenado lujo que ha ido siempre creciendo en este siglo hasta nuestros días, es tan patente y manifiesto, que no cabe detenernos en ponderarlo. Si indagamos las causas de este mal político, las descubriremos con poco examen, en el espíritu de altivez que ha excitado en muchos, el deseo de abandonar sus profesiones y elevarse á más alta esfera, pretendiendo disfrazar con la profusión y falso lucimiento, la obscuridad de su origen, su ineptitud y ningún mérito personal: finalmente en la mala educación de las mujeres, pervertidas en sus mismas casas, con los malos ejemplos de ligereza, descoco y ambición.,

Reprobando la holgazanería, expone lo siguiente:

“La perfección de la agricultura fundada en la experiencia, nunca producirá todo el efecto apetecido, si no se reúne con la actividad y constancia del trabajo, introduciendo una grande reforma en la conducta de nuestros jornaleros, y precisándolos á que empleen en las labores del campo, aquellas horas que las naciones industriosas destinan por regla general á tan necesaria ocupación. La flojedad y haraganería de los jornaleros, principalmente en Zaragoza, es un mal bastante antiguo, que lejos de haberse corregido con las providencias suaves y moderadas de la ciudad en diferentes épocas, ha llegado en nuestros tiempos á un desorden escandaloso. El Estatuto de 1475 renovando la provisión de D. Fernando el Honesto, manda que los jornaleros salgan á sus trabajos al toque de prima de La Seo, y que no se vuelvan hasta puesto el sol. En el año 1577 ya se

limitaron las horas del trabajo á ocho, contando en ellas la ida y estada en el campo. En esta ordinación no se hace mención alguna de las bebidas, pero en otra posterior de 1582 se concede á los peones una hora de descanso para dos bebidas, de modo que las horas útiles de labor quedaron reducidas á siete: y ojalá que en el día se empleasen íntegras á beneficio de los que pagan tan excesivos jornales. Hace ya dos siglos que nuestros escritores hablan de lo mucho que costaba en Zaragoza la administración de las haciendas. El Estatuto de 1586, dice que el aceite forano, era más barato que el de la ciudad por lo caro que costaban los peones, y Gerónimo Ardid que escribió su *Restauro de la agricultura* en 1640, se queja agriamente, de que las juntas conducidas, iban á labrar con ruines aparejos, que los jornaleros apenas trabajaban cinco horas, y que lo que hacían era poco, caro y malo.

En los Estatutos de montes y huertas impresos en 1593, se previene, que una junta de labor, haya de labrar al día una cahizada de 18 cuartales, que se compone de 7,200 *cobdos ó varas*: trabajo á la verdad muy limitado aun para bestias de mediana robustez y agilidad, si se considera que en Francia, dos caballos buenos, labran un día largo *un arpent y medio*. Esta medida agraria, tiene 40,000 pies de Rey cuadrados, que hacen 6,047 varas castellanas cuadradas despreciando el quebrado. Suponiendo que 19 de ellas, corresponden á 21 de Aragón, el *arpent* de Francia, equivale á 7,360 varas aragonesas cuadradas y algo más; lo que manifiesta la reducción indiscreta que hace el Estatuto de Zaragoza, de la labor diaria de una junta á solas 7,200 varas. Pero lo más lastimoso es, que en estos tiempos apenas se labra al día de un solo surco, un cahiz de 16 cuartales que no pasa de 6,400 varas cuadradas.,

Y tanto irritaba á Asso la ociosidad indicada, que no encontró otro medio de reforma, que el duro, (y hoy inaplicable, por la transformación social, jurídica y administrativa operada), indicado en estas palabras:

“En el día, sería necesario confiar este importante oficio á

un Ministro togado de representación y autoridad, dándole cuatro tenientes ó adjuntos para la más pronta y eficaz ejecución de las providencias de policía y de cuanto estaba encomendado antiguamente al Padre de Huérfanos; destinando al mismo tiempo dos de ellos, que de acuerdo con el superior, vigilasen continuamente sobre la conducta de los labradores y jornaleros, para que á lo menos trabajasen las horas íntegras que prescribe la Ordenanza de 1577, so pena de *trabajar quince días con grillete de sol á sol en las obras públicas*, doblando el tiempo en caso de reincidencia, y entregando la mayor parte del jornal á sus familias.,,

El ilustrado aragonés D. Miguel Dámaso Generes, estudió en 1793, las causas de la decadencia agrícola y sus vicios, en este antiguo reino, señalando como tales el desconocimiento de la diversa aptitud de cada suelo, medios de mejorarlos, virtud de las materias fecundantes adaptadas á sus cualidades, aplicación acertada de abonos, distribución proporcionada de los patrimonios para varios frutos, la escasez de terreno cultivado, el no vivir los labradores en la campiña y sí en medio del lujo, del vicio, de las necesidades y distracciones de las ciudades, el no utilizar las riquezas accesorias que supone el recreo de animales domésticos, aves y abejas, el cultivo de moreras y cosecha de seda, la falta de canales y pantanos, y otras que omitimos en obsequio á la brevedad.

Empero, no se crea que porque consideramos que Aragón y la provincia de Zaragoza adelantan impulsados por la ley general de esta época, somos partidarios del moderno y vanidoso afán de promover la creación de populosos centros, ó de convertir á Zaragoza en una gran ciudad á la moderna; no. Abri-gamos en este punto los mismos recelos que asaltan al señor Ponz en su *Viaje á España*, al decir, que las multitudes son de suyo embarazosas, incorrectas, desordenadas y peligrosas, y *que en las grandes ciudades á poco que se enfríe la acción y vigilancia de la autoridad, asoman la cabeza los vicios, la ociosidad, la confusión, el desorden y cuanta perversidad pue-*

*de imaginarse hasta el punto de exclamar: ¡Ojalá crezca Zaragoza á correspondencia en los demás pueblos de Aragón! pero que jamás se verifique aquello de "Multiplicasti gentem, et non magnificasti lætitiã.,,"*

Desgraciadamente, ninguna de las dos circunstancias se cumplen, ni se realizan. El crecimiento de la población de Zaragoza, no es simultáneo con el del resto de la provincia: en la capital mueren más que nacen, y la mayor densidad reflejada desde el año 1860, es á expensas del aluvión y contingente, suministrados por las aldeas. El bienestar y alegría con que debe hermanarse el aumento de vecinos, están muy lejos de explicar el fenómeno; antes por lo contrario entendemos, que los motivos que lo determinan, son de muy desemejante naturaleza ó índole.

El movimiento de inmigración que se observa de las aldeas á esta ciudad, reconoce varias causas. Unos, vienen en busca de seguridad personal, que á decir verdad, deja mucho que desear en nuestra población rural; otros, huyendo del malestar que se siente, de los enardecimientos de los bandos políticos, del extravío de ideas, de los odios de clase, de los atropellos del caciquismo, de la falta de equidad administrativa, de la flojedad del principio de autoridad, de la éscasa fuerza de la ley, de la deficiencia de los recursos municipales y de lo gravoso de los repartos de consumos. Algunos se domicilian, persiguiendo una vida licenciosa ó distraída, bajo el hipócrita pretexto de mayor independéncia, ó cohonestándolo con la más esmerada educación de la familia, y los más, empujados por la falta de vida y animación, por esa postración y decadencia que nos aflige, triste éxito ó cortejo, de esa competencia tan mal ponderada en los tratados internacionales y entablada contra nuestros productos, no sólo por la vieja Europa, sino por ese nuevo mundo, dotado de un suelo virgen con maravillosa fecundidad, y poblado por millares de actividades, adornadas de la portentosa iniciativa de los colosos y titanes.

Tampoco pretendemos sostener, á manera de lógica ó forzosa

deducción, que porque en el orden material encontremos ciertos adelantos, tal vez debidos á la fuerza de las cosas ó á exigencias modernas, más que á la virtualidad del espíritu público, supongamos progreso en general, ni tratemos de atenuar la decadencia moral denunciada por el Sr. Gimeno.

Lejos de eso, y á partir de lo complejo del problema y de los diversos aspectos que ofrece, lamentamos el no arraigo, el eclipse sufrido y la decadencia en que se halla la industria en Aragón. ¿Quién no evoca con fácil recuerdo en su imaginación, el cierre de algunas fábricas planteadas, el fracaso de industrias ensayadas, y el golpe recibido en la industria harinera, representada por muchos millones invertidos en la construcción de fábricas?

El escritor citado, D. Miguel Dámaso Generes, ya se lamentaba en el siglo último, de que no se utilizaran los tesoros escondidos en nuestro suelo, en la siguiente descripción:

“No se contentó la naturaleza con sólo dar á este reino un suelo feraz: quiso añadir á la riqueza de sus producciones, otra no menos considerable en tantos y tan diversos minerales que escondió en las entrañas de su terreno. No hablo de las minas de oro en el valle de Hecho y de plata en Calcena, Benasque, Bielsa y Sierra Universal; hablo de los preciosos mármoles, jaspes blancos, azules, amarillos y de varios colores en Tabuena, Albalate del Arzobispo, en la Puebla de Albertón, en el distrito de Jaca, valle de Hecho y Canfranc: de plomos en Bielsa, Plan, Beceite, Benasque y Zoma: de alambres en Plan, Benasque, Beceite y Calamocha: de abundantísimo y muy precioso cobalto en el valle de Xistan: de muy buena barniz cerca de Bonansa, partido de Benavarre; de tierras finísimas para loza que pueda competir con la porcelana más delicada de Sajonia, en Teruel, Barbastro, Tauste y Villafeliche: de alambre en Ariño, Estengüel y Alloza: en Calamocha de cobre, de fino azabache en Daroca, y Utrillas de carbón de piedra, de marna, de caparrosa, y por fin de las ricas y abundantes minas de hierro en Bielsa, Ojos Negros, Almoaja, Zoma, Noguera, Torres, Xea, Orihuela, Tormón y San Pedro. ¡Reino apreciable por su

grande extensión, por su alegre situación templada y sana y por la gran riqueza de las muchas producciones que le tributa su feraz suelo, y por lo que la tierra esconde en su seno de tantos y tan preciosos minerales!.,

Más adelante, apostrofándonos cariñosamente, dice:

“¿Qué proporciones no ofrecen á ese reino, las lanas finas del partido de Albarracín y las de Zaragoza, Jaca, valles de Ansó, Broto, Tena, Serralbo, Benasque, y la Montaña Castañesa? ¿Qué mayor oportunidad para plantificar en este reino un número grande de fábricas de seda, que la de su capital, la de las vecindades de Alcañiz y Borja? ¿Con qué mayores ventajas ha podido la naturaleza obligarlo, á poner toda especie de artes y fábricas de liencería, blondas, encajes, puntas, lonas, jarcias y cordaje común y de marina, con los abundantísimos y óptimos cáñamos de Calatayud, Tarazona y Borja, y con los finos linos de Borja y de Barbastro? ¿De qué proporciones no lo dotó la misma madre para fábricas de jabón y de rosolis, con las grandes cosechas de aceite en los partidos de Alcañiz, Caspe, Huesca y Zaragoza, y de vino en tantos de sus terrenos? ¿Qué mayores se pueden desear, para las de vidrio, cristales y loza fina, que las que le dan su mucha barrilla y sosa, sus finísimas tierras de Teruel, Barbastro, Villafeliche y Tauste, su rica mina de cobaltó en el valle de Xistan y de óptima barniz de Bonansa? ¿Qué mayores proporciones para muchísimas fábricas de hierro y de artefactos de temple exquisito, que las que le presentan las abundantes minas de Bielsa, Ojos Negros, Almoaja, Zoma, Torres y otras partes, las preciosas aguas de Jalón y las minas de carbón de Utrillas y Graus, y para las de tintes, que las puede sacar de sus abundantes cosechas de azafrán y alumbre?

Ahora pues, ¿qué puede impedir á ese Reino, el aumentar las fábricas de lana *basta* en Jaca, Biescas, Épila, Belchite y Tarazona; el perfeccionar las ya existentes en Zaragoza, empleando en ellas sus finas lanas, y el plantificar varias otras de camelotes, anascotes y paños finos en Albarracín ó en los luga-

res de su distrito y en Teruel? ¿Qué obstáculo hay para el establecimiento de fábricas de lona y cordaje de todo género y de telas finas, empleando las ciento y once mil arrobas de finísimo cáñamo que le producen los terrenos feraces de Calatayud, Borja y Barbastro, y los linos de óptima calidad de que presentemente goza y puede aumentar? ¿Por qué no se determina esa provincia á valerse de su infinito hierro para todo género de artefactos, á plantar la fábrica que hubo en Calatayud de fino acero, á perfeccionar las fábricas de loza de Teruel y Villafeliche, hasta que igualen en el dibujo, figura, vivacidad y belleza de los colores y del barniz á la porcelana de Sajonia, las de vidrio de Almasen, Peñalava y Saulín, y á plantificar alguna ó algunas de cristal, sirviéndose en unas y otras de su barrilla y sosa y de su cobalto, en vez de venderlo insensatamente á los extranjeros, y de la tierra llamada marganesa de Crebillen, aptísima para la construcción de los hornos necesarios á la fábrica de cristales?„

Para corregir tal decadencia, indica el Sr. Generes la *propaganda científica*, fiándolo todo á la *imprensa*, y el Sr. Asso, eminentemente práctico, señala como causa de tal atraso la siguiente:

“Si paramos la consideración en este siglo, no habrá por qué extrañar la extinción casi total de la antigua industria, cuando tenemos á la vista los vicios y desórdenes que reinan entre los artesanos, mayores sin comparación de los que censuraban en el siglo pasado nuestros celosos escritores. Hacerse ricos en poco tiempo, trabajar pocas horas, y que la tarea de éstas supla por el tiempo que están holgando y les suministre lo que necesitan para sus gastos y placeres, son dos máximas puestas en práctica por la mayor parte de nuestros artífices. De aquí nace, que queriendo hacer en cuatro horas lo que exige ocho de trabajo, sacan sus obras llenas de defectos ó piden por ellas precios tan exorbitantes, que calculando el estipendio debido á su trabajo, se descubre fácilmente la inicua pretensión de ganar en pocas horas lo correspondiente al jornal entero. Un

ejemplo memorable refiere á este propósito D. Diego Franco de Villalba, hablando por incidencia del incendio del puente de Tablas de esta ciudad, acaecido en 1713; pues habiéndose tratado de su reparación, se empezó á concertar la obra con algunos artifices, que desde luego pidieron por ella 110.000 libras jaquesas; mas habiéndose desechado una proposición tan irregular, se halló por fin quien hiciese el puente por solas 13.000.,,

El Dr. Francisco Arpayon, dirigiéndose á la Diputación, decía, "que las fábricas no habían recibido aumento alguno y que los oficiales eran los mismos que antes de la prohibición, que éstos no habían podido hacer ni imitar los tejidos de otros Reinos, como rajas, cadizos y telas estambradas, de que padecía gran necesidad toda clase de personas, así eclesiásticas como seculares; y que si algunos habían querido probarse, no habían acertado. También se queja de los enormes precios que los fabricantes exigían por sus tejidos y que habiendo intentado las Universidades poner tasa y moderación, los ocultaban y no se encontraban, sino pagando lo que querían: de manera que esta parte, había sido la tal prohibición la más onerosa y perjudicial, porque hacía al público esclavo, y dependiente de pocos oficiales, que se enriquecían á costa de todo el Reino, vendiendo á precios excesivos unos géneros imperfectos y de corta duración.,,

Resumen: que continúan en pie nuestros vicios morales, por errores de los Gobiernos, y por defectos de los pueblos; y que si no se corrigen, nuestro adelanto será parcial y deficiente, pero no completo y uniforme; podrán observarse destellos, podremos recrearnos en apariencias, pero solamente serán, el perezoso ascenso de una espiral, con sus oscilaciones y avances violentos ó forzados.

#### IV

Una vez expuesto cuanto precede; conocidos el pro y la contra, la afirmación rotunda y las reservas ó distingos que ate-



núan en ocasiones, asertos que nos han parecido un poco apasionados, ¿cuál es el verdadero concepto que Zaragoza y los aragoneses merecemos, como colectividad, como raza ó como reino de la nación española?

Con desconfianza hemos expuesto nuestras opiniones en las páginas que preceden, pero desde la primera cuartilla, temimos llegar á la presente. ¡Tan difícil nos parece la tarea!

Hacer el boceto, trazar un juicio sintético de Zaragoza, es empresa, para nuestras fuerzas al menos, más erizada de peligros y de dificultades, que hacer la crítica de una civilización; y no nos referimos á los riesgos que entrañar pueda el desagradar, porque el que no ha tenido empachos para decir con fruición las cualidades que honran, y con pena patriótica los vicios que nos corroen, bien puede terminar la obra de mero resumen. No: es que al descender de las grandes síntesis desaparecen las líneas ó colores, y de allí abajo y al desmenuzar, descomponer una nación ó detallar una sola comarca, todo es pequeño, todo perfiles, todo sutil é imperceptible, y la lente necesita ser de más potencia para que el objeto no desaparezca, y los tonos no se pierdan, y para no vivir en lo incoloro, en el vacío con su grandeza, y en lo abstracto con su majestad.

Pero hay que intentarlo y vencer las dificultades, para completar la obra y cumplir lo ofrecido; y preciso es hacer derivar alguna cualidad saliente, ó buscar el origen de su genio en las razas y en la patria, para que resulte en definitiva formado el retrato por el conjunto de datos, perfiles y tonos combinados.

Ese carácter duro y guerrero y esos amores y aficiones que se conservan y sostienen por el arte, por lo antiguo y por lo grandioso, deben ser resabios de la civilización romana, de aquel pueblo enérgico y de hierro, en quien recayó providencialmente la misión civilizadora que no supo realizar la Grecia, pueblo de sabios, literatos, historiadores, oradores, poetas y filósofos, consagrado al arte y á lo bello, pero débil y afeminado, y que no se cuidaba de crear la unidad, la igualdad ni la libertad.

Cierto es, que el pueblo rey nos arrebató la independenciam.

Cierto que en su caída llegó hasta el envilecimiento y la bajeza lo mismo en el Capitolio que en la plebe; hasta la depravación en la familia; hasta la orgía y las fiestas Lupercales en costumbres públicas y hasta la sensualidad de Venus y Adonis en religión pagana. Cierto que no supo fundar la libertad, pero preparó nuestra unidad política, aunque á lo déspota y con la brutalidad de la fuerza, y nos dejó prodigios monumentales artísticos, urnas cinerarias, mosaicos, restos de anfiteatros, sarcófagos, estatuas de emperadores, imágenes de sus ídolos, bajos relieves de agata, ruinas, arcos, templos, puentes, acueductos, columnas, vías romanas, su idioma, su literatura, sus escuelas y hasta el sentimiento de su grandeza.

¿Y la altivez nativa y esa facilidad con que el aragonés se arrebató, se solivianta y se crece, ante la amenaza, ó ante una orden en tono despótico acordada, ó de mal talante ó desdeñosamente proferida? Bien puede ser derivación del pueblo germano, que supo traer á la vida del progreso histórico, el espíritu de independencia, de dignidad personal y de libertad individual, desconocidas y holladas por el *pueblo rey*.

Nuestra religiosidad procede del cristianismo, que opuso una moral sublime y creencias y dogmas, frente á frente de un paganismo corruptor, escéptico y degradado.

Nuestro regionalismo y vida municipal ó local, viene de la época feudal; y el amor al suelo patrio, de la inmortal reconquista, comenzada en el *Pano* á raíz de la batalla del Guadalete.

Siguiendo esta gradación y descendiendo de lo conocido á lo desconocido, ¿cuáles son las virtudes y defectos de la nacionalidad española y de que naturalmente hemos de participar, á no ser excepción rara de nuestra madre patria?

La opinión que de nosotros tenía formada la Europa en el siglo XVIII, puede condensarse en el siguiente párrafo citado por el Sr. Generes:

“La Nación Española es apta para poseer un vasto y bello país inútilmente; la ociosa pereza de los habitantes de España, ha hecho pasar á otras manos las riquezas del Nuevo Mundo:

la indolencia, la pereza, la holgazanería, el espíritu romancesco, la inclinación á la caballería, la opinión de un honor fantástico, la estimación estravagante por la nobleza, el orgullo y lo que á éste es consiguiente, el gran menosprecio de las demás Naciones, y mayor de las más civilizadas, ha llegado bajo el nombre de grandeza, á ser el carácter dominante de la Nación Española.,,

¡Cuánto hemos descendido y cambiado desde entonces!

El inmortal Jovellanos pintaba la sociedad española, con la punzante ironía y oscuras tintas, que entraña el siguiente retrato:

“Si el circo de Roma (dice) produjo tanta delicadeza en el pueblo, que notaba si un gladiador herido caía con decoro y exhalaba su espíritu con gestos agradables, el circo de Madrid hace se note si vuela decoroso sobre las astas, y si arroja con decoro las tripas: si Roma vivía contenta con *pan y armas*, Madrid vive contento con *pan y toros*. Los tétricos ingleses, los franceses voltarios, pasan los días y las noches entre el estudio ímprobo y las peligrosas disputas de la política, y apenas después de muchos meses de contrariedades acuerdan una ley: los festivos españoles las pasan entre el agradable ocio y las deliciosas funciones, y en un instante se hallan con mil leyes acordadas sin contrariedad de ninguno: aquéllos han llegado á contraer un paladar tan melindroso, que se les hacen duras las natillas; éstos se han acostumbrado á tragar sin sentir los abrojos: aquéllos son como las abejas, que se alborotan y pican cuando les quieren quitar la miel; éstos son como las ovejas, que sufridas aguantan que las trasquilen y maten: aquéllos, insaciables de riquezas y prosperidad, viven esclavos del comercio y de las artes; éstos, satisfechos con su pobreza y escasez, se entregan libremente á la holganza y á la inacción; aquéllos, idólatras de su libertad, tienen por pesado un solo eslabón de la servidumbre; éstos, arrastrando las cadenas de la esclavitud, no conocen siquiera el ídolo de la libertad: aquéllos escasean los premios hasta á la virtud: éstos prodigan la recompen-

sa hasta á el vicio: entre aquéllos un noble, un héroe es rara producción de la naturaleza: entre nosotros se crían como las cebollas y los puerros, la nobleza y la heroicidad. ¡Feliz España! feliz patria mía, que así consigues distinguirte de todas las naciones del mundo! felice tú, que cerrando las orejas á las cavilaciones de los filósofos, sólo las abres á los sabios sofismas de tus doctrinas! felice tú, que contenta con tu estado, no envidias el ajeno, y acostumbrada á no gobernar á nadie, obedeces á todos! felice tú, que sabes conocer la preciosidad de una corroida ejecutoria, prefiriéndola al mérito y á la virtud! felice tú, que has sabido descubrir que la virtud y el mérito estaba encolado á los hidalgos, y que es imposible de encontrar en quien no haya tenido una abuela con *Don!* Sigue, sigue esta ilustración y prosperidad, para ser, como eres, el *non plus ultra* del fanatismo de los siglos. Desprecia como hasta aquí las hablillas de los extranjeros envidiosos: abomina sus máximas turbulentas; condena sus opiniones libres; y duerme descansada al agradable arrullo de los silbidos con que se mofan de tí.,,

Un moderno escritor, el Sr. Bergnes de las Casas, en su opúsculo *La verdad sobre la república federal*, juzga al pueblo español con la honda trizteza que revelan estas palabras:

“Ignorancia supina en las masas, y muy escasa instrucción en los que visten levita, los cuales, con raras y honrosas excepciones, no leen más que periódicos y se nutren de sofismas: tiene unas pocas provincias bastante adelantadas en la industria y en el comercio; pero otras tan atrasadas, que casi se hallan en estado primitivo; y algunas exclusivamente agrícolas, pero agrícolas las más á su modo rutinario, esto es, sin aplicación de los progresos de la ciencia: tiene antipatías vulgares y odios de pueblo á pueblo, que se traducen á veces en hechos bárbaros, y preocupaciones de campanario, esto es, mutuo aislamiento: tiene intereses encontrados, y que sólo puede conciliar una fuerza central y directiva: tiene partidos diversos y tendencias políticas encontradas, superstición por un lado, incredulidad

por otro: tiene una sangre ardiente, que no sufre contradicción, y que nos dispone á levantar el brazo contra los que no opinan como nosotros: tiene, justo es decirlo, muchos y grandes talentos, más que ninguna otra nación del mundo; pero algunos de estos grandes talentos, por falta de cultura y de instrucción general, y por sobra de ambición y orgullo, están causando al país muchísimo daño sin ningún provecho. ¡Ojalá tuviéramos menos *grandes* talentos, y más hombres de buen sentido y amantes de su patria!,,

Omitimos transcribir otros juicios, porque nos haríamos interminables, y porque cada cual adopta puntos diversos de vista, no del todo conducentes á nuestro objeto, y nos limitamos á reproducir las grandes verdades que, á vueltas de enormes errores y de exageraciones muy comunes, de nosotros se dicen, en el *Apéndice de M. de Cormenin, al Libro de los oradores por Timon*:

“En efecto, ¿hay cosa más democrática que una nación donde el más pobre labrador, donde un niño cualquiera puede acercarse á la Reina con paso seguro, y alzar la voz y clavar en ella la mirada? y por otra parte, ¿hay cosa más despótica que una nación donde cualquier contrabandista se planta la faja de general y mantiene asesinos, é impone contribuciones, y fusila al que se niega á seguirle, y derriba de un voleo la Constitución de cada día y la hace pedazos? ¿Hay cosa más democrática que una nación donde cada cual se cree tan noble como el primero, y donde todos, con título ó sin él, son grandes en su casa? y por otra parte, ¿hay cosa más despótica que un país donde los que hacen y deshacen la Constitución, no se han curado jamás de consultar al pueblo, el cual, por otra parte, no necesita que se le den lecciones ni de igualdad, puesto que la practica, ni de libertad, puesto que la comprende, y mejor cuanto más la infringen sus profesores legislativos y ejecutivos?

¿Dónde hay también más riqueza y más miseria, más ardor y más indolencia, más luces y más ignorancia, más cultura y más barbarie, más orgullo y más igualdad, más iglesias y más

irreligión, más bellezas lozanas y más bellezas ajadas, más abyección y más vestigios de una antigua grandeza? ¡Cuántas veces sentado, ya en las arenas de la mar que mojaba mis pies con sus olas, ya en las ruinas de vuestras torres, de vuestros claustros y de vuestras tumbas, traía yo á la memoria los hombres y las cosas que ya no son, y me decía:

¿Qué se ha hecho de la vasta monarquía de Carlos V, en cuyos estados nunca se ponía el sol, de aquellos galeones cargados de barras de Méjico y del Perú que entraban en Cádiz, puerto hoy desamparado, de aquellas mieses de la Mauritania, de aquellos canales y acequias sarracenas, de aquellos acueductos, aquellas fábricas de acero, soberbios telares y talleres, de aquellas dehesas de corceles, de aquellos pensiles y espaldares, de naranjos y limoneros, de aquellas razas de hombres como los Pizarros, Colones y Hernán Corteses, de aquellas Universidades de Salamanca y Toledo, los Quevedos, Calderones y Lope de Vegas?

¡Cierto que para llegar á semejante estado de consunción intelectual, religiosa y política, valía la pena de afanarse en no tener ni gobierno en el estado, ni religión en la iglesia, ni cultivo en los campos, ni progresos en las artes, ni originalidad en la literatura, ni unión en las familias, ni orden en la hacienda, ni arreglo en la administración, ni expedición en la justicia, ni dinero en las arcas públicas, ni crédito ni comercio, ni poder por de fuera! Y también valía la pena de irse despojando de todas estas cosas para poder con más desahogo enzarzarse y asesinarse, y ahorcarse y quemarse, y desollarse y violarse, y saquearse mutuamente, y no volver nunca al hogar, sino con las manos abominablemente teñidas en la sangre de los conciudadanos!

No tacharé al español porque no sea impertinente, ligero, distraído, petulante, adúlador y charlatán, como nos pintan á nosotros las malas lenguas, pero sí quisiera que fuese menos áspero, menos indolente, menos desconfiado y menos sombrío, más social y más hospitalario. Los grandes de España, los no-

bles, los comerciantes, los banqueros, no convidan nunca á almorzar, ni á comer, ni á jugar, ni á bailar, ni á tocar, ni á hablar de negocios, ni á hablar de noticias; pudiera decirse que, mundanamente hablando, no hay en el calendario de España ni fiestas, ni domingos; tan amantes son de los placeres solitarios del egoísmo, es decir, del placer de estar entre un numeroso gentío rodeados por todas partes de otros individuos, sin hablarse, sin verse, sin reconocerse y casi sin saludarse; de ese placer individual, comunicativo, grosero, de todo para sí, y sólo para sí, que es el que se saca del circo, del paseo, de los cafés y de los teatros. Los españoles no son, en rigor, hombres del Mediodía, son más bien del Africa que empieza, que de la Europa que acaba; la mitad de su sangre es africana, el sol de España es sol africano, los españoles tienen la indolencia de los orientales, su misma indiferencia hacia el porvenir, su carácter grave, su aspecto taciturno, sus costumbres reservadas y solitarias, sus pasiones sordas, violentas, sin olvido y sin perdón.

¿Qué más diré? La España es como una hermosa vasija de oro al salir de las manos del platero, con toda la riqueza de la materia y la elegancia de la forma, pero sin el bruído, que sólo se adquiere á fuerza de pulimento.

Esto en cuanto á las ciudades. Por lo tocante á los lugares y aldeas, es una nación vigorosa que tiene más necesidad de peines que de pan, y de agua caliente que de vino, y de cepillos que de cigarros, y de lienzo blanco que de Constitución, y de educación que de libertad. Pongan ustedes por Dios en las piscinas en la mayor fuerza de la corriente tanta rusticidad, aféitenmela ustedes, esquilenmela ustedes hasta que se la vea el casco, blanquénme ustedes sus paredes con cal, purifiquenme sus jergones con azufre, y sus camas llenas de chinches con trementina; oblíguenla ustedes á que se peine, y se lave, y se vista día y noche, después de hacer su oración; pónganla ustedes una camisa, aunque no sea más que los domingos, y yo les respondo de que en breve parecerá enteramente otra nuestra

raza, y que no reconocerán ustedes á ese pueblo. Las naciones en este mundo sólo son grandes en razón de la opinión que se tiene de su limpieza.

¿Qué necesita la España? orden; ¿y después? orden también. ¿Qué más necesita la España? administración; ¿y después? administración también. ¿Qué más necesita la España? educación; ¿y después? educación también. Hé aquí las tres cosas que he propuesto: orden, administración y educación.,,

Ahora bien. Expuestos tales antecedentes á manera de premisas, ¿podemos hacer ya el boceto, intentar el retrato, real ó parecido al menos de nuestro pueblo, con sus vicios y virtudes, sus cualidades envidiables, y sus defectos tan fácilmente corregibles? Probemos.

Los rasgos salientes del tipo aragonés, son á nuestro modo de ver, unos históricos, otros generales de nación, y otros peculiares y propios.

Huella de la civilización romana, es nuestro carácter *duro* y nuestra inclinación á lo suntuoso, á lo grande, á lo monumental, á lo atrevido y á lo artístico.

Germano puro es la *altivez* y consiguiente *irascibilidad* aragonesa, hija del sentimiento de dignidad personal.

El *tesón*, la terquedad y *espíritu belicoso*, oriundos son de la grandiosa época de la reconquista, en que nuestros mayores defendieron el suelo patrio y la religión cristiana.

El *valor* está demostrado y reconocido por el mismo escritor francés citado poco há, al escribir estas palabras: *Zaragoza nos ha enseñado cómo se defiende un pueblo libre.*

El carácter *franco*, sencillo, accesible y familiar, la escasa afición á lo ceremonioso, á lo solemne, á la tiesura ó á la hinchazón, está llevada tal vez en muchas ocasiones, hasta el exceso entre nosotros.

El genio *serio*, áspero, desabrido, poco flexible y grave, tiene explicación racional en la índole de nuestro clima, duro, inconstante, brusco, de violentas transiciones atmosféricas y de trastornos frecuentes termométricos, que además de contrariar



constantemente, contiene las alegres expansiones y fomenta cierto espíritu de concentración, tirantez y desagrado hasta hacerlo temperamental y nota de nuestro organismo.

Y no hay que quitar importancia á este punto de vista, porque no otra explicación satisfactoria tienen dentro de una misma nación las diferencias sustanciales ó el marcado contraste que forman los tipos del Norte y del Mediodía de nuestra Península.

¿Por qué el andaluz es festivo y alegre? Porque vive bajo clima templado, cielo sereno, mar tranquila con olas juguetonas como las playas, donde espiran ó van á perderse. Todo sonríe allí. La naturaleza, los pájaros, las flores y las mujeres, y el murmullo de las rizadas ondas y la esencia de los naranjos y el gemido voluptuoso de la brisa, no pueden inspirar más que pasión, armonía, cantares, frivolidad, languidez y holganza.

En cambio, ¡qué tipo tan diverso el vasco! El cantábrico es oscuro, abrupto, escarpado. El mar muge, el cielo es plumizo, las ondas amenazan soberbias con coraje, el mar sorprende y hace naufragios y víctimas y el cielo parece airado ó vengador. Por eso el marino no canta en el Norte; teme y recela, lucha y llora: es intrépido, pero reza y fía en Dios.

Los aragoneses, como la generalidad del interior de nuestra Península, no estamos influídos por esencias de palmeras ó limoneros, ni por ondas rizadas, ni por mares agitados, ni por infortunios de náufragos, harto frecuentes; vivimos en población de vida acompasada sujeta al periódico turno anual de cosechas, y todos, directa ó indirectamente, dependemos del fatigoso y duro trabajo del suelo, de las probables inclemencias de la atmósfera, de las bondades ó castigos del cielo, del poder, de la blandura ó fiereza de los elementos. ¿No hemos de contemplar el firmamento, no hemos de estudiar los astros, no hemos de mirar al cielo, no hemos de adorar al Dios de todo lo criado, no hemos de ser religiosos y católicos, no hemos de esperararlo todo de la Virgen Santísima del Pilar?

Y por cierto, ya que momento oportuno se ofrece, debemos

decir que veneramos á la citada Virgen, como se debe, y no tan grotescamente como decía un periódico francés el año 1868:

“Solamente ya los zaragozanos tienen un modo singular de adorarla.

Un día que estaba yo rezando, fui testigo del siguiente hecho. Un hombre que acababa de dirigirla sus más fervientes oraciones, se levantó, y amenazándola con el puño y dirigiéndola una mirada feroz, la dijo alto: “Mira, como no hagas lo que te pido.....”

Pero ¿quién puede ya extrañarse de todo lo estupendo, ofensivo, novelesco y raro, que los franceses inventan, cuando de cosas de España se ocupan? ¿No publicó un periódico en serio el siguiente telegrama?

“MADRID 5 Octubre.—Sagasta et Ulloa, á la tête de 4.000 carlistes, on attaqué Vich. Ils ont été repoussés. Le brigadier Macías á tué beaucoup de carlistes.,”

Empero, apartándonos de esta digresión, que nuestros lectores disculparán, como obligada protesta de honor regional ó local, y entrando ahora en terreno sombrío y en otro orden de ideas, ¿es tan espantoso el grado de criminalidad en que vivimos los aragoneses, cuyo cargo tanto nos perjudica y tanto previene en contra nuestra, con notorio daño moral y material?

¡Pluguiera al cielo que se suavizaran las costumbres, y que unos, modificando su temperamento ardiente y acalorado por medio de la reflexión y la cultura, y los gobiernos sin más que abandonando escrúpulos industriales, persiguieran con rigor cierta clase de armas, y disminuyeran todos ese bochornoso dato! Entre tanto, la justicia y la imparcialidad nos obligan á restablecer la verdad de las cosas y á rectificar conceptos que pasan como ciertos, pero que contienen inexactitud evidente.

El Sr. Madoz, ya ocurriendo á este cargo y rectificando, decía en su Diccionario:

“Los delitos de sangre ascienden á 458 y la población á 734,685. No era en verdad de esperar tan ventajoso resultado, después de la pintura y de las anécdotas que del carácter y costumbres

de los aragoneses hacen los extranjeros y no pocos nacionales. Después de la idea de terror que al trabuco y puñal aragonés se difundió por todo el mundo; en ese país en que se creía y aun se cree, que entre las palabras y las obras median pocos instantes, que se ejecutaba un homicidio por la menor disputa y aun á las veces por simple diversión, el número de atentados ó delitos de sangre es menor que en las Audiencias de Burgos, Coruña, Madrid, Sevilla y Valladolid.,,

Los datos estadísticos oficiales recientes, acusan un descenso en criminalidad, puesto que los delitos de toda clase perpetrados en el territorio de las Audiencias de Calatayud y Zaragoza, ascendían en el año 1883, á 1350, en el año 1884, á 1030, en el año 1885, á 630 y en 1886, á 853, ocupando bajo tal aspecto Calatayud en número 26, 31, 69 y 38 respectivamente entre las demás Audiencias y Zaragoza el 5, 6 y 7 en dichos años.

En cambio, cualidad nobilísima de este pueblo, es que espontáneamente, por nativa inclinación y sin vacilar jamás, se interesa por todo el que sufre, por todo perseguido, por todo atropellado. Su instinto le lleva á ponerse siempre al lado del que siente penas, y en pro de lo más compasivo y más benigno, más generoso y más hidalgo.

De desear sería, que este delicado sentimiento, fuera acompañado de más reflexión y menos ligereza, para no colocarse sin conocimiento de causa, en contra de todo agente de autoridad, sin cuyo profundo respeto, no cabe amparar al débil, ni puede existir el imperio de la ley, ni regimen ordenado de pueblos cultos. La ley buena ó mala, perfecta ó defectuosa, debe imperar; la sociedad no ha de estar entregada al capricho del más fuerte ó temerón, y castigo merece en justicia, el que viola el derecho y libertad de sus semejantes, ó turba la armonía social que constituye el mayor encanto de la vida pública.

Pero, ¿por qué al hablar de Zaragoza y al pintar á los zaragozanos, se observa tal discordancia de pareceres y mientras un forastero nos llama sencillos, francos, obsequiosos, hospitalarios, generosos, atentos, de buen trato social, formales, etc., y

los que aquí vienen accidentalmente, viven con agrado y complacencia, y muchos se avecinan, no obstante los inconvenientes de nuestro destemplado clima; otros, nos rebajan y deprimen, burlándose, del tonillo, del acento y de los modismos de nuestro pueblo, de su rudeza, de su ignorancia, de sus descuidadas formas, de su ninguna cultura y nos llaman incommunicativos, desabridos, secos, cazurros, violentos, groseros y, para no ocultar nada, *brutos*, que es su frase final?

Hay que decir la verdad. Depende exclusivamente, de que cada uno de los críticos aludidos, se haya comunicado, vivido ó tratado, con una ú otra clase, de las *dos* marcadas, de que se compone la población de Zaragoza.

Aquí donde apenas existen títulos nobiliarios, no se conocen más que clases *superior é inferior, media ó plebe*; aquellos que viven de su propiedad, oficio, industria, carrera, profesión, ministerio, empleo ó manera estable y *permanente*, y los que dependen de un *jornal eventual*.

No existen en Zaragoza más que 5712 contribuyentes por territorial y 3132 por industrial, lo cual nos da una población de *clase media*, de 8844. Si á esto quieren agregarse tres unidades más, para comprender todo vecino de cierta cultura, instrucción y condiciones, obtendremos una población de clase *superior*, intelectualmente hablando, de 30.000 almas, quedando otra de 60.000, ó sea el doble, de braceros, jornaleros de campo, peones, aprendices, artesanos, vagos, otros esperando colocación, población flotante, y una masa social ó montón innominado de pobres sin recursos, que vive del azar y que constituye la plebe, ó los desheredados de la fortuna, con educación, hábitos, costumbres, traje, método de vida, inclinaciones, afectos, gustos, pasiones, sentimientos, trato, gestos y maneras diversas.

Y tan cierto es esto, que remitimos al que lo dude, al aspecto ó impresión que pueda producir en su ánimo, la Zaragoza normal con su vida y manifestaciones públicas en día de labor, y la Zaragoza regocijada, de día festivo, ó entregada á los transportes de algo extraordinario, y en plena fiesta.

En días no festivos, las calles, las tiendas, los templos, el paseo, el teatro, las fondas, las aceras, el tranvía, los cafés, el traje, el personal, todo tiene otro aspecto, reviste otro gusto, otra compostura, otro atildamiento y corrección, hasta el punto de no parecerse. Son dos grupos de población diversos.

No vayan por tanto á creer, ó mejor dicho, á aparentar que recelan nuestras clases inferiores, lo que en nuestras democráticas costumbres no cabe suponer, esto es, que existe *alejamiento, orgullo y eso de tenerse á menos*, que se repite con harta frecuencia, en las superiores; respecto á ellas, no. Es preciso que éstas se penetren que ellas lo imponen y lo crean y que somos incompatibles, no por soberbia, sino por su mala educación, por sus maneras, su lenguaje procaz y falta de cultura y de urbanidad.

Reflexionad un momento, clases aludidas, y salvad vuestro propio decoro y el buen nombre de nuestra ciudad querida y de Aragón entero.

Si la verdadera independendencia, libertad y respeto á la igualdad consisten en que nadie haga cosa contraria al derecho y libertad de otro convecino ó conciudadano, puesto que la libertad de uno concluye donde comienza la del prójimo, ¿es posible que aquel á quien le repugna, tenga obligación de sufrir ó someterse á escuchar con violencia, tanta obscenidad, grosería y blasfemias, como por fútiles motivos, con irreflexión deplorable, se profieren? ¿No es esto, después de rebajaros, atacar el buen gusto público, desacreditar la ciudad, y faltar al respeto ó miramientos que nos debemos todos? He aquí por tanto la clave de lo que extrañais. No es vuestra pobreza la que os rechaza, es que se repelen el comedido y el procaz, el urbano y el ineducado, el atento y el descortés, el culto y el inculto, el aseado y el sucio, el condescendiente y el uraño, el afable y el irascible. Cada cual necesita esfera en que vivir, acomodada á sus gustos é inclinaciones. Sed lo que sois, si no sabéis corregiros, en vuestro hogar, pero respetad la libertad, la independendencia, la voluntad, los deseos, las aficiones correctas y el buen gusto de los demás,

que son tan sagrados como vuestros defectos, si tanto pretendéis, y no nos veremos todos envueltos en vuestras merecidas censuras y general reprobación.

En resumen; á mi modo de ver, el defecto saliente, capital, culminante y lamentable de las *clases inferiores* de Zaragoza, es, su *falta de compostura* y de *comedimiento en la vida pública*.

Atended á vuestra educación y perderéis la costumbre de hablar á gritos para ofender con vuestras conversaciones obscenas; de cantar á todas horas al cruzar las calles ó al desempeñar vuestras faenas, como si el artesano no pudiera trabajar en silencio, como si el que descansa, estudia ó duerme tuviera obligación de tolerar voces, música y rondallas, ó no tuviera el derecho á ser respetado por los ociosos trasnochadores; de fijar letreros en paredes ó en propiedad ajena recientemente pintada; no os gozaréis en romper como salvajes árboles, ó destrozard jardines, bancos, kioscos de música, setos, etc.; guardaríais ó procuraríais conservar corriente de subida y descenso en paseos, ó de entrada y salida en templos y aceras, que tanto facilita el ordenado movimiento y la comodidad de todos; respetaréis el turno en taquillas de estaciones, teatros y espectáculos, evitando anticipaciones injustas, atropellos indebidos y abusos reprobables; desaparecerían los gritos y algazara estruendosa peculiares á vuestras expansiones, comidas, bailes y recreos, como si no pudiérais entregaros á los afectos de vuestras alegrías ó bienestar sin apelar á la fuerza, ó á voces descompasadas, sin atropellar, sin guardar miramientos á los demás, sin molestar, sin disgustar y desordenándolo todo; no se oirían sandeces en vez de gracias ó chistes; no se verían máscaras repugnantes y soeces, ni sufrirían crueles castigos las caballerías de labor; no escucharíamos en fin el destemplado acento de voces aguardentosas, ni bárbaras amenazas con ira frenética, ni tantas otras cosas, base del pobre y ofensivo concepto que de vosotros forman españoles y extranjeros.

Resumen: tenéis excelentes cualidades, pero graves defectos de *abandonada educación*; nobilísimo fondo pero tosca corteza

y formas desdichadas; y es preciso que os convenzáis de que únicamente siendo urbanos y prudentes, cultos y *bien hablados* podréis intimar, sin desdoro ni violencia de nadie, con vuestros convecinos de todas clases sociales. De otro modo continuaremos alejados, antagónicos, infundibles, sin contacto, y sin relaciones ó conexiones.

¡Qué noble, fecunda y nunca bastantemente agradecida misión, pueden llenar en este orden de ideas, las autoridades gubernativas locales municipales, con voluntad firme y con un sistema de corrección y penalidad constante exento de condescendencias ó intermitencias, y los maestros de escuelas de adultos sobre todo! ¡Qué servicio tan moralmente plausible nos dispensaría, el que suprimiera el presidio en Zaragoza!

¿Ha resultado el retrato de nuestro pueblo? Lo ignoro.

Clase aludida..... ¿te molesta, te lastima, te ofende, te avergüenza mi boceto? Pues diré con un poeta:

Arrojar la cara importa,  
que el espejo no hay por qué.

¿No te satisface la bondad de nuestro intento, lo leal de nuestros consejos, lo noble de nuestros propósitos, lo elevado de nuestro fin? ¿Tomas á mala parte nuestras concesiones, te extraña que tus paisanos reconozcan tus defectos, te sorprende que no los calleemos ó que no guardemos un silencio entre adulador y cobarde, haciendo traición á nuestra conciencia, ó convirtiéndonos por temor de desagradarte, en cómplices de tus extravíos y errores, para que no te corrijas y continúes siendo el escarnio y la befa de provincias más estéticas y de críticos sin piedad? Pues contestaré.

*Amicus Plato, sed magis amica veritas.*

¿No desarmo tampoco tu encono con esto, te yergues, la echas de temerón, ahuecas la voz, montas en cólera, profieres ya palabras gruesas, te agitas en la calentura de la ira y en la

fiebre de la exaltación, brotan ya de tus labios acentos y frases entrecortadas de amenaza?

Basta. Este ya es otro terreno.

No he de callar, por más que con el dedo,  
Ya tocando la boca, ó ya la frente,  
Silencio avises ó amenaces miedo.

¿No ha de haber un espíritu valiente?

¿Siempre se ha de ~~sentir~~ lo que se dice?

¿Nunca se ha de decir lo que se siente?

Ahora tú, querida Zaragoza; vosotros, augustos y legítimos herederos de aquellos aragoneses que peleaban y sujetaban á Thesalia, Beocia y Atica, que fijaron las barras vencedoras de tu escudo en Neopatria y Atenas, que conquistaron á Córcega y Cerdeña. Vosotros, varones circunspectos, prudentes Consejeros, discretos magistrados antiguos oráculos de este reino, manes venerandos de Palafox, de Bureta, de Agustina Aragón y del tío Jorge, clases todas de la sociedad zaragozana de finos modales y de severa conducta, de formas atildadas, de esmerado gusto y de maneras correctas, decidid, si los aludidos, con sus defectos, son los que, cual hijos bastardos ó expúrios, comprometen tu reputación y tu renombre, ó somos nosotros los guardadores y defensores de tu honor, los apóstoles del porvenir, los críticos sinceros, los acicates de tu cultura y los esclavos de la verdad.

Espera tu sereno fallo,

JOAQUÍN MARTÓN Y GAVÍN.

los del bri-  
andaje no  
ran profa-  
mente arago-  
nes sino de  
la Corona de  
Aragón." JP





## VAMOS MUY DESPACIO

---

### I

Algunos zaragozanos que recuerdan que hace veincinco años tenía Zaragoza 65.000 habitantes, y ven que ahora cuenta con 85.000, á la vista de las profundas y radicales transformaciones que la apertura de la calle de D. Alfonso ha realizado en la disposición general de nuestras calles y casas; atentos á que en la actualidad tenemos agua potable y gas canalizado, telefonos, tranvías y movimiento industrial y mercantil muy superior al que antes se veía, exclaman satisfechos y esperanzados:

¡Progresá Zaragoza!

Y nosotros entendemos que semejante exclamación, hija del buen deseo, si es exacta, comparando tiempos con tiempos, no lo es, si se mira bien lo que nuestra ciudad y nuestra provincia son, y lo que debían ser

en el caso de que su desarrollo progresivo obedeciera á las leyes generales del progreso de los pueblos y á las condiciones topográficas, sociológicas y económicas de este país, que no acaba de sacudir su proverbial pereza, ni de ponerse al frente de los que, con paso firme, caminan por la vía de las mejoras más radicales.

Nos proponemos demostrar en este trabajo que Zaragoza y su provincia podrían haber conseguido á la hora presente un grado de perfección que hoy no tienen; probando con hechos y con datos que la deficiencia en que la vemos ni depende de su suelo, ni de sus condiciones, siendo únicamente debida á la manera de ser, de pensar y de hacer de sus hombres, más dados á nuestro juicio al disfrute de bienes transmitidos de padres á hijos ó alcanzados, que á la iniciativa de proyectos salvadores, á un mismo tiempo convenientes al capital y á la industria, al dinero y al genio. Y cuéntese con que en esta serie de artículos, no citaremos nombres, porque no queremos ofender á nadie; nos referiremos á hechos bien conocidos con propósito de evidenciar la conveniencia de que, pensando cada cual un poco, lleguemos en próximo día al acuerdo de la necesidad de un cambio de carácter por igual conveniente á todos.

Abrigamos el convencimiento de que Zaragoza puede llegar á ser en breve tiempo una gran ciudad moderna, y sentimos verdadera pesadumbre al tener que consignar que hoy, en el año de gracia de 1887, cuando existen ya en España un Bilbao, un San Sebastián,

un Barcelona, un Ferrol y tantas importantes ciudades y villas que podríamos citar, Zaragoza, la antigua Zaragoza, esperanza de los pasados tiempos, sigue siendo un *lugarón* con todos los defectos de tal y todas las miserias, todas las desdichas y todas las pequeñeces que á su rango de *lugarón* corresponden.

¡Con cuánto dolor hacemos esta afirmación que á algunos parecerá infundada! Nacidos aquí; educados en una de las primeras escuelas municipales que nuestra ciudad tuvo, la del memorable profesor D. Valentin Zabala; entusiastas y admiradores de las glorias de Aragón, el amargor que nuestro pensado juicio sobre Zaragoza nos produce, sólo puede ser comparado á la alegría con que contaríamos los méritos de esta ciudad augusta, en el caso de que la viésemos á la altura en que debe estar bajo todos los conceptos: hijos de Zaragoza, no hay por qué decir cuánto hemos discutido con nosotros mismos antes de dar á luz estos artículos que alguien juzgará exagerados y que nosotros queremos escribir y escribiremos libres de toda pasión y de todo prejuicio.

Pero es el caso que los periodistas contraen en el mero hecho de aceptar el sagrado sacerdocio del periodismo, grandes responsabilidades. Una crítica razonada y seria, sin animosidades personales, sin censuras acerbas, puede resultar ejemplar: el señalamiento de los defectos, cuando es formulado cortésmente y sin amargura, contribuye poderosamente al remedio de los mismos, iniciando en los que son objeto de la crítica cambios saludables que llegan á borrar por com-

pleto las faltas censuradas. No, pues, á capricho, á deber sagrado obedece el trabajo que nos imponemos: hay que decir á Zaragoza lo que es y lo que puede y debe ser, con el fin de que, si sus hombres llegan á convencerse de la justicia con que se les censura, modifiquen su conducta, ó de que, caso contrario, consten siempre donde deben constar, las reconvenciones leales de una voz amiga que no persigue otra cosa que el florecimiento constante de la ciudad patria.

Todos estamos llamados á reformar en lo posible la actual manera de ser de la sociedad de Zaragoza. Si aquí hubiera de seguir adoptándose el "mañana," como recurso de la pereza; el recelo como excusa de la ignorancia; la duda como asidero de la inercia; la sospecha del lucro en disculpa del alejamiento de los negocios sanos; la calumnia como arma detentiva de acciones plausibles; antes de poco, temerosas de su suerte, huirían de esta ciudad personas que valen mucho, privando de sus aptitudes, de su celo y de su actividad á esta población, que tiene derecho al usufructo de la aptitud, celo y actividad de sus hijos. La historia de Pignatelli, la de Bruil, la de otros muchos que ya han muerto ó que viven, por desgracia nuestra, lejos de los muros que nos rodean; todas esas historias y algunas otras que á un espíritu apasionado demostrarían que el amor patrio obtiene aquí constantemente el mismo triste pago, son sobrado conocidas; y es preciso reconvenir á los unos, estimular á los otros y remover á todos, si al fin ha de conseguirse un resultado beneficioso.

De otro modo, rebasada por la constancia de la ofensa la copa del sufrimiento de los unos; excitada por la impunidad ó el silencio la actitud recriminadora de los otros, en Zaragoza nada se hará que valga y merezca el aplauso, y pasarán años y años sin que esta ciudad, por tantos motivos digna de progreso, avance un paso en el camino de las mejoras definitivas á que deben aspirar los pueblos que respondiendo á su historia quieren conservar en lo porvenir la tradición honrosa de sus glorias. Jugamos en este país con los hombres y los nombres como si unos y otros fueran objetos sin valor; cual si se tratara de las piezas insignificantes de un juego de damas; y una de dos: ó antes de poco variamos de rumbo y de procedimiento, reconociéndonos mutuamente valor y condiciones, con arreglo á lo que cada cual represente y valga, ó antes de poco, metido cada cual en su concha, todos dejaremos que Zaragoza experimente una evolución que podríamos llamar de resonancia, porque obedecerá á impulsos excéntricos y ajenos, imposibilitando un cambio progresivo, espontáneo y propio, mucho más útil y apetecible por lo mismo que, siendo debido á nosotros mismos, ha de ser más acomodado á nuestro medio y más natural.

No tardaremos mucho en demostrarlo.



## II

Uno de los grandes defectos que reconocemos á este país, es el ningún aprecio que hace de aquellos de sus hijos que valen algo. Generalmente se entera del valor de los mismos cuando los extraños se lo demuestran, y entonces pretende proceder como si alguna intervención hubiere tenido en ese valor. ¡Cuántos hijos de esta adorada provincia lamentan hoy el recelo con que fueron mirados por sus paisanos sus primeros esfuerzos!

Lejos de aquí hemos hablado con muchos ilustres paisanos nuestros y á todos les hemos oído expresarse en sentido idéntico. Todos lamentan que las ligerezas de la juventud, reconocidas por ellos, y explicables por la inexperiencia de la menor edad, hayan engendrado invencibles convencimientos de ineptitud suprema; todos deploran haber tropezado antes con la crítica, dura, amarga y personal, que con el animoso ¡adelante! del amigo leal.

Por eso, fíjense en ello nuestros lectores y lo reconocerán con nosotros; joven que se ha educado aquí, que aquí se ha sentido hombre y que por cualquier circunstancia ha llegado á abandonar nuestra tierra, si vuelve á visitarnos, vuelve por unos días, obede-

ciendo á impulsos irresistibles del corazón que clama por el cielo patrio; pero nos abandona luego, cual si temiera verse de nuevo envuelto en nuestras animosidades y en nuestras miserias. Ejemplo de cuanto decimos son, Zapata, el insigne poeta que sueña con Aragón siempre que su estro le mueve á cantar una gloria y no quiere, sin embargo, pisar Zaragoza; Pradilla, el gran pintor, que no debe olvidar que le aclamamos aquí cuando el orbe entero le había aclamado; Julio Monreal, uno de los literatos-modelo contemporáneos, á quien muchos de sus paisanos no conocen ni de nombre, por más que él quiera tanto á esta tierra que venga á vernos siempre que las exigencias de su trabajo lo toleran; Mariano de Cavia, que marchó á Madrid cuando aquí ni le juzgaban siquiera, y es hoy con justicia, querido, respetado y aplaudido por los periodistas madrileños; Santiago Ramón á quien hemos llamado *sabio*, después que justamente nos habían dicho que lo era y lo es madrileños y valencianos; Marcelino de Unceta, que empieza á parecernos un gran pintor, ahora, cuando no está en Zaragoza, y no le vemos ni hablamos; Enrique Casanova á quien todos juzgaron ligero é incapaz de toda empresa y que ha resultado lejos de aquí todo un artista intencionado; Eusebio Blasco y otros y otros.

Reflexionen sobre este particular aquellos de nuestros lectores que tengan motivo para conocer la historia de nuestros hombres contemporáneos y convendrán con nosotros en la afirmación de que esta ciudad y su provincia, mejor que madre, parece madrastra de sus

hijos. Atiéndese aquí más que al mérito de los individuos al oscurecimiento que para otros puede acarrear ese mérito; más que á la adquisición de la propia gloria, á la inhabilitación de la gloria ajena; más que á las grandes virtudes, á los pequeños defectos de los hombres; y, como si todo, en este país, se mirara con lentes de teatro, que aproximan y agrandan ó alejan y reducen los objetos, según cual sea el lado por que se mire con ellos, así, á todos parecen enormes las faltas y pequeños, pequeñísimos los méritos; no de otro modo que si con un juicio apasionado é injusto se quisiera llegar á cubrir la vergüenza de una envidia sentida y manifiesta.

Por eso, á zaragozanos de pura sangre, á hijos de esta ciudad, que han hecho por ella grandes sacrificios, que se interesan por su historia y sus adelantos, les hemos oído expresar su propósito firme de no poner los pies en ella. "Lo de menos, han dicho, es que no se nos ayude, que no se nos anime, que no se nos estimule; lo de más es que se juzguen nuestros actos con una pequeñez de juicio que asombra, con una inquina que maravilla, con una animadversión inexplicable. Hemos querido, continúan, prestar de buena fe un servicio á nuestro país y en seguida ha habido alguien que ha preguntado el por qué *del interés* del servicio; hemos querido proponer una mejora y nuestra proposición no ha excitado el estudio y sí la oposición personal más viva; hemos deseado movernos y siempre ha espíado alguien nuestros movimientos, juzgándonos apasionados y ruines."



Las frases son duras, pero envuelven una triste verdad.

Cuentan de los gallegos y de los andaluces que cuando algún joven descuella por cualquier concepto le apoyan incondicionalmente: de Aragón, de Zaragoza sobre todo y su provincia, puede contarse que, cuando alguno por propio esfuerzo llega á ponerse en condiciones de adquirir un puesto envidiable, los aragoneses tratamos de subir por cualquier medio un punto más arriba del lugar que se desea alcanzar, no para brillar ó hacer más que el que lucha, sí con el único objeto de proveernos de un martillo, esperar el instante del esfuerzo supremo del que sube, y dar en los *nudillos* á martillazos contra el infeliz mortal que osa acometer empresas arduas. Mil casos podemos citar en testimonio de este aserto; mil casos que son otras tantas desilusiones y otras tantas amarguras.

¡Ah! y no es ciertamente interesado este reproche nuestro: no es otra cosa que un lamento; un lamento basado en la experiencia é inspirado por la más triste de las realidades.



### III

Como si no fuera bastante triste la conducta que de ordinario sigue Zaragoza con sus hijos, viene á hacer más sensible esa condición la tendencia marcada que hay aquí á considerar extraordinario todo lo que de fuera viene. Un hijo de este país, si quiere abrirse paso entre los suyos y lograr una posición, tropieza con obstáculos las más de las veces invencibles y siempre injustificados: el forastero que llega á este lugar, y sabe encerrarse dentro de cierta reserva ó alardear de inteligente, por modo directo ó indirecto, consigue en Zaragoza cuanto desea, encontrando desde luego amigos que le presenten en nuestra sociedad, que le aplaudan, que le mimen y que le hagan creer que ésta es punto menos que la tierra "Prometida." Bien es verdad que Zaragoza es tierra de promisión para los advenedizos. Como si abrigáramos el convencimiento de nuestra ineptitud, mientras oímos con recelo cualquiera idea, la exposición de una empresa, la relación de un plan formulado y propuesto por un paisano nuestro, prestamos desde luego atención y damos nuestra aquiescencia á la más descabellada combinación, hecha por un desconocido. Dice un zaragozano que se

propone obtener la bonificación de una industria lógica, cierta, segura, y no encuentra quien le ayude en tres pesetas; dice un advenedizo que va á modificar la sustancia del cielo "que es de cebolla y debe ser de hormigón;" plantea el propósito más necio, y no tienen inconveniente nuestros hombres en prestarle su aplauso y su dinero.

En todas las esferas de la sociedad zaragozana se nota el defecto que apuntamos: todos son por igual responsables del mismo.

Aquí, por ejemplo, hemos tenido de ordinario, oradores sagrados de indiscutibles aptitudes; pues todos recordarán que no hace mucho tiempo llegaron á ser escasos los templos de Zaragoza para oír á un predicador advenedizo, que luego resultó ser todo un pájaro de cuenta y del cual llegó á dudarse en tales términos, que se puso en tela de juicio el valor de sus títulos y aun se le prohibió la predicación dentro de nuestra diócesis. La desilusión de las gentes que habían acudido en banda á oír la palabra evangélica de aquel presbítero bohemio á quien nadie conocía aquí, no pudo ser más completa; pero no ha resultado ejemplar. Seguros estamos de que, andando el tiempo, otro sacerdote se encargará de emular las glorias del anterior, oscureciendo, siquier sea temporalmente los timbres de los que aquí se dedican á la tribuna sagrada y quizá, quizá, ocasionando al clero parroquial de Zaragoza los mismos disgustos que le ocasionó el aludido, el cual, utilizando miserias de unos y otros, provocó en nuestra ciudad todo un edificante espectáculo.

Pocos años hace los concurrentes asiduos al teatro Principal, vieron que tomaba asiento en butacas un señorón, bien vestido de negro, alto, fornido, de poblada barba y pelo rizado, con mucha sortija en los dedos, gran cadena dorada sobre el chaleco y enormes gemelos. Generalmente asistía á las representaciones acompañado de un hermoso perro de Terranova, el cual, como si hubiere sido amaestrado, tendíase inmediatamente después de que su amo tomaba asiento en la sala, bajo los pies del señor, á quien el lucido animal servía de cojin. La curiosidad de las gentes fué pronto excitada y de las averiguaciones resultó que aquel señor misterioso era nada menos que una eminencia médica, venida aquí como llovida del cielo. Digamos en justa consideración al desconocido que él no se anunció como tal médico; y digamos en prueba de nuestras afirmaciones que á los pocos días de averiguada la cosa, el famoso doctor á quien nadie conocía, pero á quien por eso sin duda todos juzgaban un sabio, veíase asediado por enfermos que iban á confiarle el cuidado de sus dolencias. El hombre ¡ya se ve! como recibía en su casa á ciertas horas del día solamente, como se presentaba de gran bata y con mucho aire de sabio; como hablaba poco, llegó á entusiasmar á muchas gentes é hizo su negocio. La autoridad, apercebida por el subdelegado médico del distrito, pidió al desconocido sus títulos y llegó á saber que no tenía ni el de ministrante. El sabio desapareció pronto llevándose, á no dudarlo, muy buen dinero, y el convencimiento de que en Zaragoza somos todos muy buenos.

En las mismas butacas del teatro Principal sentáronse días antes de venir á Zaragoza el que fué rey de España D. Amadeo de Saboya, dos jóvenes muy elegantes y de maneras muy distinguidas. A los pocos días eran amigos y tertulios de la flor y nata de los abonados á aquel coliseo, y fueron presentados en algunas de las principales casas de esta población. La casualidad hizo que por entonces se dieran: un gran concierto en cierta casa y un baile de etiqueta en otra. A cualquiera hubiesen faltado aquí invitaciones para las dos fiestas: ¡á aquellos jóvenes tan simpáticos y tan bien vestidos, de ningún modo! En el concierto y en el baile hubo, como es natural, jolgorio, y al día siguiente se notó la falta de cucharillas de oro y relojes de bolsillo de la propiedad de los dueños de las casas y de los invitados. D. Tomás Colandrea, ex-jefe de Orden público de esta ciudad, y su hermano Manuel, se encargaron pocos días despues de aquellos jóvenes tan bien vestidos y de maneras tan distinguidas, que habían conseguido walsar con nuestras aristócratas, y ver abiertas muchas puertas cerradas casi siempre para otros jóvenes. *¡Eran dos tomadores!*: uno de ellos reclamado en 17 causas.

¿Qué más? En Zaragoza se trabaja perfectamente en calderería. Pues hace pocos años llegó á nuestra ciudad y consiguió alojamiento en Santo Domingo una caravana de húngaros, formada por informe y sucia colonia. Durante seis ú ocho días, dedicáronse á recorrer todos los domicilios y á pedir utensilios de cobre, ofreciendo arreglos completos y económicos. Los hún-

garos consiguieron llenar la ex-iglesia de Santo Domingo de cacharros, y al decir de las gentes hacían maravillas en el arte. Pocos días después, el mismo en que la caravana rompía marcha, los húngaros entregaron sus obras y recogieron muy buen dinero. Los dueños de los calderos pudieron ver después que éstos seguían *pasándose* porque continuaban teniendo los mismos defectos; y al comprobar esto, mediante el empleo de agua, se convencieron en medio de la mayor estupefacción de que los calderos *estaban pintados en todos aquellos puntos en que se suponía hecho el arreglo!*

¿Quieren nuestros abonados más pruebas? Las tenemos á docenas y demuestran de tal modo lo que hemos dicho, que si á ellas hemos de atenernos, la consecuencia para nuestra ciudad no puede ser más triste.



#### IV

Por desdeñar á sus hijos y adorar á los extraños, se ven como se ven los habitantes de Zaragoza y su provincia. Desilusionados los primeros; convencidos del desdén con que han de ser recibidas sus pretensiones; desesperados de obtener éxito, si piensan, callan su pensamiento; si proyectan, reniegan de sus propósitos; y viendo que sólo el recelo les sale al encuentro; que les ofende la injuria cuando proponen, y les amenaza la calumnia cuando pretenden realizar, decídense á adoptar el silencio como recurso y la inacción como línea de conducta. Los segundos, los extraños, tropiezan aquí como en todas partes con el desconocimiento del carácter de los habitantes del país, y de las necesidades de la tierra. Aunque quisieran, pues, acometer empresas no podrían realizar su propósito: si no saben dónde está y cómo es y qué proporciones tiene una calle, mal pueden proponer su reforma ó su mejora: quieren hacer algo, y juzgando que las necesidades de este pueblo son las del suyo, proponen, con criterio dislocado para Zaragoza y su comarca, lo que conviene á otras ciudades y otras latitudes y otras alturas.

A extraño consejo deben achacarse fracasos que aquí

se han sentido y pagado. Ocurriósele á cierto sujeto que Zaragoza podía competir con Cataluña é Inglaterra en la fabricación de tejidos de lana, y un *batacazo* comercial, sufrido pocos años después de planteado el negocio, vino á demostrar que Cataluña es Cataluña y Zaragoza es Zaragoza. Pensó otro en que una fábrica de abonos realizaría uno de los negocios más pingües, y el ensayo costó muy caro: una fábrica de fécula se cerró poco tiempo después de abrirse; otra de vidrio ha producido grandes quebrantos; las de harinas han arruinado á muchos, y otras industrias y otros trabajos, establecidos en nuestro país, por consejo de ignorantes, ó han fracasado totalmente, ó arrastran vida tan lánguida y difícil que cesarán con cualquier pretexto.

No hay forastero que venga á Zaragoza y que, después de examinar nuestro suelo, las aguas que nos circundan, los productos de todo género que da la hermosa huerta que nos rodea, no proponga una ú otra explotación. Aquí han tenido partidarios transeuntes las fábricas de hilados, de productos químicos, de productos del esparto, de guanos, de derivados del plomo y la hulla, de pollos, etc., ocasionando todos estos proyectos grandes fracasos y no exiguos desembolsos. Por extraño consejo se ha pensado, unas veces en cubrir el Huerva, otras en derivar el Canal, otras en contener el Ebro, otras en doblar el Gállego; ahora en cambiar la población de arriba á abajo, más tarde en modificarla de abajo arriba; hoy en establecer mercados; mañana en abrir calles, al día siguiente en realizar las mejoras más extrañas. . . . .



A la expectativa nos hallábamos de un cruel azote, que amenazaba nuestras vidas <sup>(1)</sup> y un forastero, grandemente preocupado por nuestra suerte y quizá con propósito de producir efecto, en frases que cautivaron á los necios y que obtuvieron merecido correctivo, con beneplácito de descontentos y de envidiosos, propuso á Zaragoza la reforma del sub-suelo y del suelo, y el cambio más radical de sus casas y calles. Por toda salvación para nuestro país, un ilustrado ingeniero, pagado con largueza por cierto ilustrado paisano nuestro, á la vista de una gran crisis económica sufrida por Aragón, después de recorrer bien toda la comarca y de aportar á su juicio toda clase de datos, vino á aconsejar que Zaragoza debía dedicarse casi exclusivamente á producir harinas. De esto precisamente depende la gran crisis harinera que tantos disgustos ha ocasionado en nuestra comarca. Se nos dirá que cuando se formuló el consejo eran nuestras aduanas obstáculo invencible para la introducción de trigos extranjeros; se aducirá gran número de datos en disculpa del consejo que comentamos, pero nunca podrá explicarse, aun juzgando con benevolencia, cómo todo un señor ingeniero, bien pagado, que pudo disponer á su antojo de pruebas y experimentos, no calculó que la producción de cereales habría de luchar aquí con la competencia de comarcas más feraces, y que, por eso había en breve término de ser inconveniente una industria que está juzgada hoy diciendo que la mayor parte de las fáabri-

(1) En 1834; cuando el cólera morbo asiático invadió el mediodía de Francia amenazando á España.

cas de harinas de Zaragoza, las que no están cerradas, después de haber causado quiebras comerciales considerables, no producen el 3 por 100 del capital que representan.

¿Qué significa esto? Significa sencillamente que tomamos por consejero á quien no puede aconsejarnos porque no tiene para el juicio en que funda el consejo todos los términos necesarios. Un hijo del país que ha oído las lamentaciones de sus paisanos y ha llegado á convencerse de que el trigo, los olivares, los ganados no producen el tanto por ciento conveniente al labrador; que ha oído llorar desilusiones y comentar acuerdos; llamado á decidir lo conveniente propone la modificación del cultivo, el olvido del trigo y el aceite, el abandono de los rebaños; y atento á la primera de las necesidades, la de la ganancia honrada, rompe con la rutina, hace pedazos las prácticas históricas y señalando las exigencias de la vida moderna y del cambio actual, dice á sus paisanos: "Hasta que el ferro-carril vino á acortar distancias y á facilitar comunicaciones, cada comarca necesitaba producir todo lo necesario á su consumo; hoy cuando sin dificultad se traslada y transporta todo; cuando cada comarca productora tiende á exportar sus productos, abriéndose mercados, pretender producirlo todo, es un absurdo. La locomotora es algo más que una máquina que arrastra mercancías, viajeros y wagones; es un ariete que viene á demoler y á sustituir las antiguas prácticas. Desear que crucen nuestros campos hermosos trenes movidos por vapor y seguir fabricando los históricos

platos de Muel <sup>(1)</sup> con su proverbial gorrión en tinta azul, es pretender una quimera. Hay que acomodarse al nuevo medio que el vapor y la electricidad han engendrado. Lo demás es ilusorio, vulgar, insensato.”

Así hablaría un hijo del país y así hablamos nosotros, con el convencimiento de que tales frases valen más que el infundado consejo de un extraño que tal vez da su opinión cuando se la piden “por salir del paso”.

(1) Siendo Muel (pueblo de esta provincia) uno de los más antiguos entre los que cultivan la industria cerámica, sigue sin embargo con sus modelos primitivos, cual si desde que fundó sus hornos hasta hoy la Tierra no hubiera dado una sola vuelta sobre su eje.



Discutamos sobre si la manera de proceder de Zaragoza con sus hijos y con sus visitantes obedece á capricho ó á carácter; y caso afirmativo en uno ú otro concepto, veamos cuáles causas han podido influir en el resultado que lamentamos. A capricho no puede obedecer aquella conducta; en primer término porque aquél corresponde á los individuos, no á las colectividades; y aunque se admitiese en éstas habría que conceder que, como tal capricho, había de ser circunstancial y transitorio. Hay, pues, que suponer desde luego que lo que Zaragoza y su provincia hacen, es producto del carácter de sus hijos, carácter modificado esencialmente en los últimos años.

Con efecto: los que atendiendo á la historia y á los antecedentes de nuestro pueblo, teniendo en cuenta sus hechos y sus virtudes, se crean aún, discurrendo sobre asuntos nuestros, un tipo aragonés patriótico, generoso, hidalgo, resuelto, activo, leal, franco y emprendedor, se equivocan.

Al establecerse las nuevas vías de comunicación, de igual manera que se trasportan y confunden los productos, se generalizan las costumbres y así como

antes podíase distinguir fácilmente entre habitantes distintos de comarcas y poblaciones próximas; hoy, borrados casi por completo los caracteres diferenciales, puede decirse que "todos somos unos," teniendo cada cual las virtudes y los vicios que más cuadran á su gusto entre los que le ha dado á conocer el cambio constante de impresiones y noticias. Hay más; si no temiéramos ser tachados de pesimistas diríamos que el ferro-carril y el telégrafo, si nos han importado é impuesto costumbres censurables y vicios, no han logrado ni mucho menos borrar nuestros defectos; con lo cual se da el caso de que hemos adquirido lo malo de hogaño sin haber olvidado, ni mucho menos, lo pernicioso de antaño.

Somos, pues, á nuestro juicio, aragoneses de nombre, no de corazón; y si hemos dejado, insensatamente, perder nuestras antiguas virtudes, hemos adquirido, en cambio, vicios que no teníamos. Quien lo dude, que estudie la manera que tienen de proceder los jóvenes de nuestro pueblo. Antes había aquí cierto disculpable interés en conservar con las costumbres, los usos del país: nuestros jóvenes obreros, con el pelo de la cabeza dirigido *hacia el público*, la sedosa gorra de *rata*; (1) la chaqueta ceñida y vistosa y el pantalón ajustado hasta la exageración, mejor que aragoneses parecen *chulos ridículos*, que para completar el tipo, hasta del acento aragonés precinden en sus conversaciones particulares. Y con los vestidos típicos de la provincia

(1) Nueva significación: "pillete," ratero de los antiguos.

hanse perdido aquí todas las prácticas que antes nos daban carácter y que hoy son ridiculizadas y hasta escarnecidas por los que más obligados están á sostenerlas.

Al antiguo calzón corto de nuestros labradores; al característico pañuelo de seda de los hijos del pueblo; á la clásica *rosca* de pelo, á la airosa saya corta de nuestras labradoras, á su media limpia y bien ceñida y su toca proverbial, han seguido el pantalón y la gorra generales, la marinera, la falda con volantes y pliegues, el *polisón* ridículo y los suplementos de forma más ó menos salientes y más ó menos correctos.

Y lo que ocurre con el traje sucede con las costumbres. Ni sombra queda ya, no sólo en nuestras ciudades, en nuestros lugares y villas, de aquellas costumbres patriarcales que tanto acreditaban hace años nuestra moralidad histórica; <sup>(1)</sup> para obtener el cumplimiento de un compromiso aragonés, bastaba hace años con la más ligera palabra, empeñada por el comprometido: hoy, las más grandes obligaciones escritas, son negadas por paisanos nuestros. Para considerarse libre de asechanzas y de amenazas, bastaba con saber que era de esta tierra la persona de quien se trataba. Hoy se ha perdido casi por completo aquella formalidad histórica: somos á lo sumo españoles ingertos en raíz aragonesa, y aun nuestra raíz tiende á degenerar con mucha prisa.

(1) Cuantos, al leer este párrafo, consideren que somos partidarios de la fiel observancia de las costumbres antiguas, buenas ó malas, se equivocan: queremos la conservación de lo bueno aunque sea antiguo y la reforma de lo malo aunque sea moderno.

Nos creemos relevados de demostrar nuestras afirmaciones que están en la conciencia de todos. Hase perdido el tipo aragonés y á lo sumo, estudiando á nuestros aragoneses, se tropieza con vestigios de nuestras antiguas virtudes: estamos en período tan acentuado de degeneración que si no fuese porque los mozos de nuestras estaciones férreas, cumpliendo su deber, gritan, al bajar á los andenes los viajeros que el ferrocarril trasporta á nuestra ciudad, "¡ZARAGOZA, QUINCE MINUTOS!",, nuestros visitantes no se apercibirían de que ésta es la Zaragoza de la Historia, tan grande cuando de lejos se la mira, como pobre y aun mísera si se la estudia de cerca en sus costumbres, en sus usos y en sus hijos.

Repetimos que nos duele mucho hablar así; pero creemos cumplir un deber y hablamos.



## VI

Hemos afirmado en artículos anteriores que el tipo zaragozano ha desaparecido por completo y vamos á demostrarlo.

---

En 182...	En 188...
los zaragozanos eran, con excepciones:	son los zaragozanos, con excepciones:
Patriotas. Generosos. Formales. Activos. Testarudos. Francos. Nobles. Amantes de sus costumbres. Emprendedores. Idólatras de sus hijos. Serios. Humildes. Etcétera.	Desconocedores de sus deberes para con la patria. Tacaños. Informales. Perezosos. Testarudos. Francos hasta cierto punto. Envidiosos. Sin costumbres propias. Apáticos. Indiferentes para con sus hijos. Ligeros. Osados. Etcétera.

---

El que considere exagerada la sipnosis que acabamos de establecer, que nos lea y juzgue después.

Tentados estamos á proceder como ciertos fabricantes de artículos y géneros del país, ofreciendo importante prima á quien demuestre lo contrario de lo que decimos, porque, á la verdad, con gusto pagaríamos lo que se nos exigiese por habernos equivocado, á con-



dición de salir del triste convencimiento que nos inspira el estudio de nuestros paisanos; convencimiento que nos lleva á afirmar que aquí no hay aragoneses, que no existe, mejor dicho, el aragonés tipo de otros días.

¡Con demostrarlo, basta!

Hasta hace algún tiempo, la palabra "patriotismo," significaba sólo para los aragoneses tanto como la frase "amor á la integridad nacional,". Y, patriotas de corazón, los aragoneses todos, sin distinción de matices, en el momento en que consideraban puesto por alguien en duda el derecho al territorio ocupado por sus mayores, se exaltaban; creían que era la duda el mayor de los insultos, y tomando el fusil, la piqueta, la teja, la piedra ó el aceite hirviente, se disponían á defender palmo á palmo su hogar y su suelo. Ejemplos de este patriotismo guerrero, sin límites, epopéyico, ejemplar, las sublimes é inolvidables escenas de nuestra guerra de la Independencia, prueba admirable de cuanto eran y cuanto sentían los pechos generosos de nuestros abuelos, para los cuales la hacienda y la vida eran exiguo sacrificio, cuando se trataba de defender la patria.

Desde hace días, la repetida palabra "patriotismo," debe significar para todos algo más que la defensa del hogar y del suelo con las armas en la mano; ha de significar amor, amor profundo á la estabilidad, al progreso, al florecimiento de la población patria, á la cual deben los verdaderos patriotas aspirar á colocar en un grado tan elevado de cultura y prosperidad, en una

tan alta categoría de bienestar y riqueza, que cuantos la contemplan adquieran el convencimiento de que se trató á la ciudad nativa como á la madre propia, y se consiguió para aquélla cuanto para ésta desearía un hijo respetuoso é hidalgo.

¿Interpretan de este modo el patriotismo los zaragozanos contemporáneos? De ningún modo. Dejad á nuestras gentes del pueblo, esas gentes que no son más que el reflejo del criterio que reina en ciertas esferas, que asistan á las corridas de toros, que pasen horas enteras en el café, que se dediquen á la holganza y que, en una palabra, disfruten vida de rico, siquier tengan necesidad del jornal diario, y después, pedidles actos patrióticos. ¡Patriotas ellos! Por capricho ó por imitación harían hoy fuego si preciso fuera á una legión extranjera. ¿Porque lo sientan? de ningún modo. Si hoy por hoy, tal y como somos y estamos volviéramos á una invasión militar parecida á la que ocurrió á principios de siglo, muchos de esos que no ven patriotismo más que en la lucha armada, limpiarían el fusil, lo cargarían de plomo hasta la boca y lo dejarían luego descansar en el ángulo más oscuro de su casa. (1)

Y fuera de este patriotismo de pólvora y balas aquí no se atiende el patriotismo. Dígase á nuestros paisanos del pueblo que es patriótica la mejora de la ciudad;

(1) Nunca hemos dudado ni dudamos del valor personal de nuestros paisanos. ¡Lo han demostrado siempre! Puestos á luchar, ó han vencido ó muerto. Lo que decimos es que los aragoneses han ido siempre á la pelea con una bandera, que es la que les ha infundido siempre esperanza y alientos y que hoy; de tal modo se han hecho increíulos y escépticos, que no hay para ellos enseña posible.

que es patriótico cualquier adelanto; que significa amor á la patria obtener la rebaja de una tributación ó sacrificarse por la ciudad al arrostrar los peligros de un mal cualquiera y con criterio estrecho se reirá de la afirmación, diciendo que la mejora aconsejada obedece á interés personal, significativo de tres ó cuatro pesetas y céntimos; que el adelanto no responde á otra cosa que á la comodidad ó la conveniencia del que lo ha propuesto; que la rebaja de los tributos ó el sacrificio de la vida, hecho en aras del común, no obedecen más que al deseo de D. Fulano ó D. Mengano de ahorrarse algunos reales ó de exhibirse neciamente.

¡Oh pueblo, inconsciente pueblo!: si no tuvieras en favor tuyo la disculpa de que te engañan los que por verdadera aberración te dirigen, no tendrías perdón en la Historia. Eres el mismo que hiciste morir á Pignatelli <sup>(1)</sup> en medio de las ansias más tristes; el mismo que sacrificó á Bruil <sup>(2)</sup> en aras de una intriga; el mismo que abominó de sus jefes en instantes difíciles para la tranquilidad pública y el regimen político de la nación.

Y ¿eres tú descendiente de los aragoneses que llenaron de gloria la tierra y llevaron su pendón á todos los pueblos y á todos los soles? Vemos lo que hoy pasa en Aragón; comparamos sus actuales con sus antiguos hechos y se dobla nuestra cabeza y decae nuestro entusiasmo. No hay aquí verdadero patriotismo; no exis-

(1) Ramón de Pignatelli, dió entre otras cosas, á Zaragoza, el "Canal Imperial", y tuvo para su obra en los zaragozanos su mayor obstáculo.

(2) D. Juan Bruil dispensó su confianza á la mayor parte de los comerciantes de Zaragoza, como director que fué del "Banco de crédito", hizo favores á cientos, y cuando necesitó de alguno, se encontró solo.

te sobre todo el de nuestros días. Aparte de que si hoy nos invadiera el extranjero veríamos quién salía á defender nuestras murallas, dígase cuanto se quiera en contra, son muy pocos los que en la actualidad se preocupan de que Zaragoza se estacione y progrese. ¿Que no hay en la provincia carreteras y caminos; que no hay de pueblos á pueblos otra cosa que *sendas de perdices*, por donde no pueden andar hombre, ni caballería viviente? Pues ¿qué le hemos de hacer? siga la cosa como está, interin no disponga lo contrario el rico, el explotador, el cacique ó el Gobierno.

¿Que hay en otros puntos ferro-carriles económicos, tranvías, carreteras, canales, pantanos, mucha instrucción pública? ¿Y qué? Pedir esas mejoras para esta comarca sufrida y resignada es molesto; vale más el *arrastre en burro* por sendas, que el acarreo por carreteras; los ferro-carriles económicos son una desdicha; los tranvías un fracaso; las carreteras un abuso; los canales una tontería; los pantanos una antigualla; la instrucción pública un peligro. ¡Abajo, pues, estas innovaciones! ¡Siga todo como estuvo y como está por los siglos de los siglos! Y si alguien pretende reformas, anatema contra el pretencioso! ¡Esto siente y esto practica el país, desde que vamos degenerando!

¡Este es el cuadro tristísimo que bajo el punto de vista que hoy nos toca estudiar, ofrecen á un espíritu crítico nuestros paisanos!



## VII

Si no fuera porque aquí se entiende que sólo es patriótica la defensa del territorio, ¿cómo explicar que, á la vista de grandes proyectos de mejora urbana, ante planes clarísimos de progreso regional, procedieran nuestros hombres más valiosos, como han procedido?

Ha llegado la hora de las grandes verdades, y hemos de decirlas sin titubear. Abrigamos el convencimiento de que entre nosotros que decimos tales cosas y el público que las lee, las saborea y las hace suyas, no hay más que una diferencia: la de que nosotros las decimos por entender que exponerlas constituye uno de nuestros más imprescindibles deberes de periodistas, y el lector las siente y las calla. Por eso se explica que desde que hemos comenzado á publicar esta serie de artículos, hayamos recibido tantas y tan entusiastas adhesiones, tales y tan cumplidos plácemes.

Poco más de un año hace, que, un hombre ilustre, aragonés adoptivo, que nada debía á esta tierra aragonesa, por más que debiese al claustro de la Universidad de Zaragoza una distinción honrosísima, atento á las necesidades de nuestra población, propuso al Estado y consiguió del mismo, la construcción en esta

ciudad de un edificio monumental destinado á la enseñanza. La primera noticia del hecho coincidió con un período electoral, y los maldicientes, asidos á esa circunstancia, tuvieron buen cuidado de decir que la oferta del edificio era una arma comicial, como otra cualquiera. Pasaron las elecciones; continuó en sus trabajos el citado hombre público, que deseaba dar á Zaragoza pruebas de su actividad y su cariño, y los maldicientes continuaron diciendo que todo aquello no era otra cosa que una oferta irrealizable, enderezada á sorprender incautos; que constituiría para nuestra provincia un desengaño más, y que no merecía ni los honores de la consideración.

Continuaron con éxito las gestiones, formalizóse el asunto, y empezaron á desatarse entonces contra el iniciador de la idea y contra cuantos le secundaron, injurias y calumnias. Se había acordado, á petición de un señor concejal, ofrecer al Gobierno solar capaz é idóneo para el futuro edificio, y se nombró al objeto de que estudiara la conveniencia de la adquisición de aquél y señalara el sitio de emplazamiento del mismo, una comisión de diputados y concejales. ¡Pues á partir del día de la constitución de aquella junta, dos de sus individuos, los señores D. Joaquín Martón y D. Joaquín Gimeno, comenzaron á recibir anónimos maliciosos, en los cuales se les decía que la designación de solar constituía todo un negocio en el que andaban mezclados diputados y ediles; en el cual había primas y propinas de miles de duros, y en el que, en fin, no se podía intervenir honradamente!

En tesis general, bien sabido es, el que más y el que menos se ríe de los anónimos; pero ¿qué haría cualquiera de nuestros lectores si, al intervenir con buena fe y mejor propósito, en asuntos interesantes al común de vecinos, se viese coartado por la exposición de un recelo parecido? El que más y el que menos, á pesar de su celo ó de su patriotismo, temeroso de verse envuelto en sospechas y de ser objeto de acusaciones, dejaría el asunto, encomendándolo á otras manos.

Es verdad que el tiempo se pone siempre del lado de los honrados y que en tal cuestión vino á dar la clave de los anónimos.

La comisión primera de diputados y concejales, tras de un examen maduro, en el cual intervino con su acertadísima discreción, distinguido y respetado facultativo, decidió un emplazamiento. Este, sin embargo, despertó general clamoreo. ¿Dónde se iba á parar con tales procedimientos y tales decisiones? Las voces de los quejumbrosos llegaron á todas partes, y se oyeron en los centros oficiales. ¿Cómo?, se decían muchos, ¿hay negocio en el asunto y no participamos todos de la ganancia? Y como en España, por fortuna ó por desgracia, hay leyes y disposiciones para todo, no se tardó mucho en la adquisición de un pretexto capaz de echar por tierra cuanto diputados y concejales habían acordado, con la mejor buena fe. Unos y otros, después de oído el parecer facultativo, estudiado el asunto, nada menos que durante dos meses, atentos al interés general, razón suprema que nunca perdieron de vista, se vieron en el caso de pedir para el empla-

zamiento del edificio concedido á Zaragoza la compra del campo llamado de "Lezcano", situado junto á la puerta más céntrica de Zaragoza, que medía y mide 21.000 metros, y que se conseguía por la suma de 36.000 duros.

Dar á conocer los periódicos diarios esta cifra y aguijonear á muchos el demonio de la envidia, obra fué del momento. Se habló, se gesticuló, se gritó, hubo protestas verbales á docenas, y, al fin, consideróse la autoridad en el caso ineludible de intervenir en el asunto. Se suspendió el acuerdo, alegando que todos los ciudadanos tenían derecho á la suma acordada; se evocó la fuerza de lo mandado en una porción de reales órdenes y decretos; se ordenó el concurso como medio único de adquisición de terrenos por corporaciones; y como entre los diputados y concejales había muchos que no querían reparar en medios, con tal que los terrenos fuesen adquiridos, el concurso quedó acordado; aun con el convencimiento que muchos tenían y aun tienen de que, para compras análogas é iguales, ni la Diputación ni el Ayuntamiento de Zaragoza habían tenido en cuenta las prescripciones cuyo estricto cumplimiento se ordenaba á la sazón.

Perdióse en el concurso provocado para la adquisición de terrenos un tiempo precioso que se pudo invertir en trabajos de construcción, y que pudo muy bien hacer imposible la obra; saliéronse los murmuradores con la suya, y llegado el concurso, resultó que los patriotas, que se exaltaban ante la idea de que fuese adquirido en 36.000 duros el campo llamado de "Lez-



cano,, los puritanos administrativos, que si no creían en *lo de las primas*, veían la calumnia con buenos ojos, si no iban al concurso á buscar la cifra, ni á proporcionar comodidad, rapidez ó ahorro á las corporaciones provincial y local, encontraban razonable que se pidiera próximamente la misma cantidad por terrenos muy inferiores al elegido previamente.

El concurso terminó como era de esperar: por la declaración de que el emplazamiento más aceptable, el más oportuno y el más barato, relativamente, era el acordado por la primera comisión. Entre tanto ¿quién quitaba á los individuos que de ésta formaron parte el *sambenito* de una calumnia, según la cual, por aconsejar lo más conveniente á los bienes comunales, habían recibido el oro á manos llenas? Nadie.

Y ¿creen nuestros abonados que el asunto con todas sus miserias terminó en esto? Pues están equivocados: designado el emplazamiento y acordado éste, fué cuando, según la frase vulgar, puede decirse que "empezó Cristo á padecer,, y el asunto á que nos referimos, su más accidentado período evolutivo.



## VIII

La concesión á Zaragoza de un edificio destinado á la enseñanza de las Facultades de Medicina y Ciencias no perjudicaba aquí á nadie; ni siquiera podía ser objeto de molestia. Podía alguien creer que se concedía por “capricho”, sin obedecer á verdaderas necesidades; pero esto no debía preocupar aquí y, para convencerse de lo contrario, bastaba con examinar la actual instalación de aquellas Facultades y observar sus necesidades y sus deficiencias. Cualquiera que se hubiese tomado tal trabajo hubiera llegado bien pronto á la persuasión de que era preciso tomar, respecto de tal particular, acuerdos terminantes y decisivos; así por otra parte lo habían demostrado, de modo palmario, la Diputación, que tenía acordado hacer un esfuerzo en favor de los locales de la Facultad de Medicina, y la Universidad que estudiaba la manera de alojar decentemente cuando menos á la de Ciencias.

Con tales premisas, pues, cuando, sin saber por donde, se encontraba Zaragoza con una concesión importante, que significaba para nuestra ciudad la inversión en ella de algunos millones, lo prudente, lo patriótico para todos era apelar al antiguo adagio caste-

llano que dice "*hágase el milagro y hágalo el diablo;*" lo imprudente, lo dañoso, lo antipatriótico, oponerse por cualquier fútil pretexto, por razones inatendibles, á la realización del proyecto. Aquí se decidieron muchos por lo segundo. ¿Cómo?; se preguntaron: ¿hacer en pocos meses un hombre más de lo que otros han hecho en muchos, y hacerlo sin nuestro consentimiento, sin nuestro consejo, sin nuestra intervención? Y como estas ideas pesan tanto en ánimos pequeños, estalló la guerra al proyecto, y estalló en proporciones colosales. ¡Aquello fué una enorme avalancha de disgustos!

Aparte lo que se hizo contra la designación de terrenos; lo que se habló contra la realidad de las gestiones encaminadas á conseguirlo; hecho caso omiso de cuanto se indicó sobre la conveniencia que pudiera ofrecer la construcción, para la vida futura de las Facultades á que era destinada; de los antagonismos que algunos intentaron suscitar entre la vieja Universidad y el edificio en proyecto; de la intención mezquina que se atribuyó á la concesión; de las diatribas de todo género con que quizá se pretendió molestar á quien tan generosamente nos servía; hecha, en fin, abstracción de toda clase de profecías patéticas y espeluznantes y de la exposición de toda suerte de recelos y dudas, ¡cuánto y cuánto pudiéramos decir en prueba de que una cuestión patriótica como la que nos ocupa fué por nuestros paisanos desfigurada y empequeñecida!

Públicos fueron los hechos á que nos referimos, y no hemos por eso de entretenernos en demostrarlos ni

menos en aplicarles hoy la conveniente censura: así como así, á pesar de todo, comenzó la construcción del edificio y hoy, seguros estamos de ello, si fuera posible y hubiera en todos menos amor propio, se retirarían muchas palabras y se rectificarían muchos actos. Bajo este concepto, ni una frase hubiéramos escrito sobre este particular, si no fuese porque queremos que Zaragoza sepa algunos detalles que pocos de sus hijos conocen y que no son los que menos han contribuído á la publicación de este trabajo.

Estaba á punto de finar el mes de Diciembre del pasado año 1886. Habíase anunciado en la *Gaceta* para los días primeros de 1887 la subasta de la construcción del edificio destinado en Zaragoza á la enseñanza de las Facultades de Medicina y Ciencias, y por exigencias del Erario público la licitación iba á hacerse bajo la base de construir en cuatro años y cobrar en ocho el importe de la construcción. Alguien que seguía el asunto paso á paso, que formuló cálculos y escribió cantidades, llegó á suponer que la contrata resultaba menos conveniente que otras que el Estado concede, y apuntó la sospecha de que no hubiera postor en la subasta anunciada. Nuestros abonados saben bien y pueden comprender fácilmente la gravedad que para el asunto envolvía la realización de la sospecha: si eso llegaba á acontecer, probable era que el esfuerzo primero se malograra, haciéndose imposible una mejora que había sido acariciada y defendida por muchos con verdadero afán.

Eran, pues, críticos los instantes y en aquella situa-

ción alguno de nuestros paisanos, olvidando que alguien había cargado con la acusación de haber recibido importante suma para contribuir á la designación del sitio de emplazamiento del edificio, temeroso de que todo llegara á perderse el día de la subasta, y procediendo cual si de cosa propia se tratara, provocó la reunión de varios importantes industriales de esta ciudad; les dió á conocer el asunto, les expuso la conveniencia de constituir una sociedad constructora y les aconsejó sobre el modo y forma de constituirla. ¡Digámoslo muy alto! Los industriales citados á aquella reunión que se celebró en casa del ilustre arquitecto municipal señor Magdalena, dieron pruebas de un patriotismo sin límites y estudiaron todos, absolutamente todos, los medios de salvar la temida dificultad.

La cuestión era, sin embargo, de números; la suma reunida por los industriales para emprender la construcción del edificio mencionado podría no ser la suficiente. Con ella, en alguna ocasión, por accidentes fáciles en tales negocios, podría ocurrir que en determinado instante faltaran á la sociedad algunos miles de pesetas, "cincuenta mil," próximamente. Para responder de esta insignificante cifra había representación más que suficiente: era, pues, llegado el caso de acudir á los capitales de Zaragoza, exponerles la situación con toda claridad; hacerles notar las necesidades del negocio y, constituir, caso de conseguir el crédito asegurado de los diez mil duros, la sociedad constructora. Podía darse por resuelta la cuestión: ¡cuán satisfechos se retiraron á su casa la noche en que se llegó á

tal consecuencia los que por puro patriotismo habían intervenido en el asunto!

Pero ¡estábamos en Zaragoza! Al día siguiente los capitales consultados ofrecieron deliberar sobre el asunto; veinticuatro horas después anunciaron que se hallaban deliberando y un día más tarde, el de la víspera de la subasta, dijeron, en fin, que no había medio de proporcionar la suma solicitada. ¡Adiós, pues, afanes, esfuerzos, ilusiones, esperanzas! Entre los más acreditados bolsillos, para un negocio reproductivo y seguro, que llevaba envuelta una obra de interés general, no era posible conseguir *cinuenta mil* pesetas! Los sinsabores á que esto dió lugar no son para contados. Como hay soldados oscuros que prestan á su madre patria servicios apreciables que nadie llega á conocer y que ni la estimación pública tienen por premio, hay ciudadanos que cuando otros duermen ó murmuran, vigilan por el bien del país. Quédense aquellos actos en el misterio y sus autores con la tranquilidad que ocasionan las buenas obras.

Y digamos que como hay Providencia, á las doce de la noche anterior al día en que había de celebrarse en Madrid la subasta del edificio que hemos mencionado, un zaragozano entusiasta por aquella, como por todas las mejoras, recibió dos telegramas, expedidos en la corte y de procedencia diversa. El uno anunciaba que la importante casa constructora de D. Juan Prunedá había presentado ante la Dirección general de Instrucción pública pliego de contrata de la anunciada obra; el segundo despacho ¡juicio de Dios! decía que un ara-

gonés adoptivo, enterado de las gestiones hechas aquí para lograr que hubiera pliego en la subasta en cuestión, se comprometía á contribuir á tan patriótica empresa con diez mil duros ó lo que fuese preciso.

Fíjese bien en estos datos, que nadie osará discutir siquiera, el lector imparcial; fíjese en ellos y diga para sí, si con hombres como los que aquí figuran, que pueden en solemnes ocasiones prestar servicios *reproductivos y patrióticos* y no los prestan, se puede intentar nada. Y digan á quien les prègunte, con toda claridad si nuestros hombres que así proceden son ó no patriotas.



## IX

Desde hace muchos años, Zaragoza no tiene para cruzar el rio Ebro mas puente que el de Piedra, muy macizo, muy viejo y muy angosto. Por él tienen que atravesar diariamente todos los viajeros y todos los vehículos que no pueden vadear el Ebro, desde Gallur á Caspe y Mequinenza ó á Tortosa.

No por discurso teórico, por convencimiento creado en virtud de obstáculos y desgracias, vistos, apreciados y deplorados por nuestros hombres, dióse al fin en la idea de que nuestra ciudad y sus pueblos limítrofes con su actual extraordinario movimiento necesitaba algo más que el puente de Zaragoza, escaso para el servicio á que está destinado. Sensible es que nuestros inteligentes conciudadanos no hubieran dado en el *quid* algún tiempo antes. Porque es lo cierto que hace años el ferro-carril de Barcelona á Zaragoza terminaba en la estación del Arrabal, y el de Zaragoza á Madrid comenzaba en el campo del Sepulcro; con cuyo motivo, los viajeros que marchaban á la corte desde la capital del Principado, tenían que hacer noche en Zaragoza, ya que llegando á las ocho de la tarde no podían continuar su itinerario hasta las ocho de la mañana del



siguiente día; y las mercancías arrastradas desde Madrid á Barcelona y viceversa, eran trasportadas desde el Arrabal á la estación de Madrid en carros y galeras, lo cual hacía necesaria la existencia en Zaragoza de una gran empresa de trasportes que ocupaba diariamente hombres y vehículos y dejaba á nuestra ciudad *algunos millones*. Es decir que el cruce de ferro-carriles por Zaragoza producía hace años á nuestra capital muy pingües ganancias.

Claro es que éstas perjudicaban notablemente á las empresas de caminos de hierro correspondientes, porque tanto los viajes como los trasportes están en razón directa de la facilidad y la economía con que se hacen; y, es evidente, que, por eso, las compañías respectivas, atentas á su derecho y á su conveniencia habían de intentar unir las dos estaciones, facilitando el tráfico, mediante la construcción de un ramal y un puente. El negocio era seguro: con él las compañías podrían cobrar el importe del tránsito y una buena parte del de los arrastres que hacía Zaragoza.

Si la ley hubiera concedido á nuestra ciudad algún derecho en contra de esa mejora, comprenderíamos, por lo mismo que ella venía á perjudicar los intereses materiales de esta población, que sus hombres se hubieran opuesto á ella: no existiendo ese derecho, lo que en aquella ocasión hizo Zaragoza es verdaderamente absurdo y censurable. Procedió lo mismo que La Almunia de D.<sup>a</sup> Godina y otros pueblos al hacerse la primera red de ferro-carriles: cuando las empresas iban á pedir á los vecinos de los mismos, terrenos de expro-

piación, los vecinos exigían por los terrenos cantidades alzadas, exorbitantes. Por eso se ve hoy La Almunia y otras poblaciones condenadas á *coche perpetuo* desde la estación inmediata á sus domicilios, y por eso pagan hoy sus hijos, al abonar diariamente el importe de su transporte á casa, una contribución extraordinaria que representa inaguantable interés del capital que significaría el valor de los campos de su propiedad atravesados por la locomotora.

La ciudad de Zaragoza, cuando las empresas de los caminos de hierro del Norte y del Mediodía de España decidieron construir el puente de hierro sobre el Ebro que hoy existe aguas arriba del de Piedra, procedió lo mismo que hubiera podido proceder el pueblo más mísero ó cualquiera otro lugar por el estilo; quizá bastante peor que los lugares. Lo natural era que á la vista del proyecto de las compañías ferro-carrileras, comprendiendo que les asistía para realizar sus propósitos perfecto derecho legal, en vez de oponer aquellos obstáculos sistemáticos, hubiera tratado de facilitar la obra y de sacar de ésta todo el partido posible, consiguiendo, por ejemplo, lo cual no hubiera sido difícil, que el puente de hierro que las compañías iban á construir se emplazara en determinado sitio y tuviera andenes á propósito para el cruce de viajeros. No se hizo así: en Zaragoza tuvo el puente que en la actualidad existe frente á la puerta de Sancho, puente de hierro y de la propiedad de las empresas ferro-carrileras del Norte y Mediodía, oposición sistemática, terrible; pero gracias á esa oposición, que no estaba justificada, da-

das las disposiciones de la ley, Zaragoza se quedó sin el recurso del dinero que dejaban diariamente en sus fondas y comercios los viajeros que al marchar de Barcelona á Madrid y viceversa, descansaban aquí algunas horas; sin el importe de los trasportes de mercancías desde el Arrabal al campo del Sepulcro y sin puente. El de Piedra macizo, angosto y viejo, debía seguir sirviendo por los siglos de los siglos. Enviemos desde este sitio á los hombres que tan fieramente defendieron entonces nuestros intereses, la expresión del aplauso de esta ciudad, la cual, gracias á su malogrado esfuerzo, quedóse como el *gallo de Morón, sin plumas y cacareando*.

No acabó en esto, á Dios gracias la cuestión del puente sobre el Ebro, que tanto necesita Zaragoza desde hace cincuenta años. Cada vez que llegaba á nuestra ciudad un personaje cualquiera, ya al venir á nuestro pueblo, bien al visitar sus afueras, había de atravesar por el puente de "Piedra,,. Y como las más de las veces tenía que *esperar algo*, para pasar, ó se veía expuesto en el tránsito, al personaje, lo menos que se le ocurría decir era: "este puente es insuficiente para el movimiento que se observa en esta ciudad: si no hay otro es preciso construirlo,,. Y los hombres que nos han administrado, cayendo en la cuenta decían: "¡Oh! sí; es preciso construir otro puente,,.

Ahora bien; dada la voz de esta precisión y hechas algunas importantes ofertas en favor de la misma, lo natural era que Zaragoza se hubiera reducido á pedir el puente y á justificar la petición en un expediente de

pocos folios, en el cual se hubiese demostrado, "que desde Gallur á Tortosa no hay puente alguno; que por el de Piedra, que mide ocho metros escasos, se veían obligados á atravesar cuantos trafican en algo, del uno al otro extremo; que al propio tiempo que toda clase de vehículos, transitaban por aquél miles de personas y que por eso, por la importancia comercial y estratégica de esta ciudad, un nuevo puente era imprescindible; y que no pudiéndolo construir la ciudad debía edificarlo el Estado „.

Ese expediente y esa pretensión eran las naturales; pero aquí se decidieron por lo preter—natural.—

Mucho expediente, mucho folio, mucha discusión; que si ha de ser aguas arriba; que si ha de ser aguas abajo; que ha de tener veinte metros; pues, no señor, que debe ser de quince ó de diez de ancho; que ha de enfiar con la calle de la Yedra, donde hay ciertas casas que valdrán más el día en que eso se consiga; que ha de coincidir con otra vía donde hay ciertos terrenos; que primero sin puente, que emplazarlo aquí; que primero sin puente, que emplazarlo allá; que Fulano no atiende más que á su interés; que Zutano no busca más que su negocio... y ¡así sucesivamente!

Entre tanto los folios del expediente se multiplicaban; el puente de Piedra continuaba siendo cada vez más incapaz, y se dió el caso ridículo, que prueba bien lo que somos, de que fuese á Madrid (histórico) una comisión concejil, á pedir la concesión del puente sobre el Ebro al entonces presidente del Consejo de ministros, y de que nuestros ediles, después de exponer

al citado hombre público su pretensión, se pusieran á discutir en la entrevista si debía emplazarse el puente aguas arriba ó aguas abajo del de Piedra. Como es natural, el solicitado, viendo la disparidad de opiniones de la comisión, hubo de contestar á nuestros ediles, dando por terminada la conferencia: "Antes de pedir en definitiva sobre el puente, *pónganse ustedes de acuerdo,*"

Vinose á Zaragoza la comisión y pasó después lo que por fuerza había de ocurrir; que el Gobierno, oído el parecer de no sabemos cuántas corporaciones, que no conocían ni por el forro las necesidades de este país, empezó á oponer reparos al proyecto; que Zaragoza se conformó ¡oh mansedumbre! con los reparos; y que después de éstos y de la conformidad, los gobernantes decidieron que nuestra ciudad construyese el puente por su cuenta. ¿Hase visto jamás ridiculez igual? Y ¿á quién más que á los hombres de Zaragoza era debido semejante inconcebible fracaso? Gracias á nuestra apatía y á nuestras miserias, esta ciudad, que todavía no se ha indemnizado á pesar de dos leyes que lo prescriben, de las pérdidas que le ocasionó la guerra de la Independencia, gloriosísima página de la Historia nacional, recibió el más sonoro de los *desaires oficiales*.

Cuando el expediente del puente sobre el Ebro estaba rematado, el Sr. Varanda fué nombrado alcalde de esta ciudad. Quiso dejar unido su nombre á la Historia de una mejora importante de Zaragoza, y pretendió rehabilitar aquel expediente. Valióse para ello, no del municipio que presidía, no de nuestros diputados y personajes; de un amigo suyo particular, el señor

D. Cristino Martos, que nada debe á Zaragoza. Este señor, deseoso de servir á nuestro alcalde, pidió y obtuvo el puente; el Estado nos había dicho que lo construyéramos por nuestra cuenta: Martos, á Dios sean dadas gracias, pudo con un discurso más que todo Aragón con la relación escueta de sus necesidades; y las mismas corporaciones que informaron al Gobierno que no procedía la realización de la mejora por cuenta del Estado, propusieron la procedencia é interesaron la construcción. ¡Fué al fin concedido á nuestra ciudad el suspirado puente nuevo sobre el Ebro!; se decretó su construcción por cuenta del erario público; se anunció la subasta; hubo en ésta remate...

Llegó la primavera de 1887 y nuestras calles vistieron gala; los tranvías ostentaron gallardetes; los gigantes y cabezudos discurrieron, con gran contentamiento de los chiquillos, por las calles de esta ciudad. Hubo músicas, agasajos, comidas, recepciones, diplomas, medallas, ¡vivas al rey!

Pasaron los días...

Se habló de negocios, de primas, de rescisiones, y esta sultana del Ebro se quedó tan fresca cual si acabara de bañarse en las aguas que limitan las cuerdas colocadas frente á la arboleda de Mazanaz.

.....

El público sigue transitando por el puente de Piedra.

.....

Visitan los zaragozanos las Tenerías; examinan el punto donde el puente debe emplazarse; recuerdan que han transcurrido algunos meses, desde que se hizo so-

---

lemne inauguración de las obras y dicen, entre sorprendidos y pacientes:

—¡Pues todavía no han comenzado los trabajos!

Y se van á su casa tan satisfechos.

Entre tanto los hombres importantes veranean, duermen las corporaciones, y para los desdichados mortales que aquí residimos y nos preocupamos de esas cosas, marca el termómetro 40 grados centígrados sobre cero.



## X

Desde hace muchos años, Zaragoza ha adquirido extenso diámetro. Su recorrido, desde la Aljafería á Montemolín, desde la puerta del Sol á la de San Ildefonso, ó desde el Arrabal á Torrero, representa una gran pérdida de tiempo, y como en la vida social surgen las industrias á medida que se crean las necesidades, no pudiendo acortarse las distancias mediante la contracción de los radios, surgió la idea de facilitar la locomoción urbana, adoptando para ello los medios actuales más económicos y seguros. En esa idea tienen su origen los tranvías de esta ciudad.

Que éstos habían de conseguir en breve tiempo vida propia, decíalo la consideración de que en muchos casos el tiempo es oro y de que éste puede en cierto modo adquirirse mediante el empleo del tranvía por pocos céntimos de peseta. Si se supone que el viaje á pie del Arrabal á Torrero invertía cuarenta y cinco minutos; y que el viaje en tranvía invierte quince, claro es que la actividad de los moradores de Zaragoza, una vez establecida red suficiente de tranvías había de ganar en un 66'66 por 100, lo cual daría lugar á que el trabajo desplegado por nuestra ciudad durante un tiempo



dado y los productos de ese trabajo, aumentarían absolutamente en esa proporción para cuantos utilizasen el nuevo medio, y en una relación proporcional para todos los habitantes de la ciudad. En ese trabajo y esos productos, descansaba por tanto la razón de la existencia económica de los tranvías.

Estos por otra parte venían á facilitar la vida periférica de Zaragoza, mediante las seguridades que daban al vecino de los barrios extremos, de un transporte económico y fijo. Ganaban con tal motivo en valor las afueras, que con ese ayudante serían destinadas cada vez en mayores proporciones á la construcción de edificios de toda clase. El tranvía por tanto, nos llevaba de modo ineludible al ensanche gradual y en todos sentidos de la población. Era, pues, una mejora para conseguir la cual el que más y el que menos debía hacer un esfuerzo, ya contribuyendo con intereses materiales á su realización, bien aportando á ésta todas las facilidades posibles.

Sin embargo, la historia de los tranvías ha sido aquí la historia de siempre. Solicitada y otorgada la concesión, para ir á la subasta se pretendió crear antes una sociedad constructora; y hubo con este motivo cabildeos y reuniones, en las cuales se habló mucho y no se hizo cosa de provecho, ya que las exigencias de los unos, las preocupaciones de los otros y la falta de sentido práctico de los más, hicieron imposible la franca y leal inteligencia que era precisa para llevar á cabo la reforma.

Hubo, pues, instantes en que, no ya nosotros que

vamos siendo por experiencia desconfiados, aun los más optimistas llegaron á creer que el proyecto fracasaría irremisiblemente, por falta material de medios; y eso que Zaragoza es una de las capitales de España que más riqueza demuestran, cuando se trata de empréstitos, emisiones de papel y negocios por el estilo. Sin embargo, el autor del proyecto fué á la subasta y contrató el servicio; y, como, á pesar de todo, no parece sino que nuestra ciudad, según frase moderna, *tiene ángel*, en contra de la opinión de los recelosos y de la envidia ó de la animadversión de los avaros, constituyóse al fin la sociedad constructora, y llegó el día del comienzo de las obras.

En cualquiera otra población esta circunstancia hubiera impuesto silencio á los murmuradores; aquí puede decirse que marcó el comienzo de la guerra á los tranvías. Discutió extensamente el público sobre el asiento de los rails, sobre la disposición general de la línea, sobre las curvas, sobre el material de toda clase y el que más y el que menos esperaba que el día de la inauguración del tráfico habría de ser para la empresa de verdadero fracaso. Hízose la prueba, sin embargo, y se vió que no había dificultad en la circulación: el primer ramal, de la plaza de la Constitución á la estación llamada de Cappa, podía abrirse á la explotación. Tocábamos ya la mejora con las manos y había llegado el instante de la satisfacción primera.

Sin embargo, para muchos de nuestros convecinos era más entretenido y más *patriótico* poner en el camino de los tranvías *pedras* de todo género, y, con

esa creencia, comenzaron á ponerlas. Pasemos por alto la larga serie de reparos, autorizaciones, desautorizaciones, amenazas é inconvenientes gubernativos opuestos á la naciente empresa. La mayor parte de nuestras ruedas administrativas no sirven más que para extrujar entre sus dientes mohosos, los asuntos más fáciles y las empresas más generosas. Entablar aquí un expediente es muchas veces pedir á los diez años de edad un juicio definitivo que han de disfrutar los nietos del que lo pide; pero en el objeto de este trabajo no entra la discusión de tales obstáculos tradicionales; queremos atenernos á los opuestos aquí, consciente ó inconscientemente, por el carácter de nuestros paisanos.

Cargaron los chiquillos de la ciudad con la responsabilidad de los descarrilamientos ocasionados al tranvía por la colocación de piedras, y sobre tal extremo habría mucho que hablar. Lo hemos oído y no hemos de dudar, por eso, en apuntarlo. Cuando en el primer ramal de tranvía ocurrían todos los días descarrilamientos, una persona seria que los presenciaba con frecuencia, decía que pasaba excelentes ratos viendo cómo los chicos, por puro entretenimiento y sin darse cuenta de lo que hacían, colocaban las piedras sobre los rails.

No á uno, á muchos que tienen obligación de discutir, les oímos hablar en contra de los tranvías y cuando para explicar su actitud entrábamos en conversación con ellos, casi siempre llegábamos al convencimiento de que la odiosidad obedecía á preocupaciones inconcebibles. Quién, pensaba que el nuevo medio re-

presentaba para nuestra ciudad un nuevo gasto inútil y para ciertas clases una carga insoportable no reproductiva; quién, defendía que venía á matar otras industrias; quién, que había de ocasionar desgracias en la vía pública, y todos se cuidaban más de inventar razones en contra, que de hacerse cargo de las que existían en pro.

¿Qué más? Todavía no nos damos cuenta de cómo hubo héroes que llegaron á constituir la sociedad constructora, porque si se hubiesen inspirado los accionistas en la voz general, ni una sola acción hubiera llegado á colocarse.

Recuerden nuestros abonados el diálogo que aun es fresco.

—¿Qué le parece á usted de esto de los tranvías? preguntaba un cualquiera á otro cualquiera.

—¡Que no vivirán! Zaragoza no tiene elementos suficientes para ello. Es imposible que prosperen.

Ya comprenderá el lector el buen efecto que estas y otras afirmaciones repetidas por todas partes habían de hacer al que se hallara en el crítico instante de la inversión de algunos ahorros en la empresa que se acariciaba.

A pesar de tales augurios, la empresa ha realizado su propósito y los tranvías resultan un negocio. Pero convengamos en que ese resultado no es debido á nuestro esfuerzo: ¡si el tranvía no hubiese obedecido á una necesidad de nuestra ciudad y nuestro tiempo!



## XI

Para demostrar que el telefono, ese notabilísimo aparato encargado de transmitir sonidos y voces á largas distancias, tiene imprescindibles aplicaciones, no hay más que consignar un hecho: el de que inventado hace diez años escasamente, en este tiempo ha sido instalado, no ya en las poblaciones que marchan á la cabeza de la civilización, si que en pueblos incultos. Marruecos ha disfrutado de las ventajas del nuevo medio, casi al propio tiempo que Francia é Inglaterra; el telefono se estableció en Tetuán y Tánger, al propio tiempo que en Madrid, y mucho antes que en Zaragoza. Es por otra parte el del telefono un servicio que teniendo ventajas extraordinarias no ofrece inconveniente alguno, como no sea el ruido producido por sus hilos puestos en vibración por el viento.

El telefono, facilitando las comunicaciones, ahorra el trabajo mecánico del hombre; acorta considerablemente las distancias; imprime rapidez á los servicios; aviva el movimiento del comercio y la industria y presta, en fin, tales y tan extraordinarios favores á la sociedad que lo sostiene, que nadie en una población deja de disfrutarlos, y nadie puede desconocerlos.

La concesión del servicio telefónico á esta ciudad pasó aquí, á pesar de las ventajas que reporta, punto menos que desapercibida; muy pocas personas se preocuparon del hecho, y las más, ni siquiera se apercibieron de que, subastado el servicio, una empresa comenzaba á tender hilos sobre nuestros tejados, á colocar en ciertos puntos aparatos de sostén, aisladores y palomillas, y á dotar, en fin á Zaragoza, de cuanto con el telefono y su función se relaciona. La prensa cumplió en este caso su deber, y propagó las excelencias del telefono, dando á éste toda la importancia que la vida moderna le concede. Algunos particulares, atentos á esa propaganda, facilitaron en lo posible la instalación; otros ni curiosidad sintieron por conocer los fundamentos y las aplicaciones del moderno admirable invento.

Digamos imparcialmente que en las grandes mejoras urbanas que al principio tropiezan con dificultades y obstáculos de diverso género, las llamadas en primer término á suavizar toda clase de oposición son las corporaciones, que deben comenzar por ayudar materialmente á tales empresas, utilizando, desde luego cuanto ellas tengan de utilizable, y contribuyendo de este modo á dar vida y calor á un negocio que nace y que no puede ni debe ser abandonado á los efectos de la ignorancia, la incuria, la rutina y la mala fe. Obrando las corporaciones como es debido, se produce saludable enseñanza á la cual se atienen pronto los desconfiados y se logra así dar á las empresas un primer impulso que resulta casi siempre definitivo porque

asegura indefinidamente la vida de aquéllas. Dejar que las empresas vayan poco á poco rompiendo el hielo de la ignorancia y de la preocupación, apurando, para obtener mezquinos resultados, actividad é influencia que tendrían mejores aplicaciones; ó lo que es peor, fomentar como aquí se ha hecho con acuerdos torpes y ligeros las preocupaciones y la ignorancia de los más, es tan censurable, es tan expuesto á resultados tristes, que no se concibe cómo se acepta esa práctica.

Cuando se subastó el establecimiento de la red telefónica de Zaragoza, nuestra Diputación y nuestro Ayuntamiento, las corporaciones todas que disponen de fondos propios, debieron acordar sin dilación alguna sus instalaciones. De esa manera la empresa contratista hubiera contado desde luego con elementos de vida y el ejemplo, la bondad del servicio, demostrada por el servicio mismo, y el conocimiento del asunto se encargarían de lo demás. ¿Qué se hizo aquí sin embargo? Por lo que á la Diputación respecta, recuérdese que se negó á que la empresa colocara aparatos de sostén de hilos sobre los establecimientos provinciales; el Ayuntamiento que había, á petición de un señor concejal, solicitado de la dirección general de Comunicaciones la concesión de la red, acordó tarde y á *repelo* diez instalaciones que sólo muy lentamente va estableciendo.

Después, acosada por la fuerza misma de la mejora, la primera de dichas corporaciones ha ordenado algunos abonos; pero pocos en relación con los compromisos que la reforma crea á la Diputación como á todos.

Por lo demás, digámoslo, porque ese es nuestro deber; corporaciones como el "Casino Principal," el "Centro Mercantil," el "Ateneo," la "Sociedad Económica," los colegios del "Salvador," el "Corazón de Jesús," la "Escuela Pía," todos los centros donde el movimiento de gentes es grande y para los cuales la cifra que representa el coste del servicio telefónico no había de influir grandemente en su presupuesto, debieron ser los primeros en contribuir con su abono á la instalación del nuevo medio. Mejor comprendemos, en casos tales, que una vez asegurada la existencia del servicio por nuevas suscripciones, dejen su abono aquellos centros para los cuales no sea éste indispensable, que no se mire con indiferencia una cuestión que tanto nos interesa, apareciendo al principio reacios, para admitir la reforma.

No se obra así y muy pronto se tocan las consecuencias. Si las corporaciones y los grandes centros que tienen la obligación moral de favorecer reformas tales se muestran refractarias á las mismas, ¿qué harán los particulares? Negarse la comisión de Beneficencia de la Diputación á prestar á la empresa sus edificios y negarse también los propietarios de las casas, fué todo una cosa. ¡Cuando los diputados no conceden esa autorización, dirían para sí los vecinos con algún fundamento, motivo habrá para ello! Y estas reflexiones y la indiferencia que lamentamos, han dado lugar á que la empresa del servicio telefónico de Zaragoza haya pasado y pase por un verdadero "*via crucis*." La disposición de las líneas ha tropezado con tales inconve-



nientes que ni sabemos cómo se ha conseguido salvarlos. Un propietario por temor á las tormentas; otro en virtud de que cree que su finca sufra con el paso de corrientes eléctricas múltiples por su tejado; otro por temor á los desperfectos; otros por horror al ruido; cual por una causa y tal por otra, la colocación de cada estación nueva, señala un triunfo.

Dicen algunos, en disculpa de su incuria, que resulta caro el servicio; pero esta afirmación es contraproducente. A pesar de la carestía, la empresa no puede lucrar. Treinta y cuatro instalaciones tiene á la fecha, la mayor parte oficiales. De modo que aun suponiendo que valgan al año treinta y cuatro mil reales, descontando de esta cifra el importe de lo que corresponde al Gobierno, que ya es la cuarta ó la quinta parte del producto total, el coste de la casa "Central," el del servicio de la estación central y estaciones particulares, el tanto por ciento del valor del material, los haberes de empleados, etc., aunque se dividan al infinito esos 34.000 reales, no hay modo de hacer que representen la ganancia de un centavo.

En serio, pues; cuando se inician reformas tales y tan importantes, ¿qué debe hacerse? Dejar que la empresa cargue con todos sus quebrantos y todas sus malas consecuencias ¿ó ayudarla con las primeras suscripciones para que la mejora se haga? Ya comprendemos que en las corporaciones y los centros hay siempre individuos que, guiados de un criterio económico falso, se oponen á toda concesión; pero, ¿no pueden más que esos individuos los altos intereses comunes, repre-

sentados por las corporaciones populares, como por las particulares de la ciudad?

He ahí nuestra queja. Si en la masa general de nuestros conciudadanos hubiera ese espíritu de amor al país por nosotros deseado, ¿qué harían las sociedades y los centros que no representan otra cosa que la opinión de los individuos? Gastan esas sociedades y corporaciones en un capricho bastante más que lo que supone la instalación del teléfono ¿por qué, pues, tan espléndidos para lo superfluo y tan tacaños para lo necesario y lo conveniente?

¡Pobre ciudad la nuestra si las corrientes que censuramos no cambian!



## XII

Mucho tiempo hace que se ha llegado á comprender por todos, la necesidad de modificar la histórica producción de nuestros campos; y para ello la clase y el procedimiento de los cultivos. Se ha pensado que el labrador de hoy es anacrónico, supuesto que continúa prácticas y se atiene á reglas, convenientes hace años é inconvenientes hoy, y se han propuesto por eso nuestros legisladores y nuestros economistas crear un labrador contemporáneo, que no se amolde á la rutina, que sepa siempre lo que hace, que juzgue sobre los fenómenos al parecer más oscuros; que aproveche todos los elementos de que pueda disponer, y en una palabra, que responda á las enseñanzas de la ciencia actual. Para conseguir ese objeto se han creado las conferencias agrícolas; se ha provocado la reunión de Congresos; se han publicado libros ilustrados con toda clase de explicaciones y datos; se han creado granjas modelo; se ha demostrado la utilidad y conveniencia del empleo de máquinas, facilitando ese empleo; se ha explicado cuanto hay que explicar sobre abonos y procedimientos, y en una palabra, se ha hecho cuanto humanamente es posible hacer.

Cierto, ciertísimo que no siempre ha resultado práctico el esfuerzo; evidente, de toda evidencia, que muchas veces no han corrido parejas la disquisición teórica y el resultado práctico; indudable que alguna vez los acuerdos del Gobierno se han estrellado en la práctica contra incalculables abusos, ya conocidos de nuestros labradores; seguro, segurísimo que las diversas tentativas han llevado consigo grandes chascos; explicable, por esta circunstancia, que los labradores directamente interesados en la cuestión aparezcan en la actualidad desconfiados y recelosos, cuando debían mostrarse agradecidos y entusiastas; pero ni con tantas y tales salvedades pueden explicarse la indiferencia y la apatía de que los agricultores de nuestra provincia han dado hace pocos días irrecusable prueba.

Se dirá que ha tenido mejor ó peor fortuna en el ensayo; sobre ese punto no hemos de discutir; pero nadie afirmará con pruebas que la Diputación provincial de Zaragoza, atenta al general propósito de ilustrar al agricultor, no ha puesto de su parte para conseguir tal fin cuanto ha podido y más de lo que ha podido. Ciertos detalles económicos que nos constan y á los cuales no hemos de descender, demuestran la segunda parte de nuestra afirmación.

Después de otras gestiones importantes, la Diputación provincial de Zaragoza provocó el célebre Congreso filoxérico, creó la Granja Modelo y la escuela de bodegueros; fundó el gabinete histo-químico que hoy funciona en la antigua torre de Zaporta; adquirió y ensayó máquinas que puso á disposición de sus admi-

nistrados; subvencionó experiencias y pruebas; adquirió y ofreció semillas; estudió el mildew y todas las plagas de la vid; publicó instrucciones para combatir-las y en fin no hubo detalle á que no atendiese ni fin de interés agrícola que no tomara por objetivo. Se nos dirá que todos los buenos propósitos de la Diputación se han estrellado en parte contra determinados inevitables obstáculos; ni lo afirmamos ni lo negamos; lo que sí decimos y bien saben todos que no somos apasionados de la actual Diputación, es que ésta en tal asunto ha cumplido como buena, y merece bajo tal punto de vista la consideración y el aplauso generales.

Con estos antecedentes, en los últimos meses se le ocurre á la Diputación seguir su campaña de enseñanzas prácticas y crear en diversos puntos de la provincia campos de experiencia. Para conseguir terrenos se dirige á los pueblos y los pide; los pueblos se hacen cargo de la petición y deliberan, y después de mirarlo mucho y discutirlo más, contestan á nuestros diputados diciendo que no disponen de campos á propósito para los ensayos. Somos los primeros en reconocer que nuestros labradores tienen motivos de sobra para ser desconfiados: se les han hecho tantas promesas que luego han resultado fallidas; ha sido tantas veces sorprendida su buena fe, que lo extraño sería hoy encontrar uno entre ellos que no procediera con cautela.

Pero ésta y la desconfianza se explicarían cuando se tratara de arriesgar grandes sumas para recoger á lo sumo escasos frutos; cuando por el contrario, se va á no exponer cosa alguna y se tiene la evidencia de que

por lo menos se ha de aprender algo, ni el recelo ni la precaución sistemática se explican.

¿Qué ha hecho hasta hoy la Diputación provincial de Zaragoza, en la cuestión que nos ocupa? Gastar con mejor ó peor fortuna y con mayor ó menor provecho general: lucrar nunca. ¿A qué fin, pues, la desconfianza que consignamos? Se conciben el recelo y la repugnancia para el trato cuando los negocios se entablan con especuladores que se ve que buscan el céntimo; cuando se trata de amigos honrados, que con solicitud paternal proponen la enseñanza gratuita, desinteresada, que persigue altos y conocidos fines, la duda no tiene disculpa alguna ni puede acarrear más efecto que el de crear en los diputados que, con la mejor buena fe, desarrollaban beneficioso plan, una desesperación que conduce fatalmente al abandono del proyecto y del plan.

Creerán los recelosos que con tan triste resultado no se perderá mucho, fundándose en que hasta hoy han sido nulos los productos obtenidos por la labor provincial, pero ¡ay! ¡que ésta es la historia de siempre, y esas las razones constantemente aducidas en justificación de ciertas actitudes y en descrédito de determinados proyectos! Inadmisible, pues, de todo punto, semejante manera de discurrir: los que la emplean son los mismos que en este país lo entorpecen todo; los mismos que hacen imposible toda reforma y todo adelanto.



### XIII

Dijimos hace días que observábamos en los habitantes de nuestra ciudad y nuestra provincia, cierto criterio pequeño, capaz por sí de malograrlo todo; y es llegada la hora de demostrar nuestra afirmación que tiene pruebas á cientos. Demuestra la historia de Zaragoza que ésta ha sido siempre generosa hasta la prodigalidad é hidalga hasta la exageración; hoy esos rasgos fisonómicos del aragonés típico se pierden en las sombras de un carácter sin perfiles, borroneado por la mezcla de las más diversas tintas é inutilizado por los más extraños contrastes. Maravillábanse antes nuestros huéspedes de la entusiasta acogida que de ordinario tenían aquí: hoy se van convenciendo de que, generalizada la costumbre de no ocuparse para nada en los actos y en las aptitudes del prójimo ó del vecino, el que más y el que menos de nuestros compatriotas se preocupa muy poco de lo que apetecen é inquieren los extraños que nos visitan.

Hace algunos años, rendíase entre nuestros paisanos culto al procedimiento de devolver ciento por uno; hoy se busca aquí el seis, el ocho, el diez, el veinte y aún el sesenta por ciento. Pagábase bien por regla general

en todas las poblaciones el servicio más ligero; no era conocido el tipo del prestamista ni el del avaro; considerábase monomaniaco el amor al interés; seducían más las ideas de religión y patria y aún la de amor, que las de la ganancia y el negocio; ambicionábase más la tolerable satisfacción que produce el acto pródigo, que el parecer falso provocado por la contemplación de algunas onzas de oro, destiladas por el sudor, la intranquilidad ó la miseria del oprimido; en una palabra, el dinero y los bienes de fortuna eran considerados como accesorios, no como esenciales atributos de la casa y del nombre. Hoy procedemos con radical contradicción á tales ideas y costumbres.

Los extraños buscan en vano por nuestras calles y centros el antiguo tipo aragonés, hidalgo y generoso, y se convencen de que aquí somos poco más ó menos lo que en todas partes; pagamos tarde ó mal los favores recibidos; creemos con censurable necesidad que hacemos poco menos que un favor á los que nos sirven, tolerando sus servicios; buscamos, no ya la peseta honrada, el céntimo denigrante; no concedemos más valor que el tanto por ciento respectivo á los servicios más desinteresados; estamos invadidos por una incabable serie de prestamistas y avaros que consumen ilegalmente gran parte del producto de nuestra labor asidua; juzgamos el amor al interés mezquino como la cosa más corriente y natural; el amor, los honores, las condecoraciones, el respeto público, el patriotismo nos parecen muy mal si no llevan por lo menos el aditamento de *unas patatas fritas*; y al caer la noche, cuan-



do el sueño amortigua poco á poco nuestras actividades y nos obliga al descanso, en vez de preguntar al espíritu por la buena obra del día, le preguntamos por la cifra que representa la ganancia correspondiente á nuestra cotidiana labor.

Reciben muchos el dinero venga de donde venga, sin pensar que su recibo puede significar el sacrificio del prójimo ó la deshonra propia. A trueque de hacer la fortuna necesaria para el disfrute de la holganza á los treinta y cinco ó los cuarenta años, no se mira ni la cara, ni los quilates de las onzas de oro que llegan al bolsillo; dándose por esto el caso de que en Zaragoza se afirme que hay, aparte de los que legítimamente han conseguido ó heredado riquezas y bienes, tres órdenes de ricos: los que deben su fortuna á los bienes nacionales, los *que disfrutan hoy los favores del negocio con la moneda*, y los que han enriquecido con la usura: cada época ó cada fase ó cada clase de riqueza, hállase, al decir del vulgo, representada en nuestra ciudad por signos evidentes.

Por eso ocurre que cuando nos vemos servidos ú obsequiados, de ordinario correspondemos mal al servicio ó al obsequio. Omisión hecha de la mezquindad con que remuneramos, en general á nuestros servidores, mezquindad de la cual son prueba irrecusable los sueldos que por ejemplo otorgamos á nuestros empleados provinciales y municipales, hemos de recordar cómo ha procedido Zaragoza con sus huéspedes más distinguidos. Aquí hemos visto á Isabel II, á D. Francisco de Asís, á Orovio, González Bravo, Rivero, Prim,

Serrano, Topete, Olózaga, Castelar, Echegaray, Amadeo I, Alfonso XII, Cánovas, conde de Toreno, Martínez Campos, Jovellar, Lasala, Montero Rios, Navarro Rodrigo y tantos otros que pudiéramos citar y que, en casos dados, obsequiados por nuestra ciudad y apercebidos por sus hombres de las verdaderas necesidades de la misma, pudieron prestar y hubieran prestado á nuestra comarca eminentes servicios. Nos hemos cuidado, sin embargo, en casos tales más de suscitar la enemiga y atizar la inquina general contra tales personajes, que de aprovechar las relaciones que ellos pudieran tener aquí, ó de favorecer sus buenas disposiciones para con Zaragoza, y esto ha dado lugar á que nuestra ciudad y nuestra provincia se vean privadas de grandes recursos que de otro modo hubieran conseguido.

Hay en España muchas poblaciones en las cuales, guardando cada cual su puesto y su independencia política, se aprovechan por la intervención de hijos de las mismas, todas las ocasiones, para que cada población vaya paulatinamente desarrollando su plan de mejoras, sea cualquiera la política imperante y, sean cualesquiera los obstáculos que á ella se opongan. Mediante un cambio de decoración personal logran esos pueblos, lo que según frase muy generalizada podría definirse, denominándolo "turno en el poder.". Aquí en nuestra ciudad, en esta comarca, cuentan con muchos y numerosos amigos los señores Cánovas y Sagasta: pues, un ejemplo; el del ferro-carril de Canfranc, que va relativamente bien cuando gobierna el segundo, y

se estaciona y enreda cuando es el primero presidente del Consejo de ministros. ¿Por qué así? Un periódico lo dijo muy oportunamente; no ciertamente porque el señor Cánovas sea partidario interesado de estas ó las otras vías internacionales, según ha querido demostrar una especie calumniosa; no porque el Sr. Cánovas no desee complacer á los aragoneses como á todos los españoles, ya que suponer otra cosa sería mezquino; si porque Aragón siguiendo antiguas y desusadas prácticas, cúrase muy poco actualmente de la forma; de la forma que en la actualidad, en virtud de la superficialidad propia de nuestras costumbres, constituye punto menos que el fondo de las más graves cuestiones! Claro es; si todos los hombres supiésemos prescindir del amor propio y olvidar los efectos del mismo, cuestiones como las de forma significarían muy poco; como nadie tiene el deber de mostrarse para con semejantes suyos desconocidos, benévolo, espléndido y aun pródigo, ¿qué mucho si á la vista de ciertos hechos, hombres que tienen general consideración se ofendan al ver que no se les guarda ni las consideraciones ordinarias?

Convéznase Aragón; convéznase sobre todo esta comarca; los caracteres de la sociedad general no representan otra cosa que la suma de los caracteres individuales; pretender, pues, que sean generosos y atentos con nosotros, los que tengan por uno ú otro concepto motivo para lamentar faltas nuestras de atención y generosidad, equivale á desconocer la flaca condición humana, que si se amolda á ideas más ó menos conve-

nientes, exige sin duda por su propio carácter la satisfacción del reconocimiento y la expresión de la súplica. Aquí se ha podido aprovechar todas las visitas, solicitando el amparo de todos los personajes. ¿Se ha hecho algo en este sentido? De ningún modo. Y ¿por qué? Digámoslo clara y sencillamente: en plena degeneración y en absoluto empobrecimiento, procedemos de igual manera que ciertos antiguos nobles, que después de haber permitido que se perdiera totalmente su fortuna y se extinguiese por completo su influencia, preferían no comer á declarar franca y noblemente su situación, porque atentos al rango y á las exigencias de sus pergaminos, documentos escritos que pretendían probar una cosa que los actos y no los diplomas enseñan, creían que era más noble que comer, confesando errores, ayunar, mintiendo riquezas y callando lástimas.

Esa es nuestra situación y por eso nos luce "el pelo que nos luce."



#### XIV

Demuéstrase mejor que de ninguna otra manera la *tacañería* de esta Zaragoza heroica y muy benéfica, apuntando las omisiones que ha cometido con hijos suyos muy ilustres; y, sobre todo, con los hechos más culminantes de su historia. Pocos días hace un concejal ilustrado y celoso, D. Mariano Ripollés, distinguido catedrático de nuestra Universidad, dirigióse al Ayuntamiento diciendo que no sabía cómo explicar que la fecha, para los fastos de Aragón memorable, del 4 de Agosto de 1808, que resume en sus cifras la epopeya gloriosa de la guerra española de la Independencia, que tiñó con sangre los años primeros del actual siglo XIX, no tuviera en nuestras calles y plazas un monumento conmemorativo. La extrañeza patriótica y laudable del Sr. Ripollés es admisible; pero no se justifica, dados los antecedentes que en asuntos de tal índole hemos sentado aquí. En Zaragoza vivimos de recuerdos; pero ni siquiera nos tomamos la molestia de consignarlos. Procedemos como los viudos que lloran mucho la muerte de su cónyuge; que afirman admirar á diario las virtudes del mismo; pero que no se cuidan de colocar en el nicho en que descansan sus

cenizas una lápida, que representa el gasto de 25 pesetas.

Hablamos aquí del justiciazgo, como de asunto que nos honra; pero dejamos á los libros la consignación de sus ventajas, y en Zaragoza no cuenta aquella veneranda institución con un solo recuerdo práctico; enaltecemos la virtud, el valor, el patriotismo de los aragoneses que sucumbieron en la guerra de la Independencia y tomaron por vida su muerte, y han pasado cerca de ochenta años, y no hemos dedicado á aquellos mártires una corona; hablamos de Manuela Sanchó, de Casta Alvarez, de Agustina de Aragón, de la condesa de Bureta, de Palafox, Boggiero, el tío "Jorge," y tantos otros héroes que sucumbieron víctimas de su amor á esta tierra, y no nos cuidamos de demostrar la admiración y el cariño que nos inspiran tales figuras históricas, por medio práctico y duradero.

A recoger los restos de Agustina de Aragón, marchó hace dieciseis ó dieciocho años hasta Marruecos una comisión del municipio zaragozano: recibimos en nuestra ciudad los huesos de la heroína de la Independencia, al sonido de las campanas y al acorde de las músicas: el día de la entrada en Zaragoza de los restos de Agustina de Aragón, verificóse en nuestra ciudad solemne manifestación de simpatía y duelo. Por consecuencia de aquel acto colocóse en la plaza del Portillo la primera piedra de lo que más tarde había de ser monumento sencillo, dedicado á la memoria de aquella egregia mujer. ¡Han pasado 18 años y todavía no se ha colocado sobre la primera la segunda piedra:

las cenizas de la heroína encerradas en humilde urna ocupan un puesto en el archivo municipal y podrá ocurrir, si Dios no lo remedia, que cuando vayamos á hacer el monumento, no tengamos ni huesos que encerrar en él. El tiempo habrá reducido á polvo los restos, formes aún, de la heroína.

Y ¡cuántos ejemplos como este pudiéramos citar! Murillo no cuenta en Zaragoza con más recuerdo que el del rótulo y el nombre de una calle; Cerdán y Lanuza se encuentran en el mismo caso; Prudencio, Zurita, Forment, Echeandía, Palafox, Goya y otros, han sido objeto de igual deplorable desdén. Pignatelli ha vuelto ricos á casi todos los que hoy lo son en Zaragoza, y por todo alcanzar ha conseguido el nombre de una calle y un monumento mezquino, que tienen que guardar hierros y rejas.

Es verdad que el recuerdo de los antepasados y el tributo de admiración á los héroes, no producen ni el tres por ciento de interés anual, y que por eso se explica el retraimiento económico de las personas llamadas á enseñar al pueblo mediante la verificación de actos ejemplares; pero ¡cuán triste razonamiento el del interés cuando de tales enseñanzas se trata!

Las poblaciones más pobres rinden culto á sus hijos esclarecidos: regístrese la larga serie de las españolas y se verá que, allí donde no ha podido construirse la estatua se ha colocado la lápida; allí donde ni la lápida ha sido posible, un número, una palabra que han demostrado el cuidado y con éste el cariño. Aquí al que ha muerto en honor nuestro sobre el lú-

gubre tablado de un cadalso, al pie de un cañón ó detrás de una barricada; al que nos ha enriquecido ó nos ha enseñado; al que ha cantado nuestras glorias, lanzando á los cuatro vientos la fama de nuestros hechos históricos, le hemos dado como á los demás tranquila sepultura, y apenas si nos hemos acordado de sus huesos para robarlos á la madre tierra y colocarlos en urna humilde sobre los estantes escuetos de un archivo concejil.

Esto no es cuento, es historia: historia sacada de documentos fehacientes que obran en distintos centros y se hallan á disposición de cualquier lector que la mente como nosotros tanto olvido y tanta tacañería.

Todos los monumentos que aquí tenemos la obligación de levantar para satisfacción de propios y admiración de extraños, no valen más de veinticinco ó treinta mil duros; pero ¡ya se ve! esta suma, invertida en papel de la Deuda, en acciones del Banco ó de la sociedad tabacalera, produce un tanto por ciento muy respetable, y ante ese dato no hay que hablar.

¿Qué mayor prueba, además de la *tacañería* regional que el criterio económico que inspira á nuestras corporaciones provincial y local, empeñadas en hacer economías de *cocina*, mediante el ahorro de unos cuartos que representan un pellizco personal ó un capricho?

Al municipio y á la Diputación de Zaragoza han do recientemente hombres de esos que se llaman "administrativos," que, por el brío con que llegaron á los respectivos escaños, no parece sino que iban á sacar



centines de debajo de tierra y á salvarnos en un abrir y cerrar los ojos de una bancarrota que, según las predicaciones de que se valieron para dirigirse al cuerpo electoral é inclinarle en su favor, era inevitable. Y ¿qué han hecho esos hombres? ¿Han desarrollado por ventura algún plan de mejoras económicas; han expuesto alguna idea salvadora, discutible siquiera? ¡Bajo ningún concepto!

En la Diputación, según ha demostrado la experiencia, no se ha hecho al buscar economías más que algunas insulsas reformas, que han de producir mayores gastos y dificultan extraordinariamente la administración; en el Ayuntamiento, todo hasta ahora queda reducido á pedir la supresión de la berlina que usa el alcalde, de una plaza de escribiente y de varias otras cosas, cargos y servicios de análoga magnitud; lo cual revelará muy buen deseo, pero ¡fines elevados y grandes ideas y propósitos generosos!

¡De ningún modo!



## XV

La seriedad y la formalidad de los aragoneses han llegado á ser proverbiales: la frase "palabra de aragonés," todavía empleada por muchos para dar fuerza á una promesa, demuestra lo que decimos. Veamos si el proverbio es hoy exacto.

Hasta hace tiempo no eran conocidos aquí los cambios políticos personales: había familias enteras cuyos individuos respetando sus propias tradiciones, rendían culto eterno á unas ú otras ideas, manifestándose más ó menos entusiastas, según los casos, las circunstancias y los temperamentos; y más ó menos activos á medida que los sucesos reclamaban ó no actividad. Todos los que lean este trabajo recordarán aún el tipo del ferviente político aragonés, oscuro, aislado, que con la fe en el alma y con el mayor convencimiento, leía hace años á diario, *El Pensamiento Español*, *La Regeneración*, *La Esperanza*, *Las Novedades*, *La Reforma*, *La Discusión* ó *La Democracia*; se entusiasmaba con frecuencia al ojear sus columnas; seguía paso á paso la marcha de sus amigos; prestaba sumiso acatamiento á sus decisiones; cumplía á conciencia los deberes que éstas le imponían, y quedaba luego tranquilo y sereno

en su domicilio, sin pedir, sin pretender siquiera que constara su servicio y en espera de nueva ocasión y de sucesos nuevos. En todos los partidos había por entonces tipos como el que describimos y era de ver cómo durante la triste dominación de los moderados atravesaban con toda tranquilidad y sin lanzar una queja el desierto de su peregrinación, lo mismo los liberales que los carlistas.

Modificó estas severas costumbres la revolución de Setiembre de 1868, y á partir de esta fecha se empezó á considerar lógico, natural y aún plausible todo cambio político en sentido progresivo, excusado á la sazón por los efectos de la propaganda viva que hacían los partidos avanzados y por los cambios de criterio que ese trabajo iba paulatinamente consiguiendo. Pero es el caso que, después de haber comenzado por ahí, los cambios se han hecho en todos sentidos y muchas veces por los mismos hombres, dándose motivo á que actualmente sean consideradas muchas personas, por los matices que aun conservan de sus distintas filiaciones, como verdaderos *iris* dentro de los partidos. Hoy se retrocede, se avanza, se vuelve al punto de partida, se rebasa el término de la primera progresión, y así se forman y se deshacen partidos y así se vive políticamente.

Claro es que tal conducta había de relajar y ha relajado antiguas prácticas. Llegaban antes las elecciones y los pueblos sabían luchar en ellas con decisión y con fe: en la mayor parte de las poblaciones las actas comiciales no representan hoy otra cosa que el resultado de una amigable componenda realizada horas antes de

la elección por tres ó cuatro sujetos, más ó menos influyentes que al ver que nuestros hombres cambian con tanta facilidad de ideas y de procedimientos, que hay turno de caciques; y al observar que los pueblos no pueden ni deben reñir con nadie, tratan de dar gusto á todos, dividiendo caprichosamente los sufragios entre los más temibles ó los más poderosos. Se va, pues, de buena fe á una lucha entre tales gentes provocada y aparte las promesas de bienandanza que á todos llegan, aparte las peticiones que se multiplican exageradamente, al fin resulta lo que resulta, cambiándose el estado de la elección por horas ó por minutos.

En los tratos de todo género hemos perdido también gran parte de nuestra seriedad, según lo demuestran muchos y repetidos ejemplos: se han dado aquí no pocos casos de segundas y aún de terceras y cuartas hipotecas; la firma ha sido desconocida en más de una ocasión; la quiebra de mala fe ha tenido sus héroes; se ha pretendido el préstamo con conocida insolvencia; á la formalidad del negocio ha sustituido la astucia del negociante; el trato ha sido emprendido, no con intención de provocar ganancia honrada entre dos personas, si con el deliberado propósito de ver *quien engaña á quien*. Por eso nuestros comerciantes eran hace años los más confiados de la tierra y hoy se han hecho suspicaces y recelosos. En muchas tiendas se esquivo el préstamo y con razón, porque los desengaños van siendo muchos y ejemplares.

Otro orden de consideraciones viene á corroborar lo que decimos. Cometíase hace algunos años en esta co-

marca un crimen y la acción de la justicia era favorecida y ayudada: hoy se comete un asesinato á la luz del día y los tribunales no tropiezan con un solo testigo del hecho, lo cual revela falta de valor. Bien es verdad que muchas veces disculpa ese resultado la enojosa conducta que en ocasiones se ha seguido con cuantos se han propuesto facilitar á los tribunales su acción; es cierto que los procedimientos del poder judicial dejan en este punto mucho que desear; pero con mayores dificultades y con menor educación tropezaban nuestros antepasados y cumplían, sin embargo, sus deberes de hombres honrados, exponiendo al hacerlo así honra y vida. Hoy ocurre que no se expone más que la molestia de una declaración y por eludirla, callamos.

Va haciéndose además nuestro pueblo amigo de frivolidades. Entretenía antes su actividad en cosas serias y distraía sus ocios en ocupaciones de algún interés. Hoy, un espíritu observador puede reconocer que se acometen empresas, cuya falta de base hace augurar desde luego su funesto inevitable resultado; y cualquiera puede apercibirse de que el más fútil motivo basta para extasiar á los desocupados. Rasga en la vía pública las cuerdas de una guitarra un individuo que canta desafinadamente y con voz aguardentosa algunas antiguas canciones populares, y esto basta para que se forme alrededor del cantante numeroso grupo; nunca faltan oyentes á docenas á los charlatanes que ofrecen desde un coche al público los mayores servicios de toda clase, por la menor cantidad posible.

Se nos dirá que estos, al parecer pequeños detalles, representan muy poco en el carácter de un pueblo; pero á esto contestaremos, que cuando, aun en eso se refleja nuestra situación; cuando hay simultaneidad lamentable en todos los actos y todas las fases; cuando, en fin, se observa que arraigan entre nuestros paisanos al propio tiempo que ciertos usos, ciertas costumbres, y que si se viste aquí el traje ceñido, no deja de usarse la frase ¡que baile! tan extendida y tan común; el cuadro por más que resulte triste no puede ser más cierto.



## XVI

Adquirieron los aragoneses fama de testarudos porque demostraron en cien ocasiones dar cima á sus empresas. Acometerse aquí un negocio cualquiera de interés particular ó general, y llegar á terminarlo sin vacilaciones, á pesar de toda clase de obstáculos, era tan corriente que comenzada una empresa por paisanos nuestros, propios y extraños auguraban su fin.

El tesón constituía la nota más saliente del carácter aragonés; y como de ordinario se inspiraba en las ideas más generosas y en los propósitos más levantados y nobles, de aquí que fuera considerado cual virtud, mejor que como defecto y que todos se explicaran por él la realización de las más difíciles empresas.

Conviene distinguir bien el tesón, propiamente tal, que no significa más que resolución y firmeza en los propósitos, de las importunaciones y las solicitudes que obedecen al amor propio herido y no tienen más objeto que la satisfacción de éste. Y conviene distinguir así, precisamente porque, como demostraremos con hechos, al antiguo tesón aragonés ha venido á sustituir una condición que casi estamos inclinados á

calificar de defecto y que consiste en algo radicalmente opuesto al tesón mismo.

Da la pauta de este mérito de nuestros abuelos, que citamos, el célebre *no importa* de la guerra de la Independencia. Nuestros lectores conocerán este dato elocuentísimo de la historia patria; á la metralla de los sitiadores, á los rigores y á las vicisitudes de los sitios, á los desastres de la guerra, á las calamidades, á los duelos, los aragoneses y los españoles en general, contestaban con el gráfico "no importa," del cual se llegó á decir con expresiva frase que era "el mejor de los caudillos," ya que venía á significar que á pesar de todo había de continuarse la dura labor enderezada á reconquistar la independencia patria.

¡Triste cosa tener que consignar que no hemos conservado ese patriótico tesón de nuestros antepasados! Teníamos antes la virtud de la labor asidua, constante y ordenada; hoy, á lo sumo, tenemos *arranques*, y estos no siempre bien fundados ni menos bien dirigidos. Quien lo dude que recuerde con nosotros hechos y cosas: el convencimiento en tal sentido no puede ser más fácil. Tres ó cuatro importantes asuntos se han tratado en Zaragoza durante los últimos años y en todos hemos procedido de igual modo: es decir, con arranques más ó menos vivos de entusiasmo y actividad; pero con nada más. Pudiera decirse hoy de nosotros lo que se afirma de ciertas clases de pólvora: que *no rematan*.

¿Duda alguien de la importancia que tiene para nuestra provincia y para Aragón entero nuestro ferro-



carril internacional por Canfranc? Hace que lo pedimos cincuenta años y en éstos hemos tenido grandes ocasiones para solicitarlo y obtenerlo. ¿Qué hemos hecho en el asunto? Pues, sencillamente: pasar por una serie de alternativas entre el entusiasmo y la desesperación, realizar, en determinados instantes, patrióticos arranques, pobre reflejo del antiguo generoso entusiasmo de nuestros antepasados, y caer pocos días después, sin justificación suficiente, en el decaimiento más deplorable. Ya sabemos nosotros que el entusiasmo mantiene al espíritu en un alto grado de tensión insostenible por mucho tiempo; comprendemos que por esa circunstancia nadie puede pedir igual enérgica actividad é igual estimable energía para todas las situaciones y todos los tiempos; pero, ¡ay! que hace años, semejantes al piloto de la fábula, los aragoneses ni se entregaban á los delirios de la alegría en los momentos de bonanza, ni á los extremos de la desesperación en los instantes adversos. Pueblo serio, procedía siempre con la calma propia del que lo es, huyendo de uno y otro defecto con la circunspección propia del que conoce sus fines y los medios que tiene para lograrlos y á aquéllos se dirige y de éstos se sirve.

Si en vez de malgastar tiempo, dinero é influencias en entusiasmos estériles, y tiempo, energías, esperanzas, en decaimientos infundados, se hubieran, desde que se firmó la ley Canfranc, los aragoneses todos dedicado á orillar en el camino del ferro-carril internacional toda suerte de obstáculos, con el tesón histórico propio de los hijos de esta tierra, quizá á

esta hora no fuera tal cuestión, como al parecer lo es, irresoluble.

Y lo mismo que pasa con la cuestión Canfranc, ha ocurrido con la traslación á otro punto cualquiera del Penal de San José de esta ciudad. Muchos años hace que el convencimiento de que dicha penitenciaría es perjudicial, moral y materialmente á Zaragoza, ha llevado á los zaragozanos á pedir su traslación. Más de 20 han pasado desde que firmamos con tal objeto la primera solicitud. ¿Y qué hemos hecho después? Olvidar nuestro propósito; volver á recordarlo cuando á ello nos ha conducido una circunstancia cualquiera; olvidarlo de nuevo; resucitarlo más tarde, etc., etc. Con buena voluntad de parte de todos, con tesón, ¡más de una vez hubiera podido obtenerse un resultado, de antiguo apetecido y tan difícil de obtener hoy como el día primero que en él se pensó!

Desde que gobernó O'Donnell, saben los habitantes de esta ciudad que Zaragoza y Córdoba son las poblaciones de España más á propósito para instalar en ellas academias militares; la de ingenieros, principalmente, casi todas las eminencias de la milicia lo declaran, tiene su mejor emplazamiento en esta ciudad. Y ¿qué hemos hecho á propósito de mejora tan importante? En el archivo municipal puede quien quiera examinar documentos que exponen lo actuado y demuestran lo que decimos. Han ido comisiones á Madrid con el fin de conseguir una "Academia militar," y siempre han obtenido grandes esperanzas; han regresado las comisiones y el asunto ha quedado en el ol-

vido. Recientemente hubo á este propósito una buena ocasión que se aprovechó para pedir, como todas; pero no se pasó de pedir. Lo dicho: no *rematamos*.

¿Quieren más ejemplos nuestros lectores? Pues ahí está la tantas veces pretendida y ofrecida y la jamás alcanzada fábrica de tabacos que había de establecerse en Zaragoza. En ciertas ocasiones nuestros *arranques* la han puesto tan al alcance nuestro que casi nos disponíamos á fumar elaboración zaragozana; en otras se ha alejado, gracias á nuestro abandono, tanto la concesión que hemos llegado á perderla de vista. ¡Si nuestro antiguo tesón no hubiera degenerado, no se vería Aragón como se ve!



## XVII

Cuando hace algunos años los aragoneses querían decir alguna cosa, exponíanla sin ambages ni rodeos: éramos partidarios aquí de llamar *pan al pan y vino al vino*, siendo, por eso, tan francos en la exposición de nuestras ideas y tan llanos y sencillos en la forma que alguna vez aparecíamos adustos ó rudos. Decíamos la verdad con toda su desnudez, cualesquiera que fueran las dificultades que llegara á acarrear nuestra franqueza, y prefiriendo siempre el culto á lo cierto, bueno ó malo, blando ó duro, allá iba la frase escueta donde debía ir.

Demostrando que degenera nuestro tradicional carácter, ha venido á sustituir á nuestra ruda, pero hidalga franqueza, esa condición humana que en el lenguaje moderno se denomina *habilidad*; condición hipócrita que aspira á decir entre palabras, á escribir entre líneas, á conseguir por modo indirecto lo que directamente no se puede alcanzar, á ocultar bajo el velo de una honradez aparente la pretensión maliciosa, y á justificar por el amor á la “buena forma,” la condición rastrera de la maquinación desleal. Ocurre, sin embargo, que como Dios no ha llamado á los za-

ragozanos por el camino de la diplomacia, las habilidades de nuestros habilidosos se ven pronto y rara vez prosperan; ya que descubiertas, comprendidas y juzgadas no hay quien caiga en las redes que ellas tienden. Eso no obstante, los conatos de artificio habilidoso se suceden, y no parece sino que nuestros paisanos tienen empeño en demostrar que han dejado sus antiguas francas prácticas para tomar como norma los procedimientos de los *listos*.

Así se desprende de lo que todos los días puede observarse en esta ciudad: se trata de realizar cualquiera empresa interesante á alguna ó algunas personalidades, y no falta una mano oculta que prepara su cuerpo de *alabarderos* para crear una opinión ficticia, en nombre de la cual se procede luego sin temor; se trata de crear obstáculos á una autoridad, á una empresa, á una corporación, en virtud de que esos obstáculos convienen á fines determinados, y siempre hay un hombre ó un autómeta que obedeciendo á extrañas inspiraciones logra infundir al vulgo inconsciente ideas ó temores que dan al traste con los más estimables propósitos. Merecemos, pues, hoy bajo el punto de vista de nuestra afición á las redes, si no el calificativo de diplomáticos, ya que cuando dejamos nuestro hermoso carácter de francos acostumbramos á enseñar, según la frase vulgar, la punta de la oreja, el calificativo de habilidosos, porque, en contra de lo que hemos hecho siempre, acostumbramos á tirar la piedra y esconder después prudentemente la mano.

Ejemplo:

Hace algunos años que de toda España, pero principalmente de las provincias de Aragón, Cataluña y Navarra, vino á Zaragoza numerosa peregrinación, que al decir de las bases escritas que la dieron vida, no tenía más objeto que el de rendir tributo de veneración y de cariño á la excelsa patrona de los aragoneses, la veneranda Virgen del Pilar.

Verdad es que estaba á la sazón muy reciente la guerra carlista y que esta circunstancia se prestaba á que algunos maliciosos supusieran que la peregrinación no era otra cosa que un encubierto modo de demostrar ciertas aspiraciones y ciertas esperanzas; pero cierto, indudable también, que lo mismo bajo el punto de vista moral, que bajo el concepto material y de interés, la peregrinación era convenientísima á Zaragoza. ¿Qué iríamos perdiendo aquí, aquí donde todos los años tratamos de atraer en Octubre miles de forasteros, con que de todas partes, con el pretexto ó el fin real de visitar la Santa Capilla, vinieran á vernos miles y aun millones de romeros, que al aumentar la fe en la Virgen del Pilar, dejarían en nuestras casas y en nuestros comercios grandes sumas? Obsérvese que no miramos el asunto ni bajo el concepto moral, ni bajo el político: lo miramos bajo el aspecto comercial y material. Nos conviene que vengan miles y miles de devotos á adorar á la Virgen; miles y miles de curiosos á presenciar nuestros espectáculos públicos ó á visitar nuestras calles; miles y miles de aficionados á presenciar nuestras corridas de toros. Mirando el asun-

to con el criterio eminentemente positivista, debemos desear que á Zaragoza llegue dinero, y éste no viene sino cuando lo traen las personas que lo conducen y lo gastan.

Pero aun con estas creencias, si las romerías, las manifestaciones, los viajes en grande, hubieran sido por los antiguos aragoneses considerados como impolíticos, como improcedentes, como inconvenientes, como temibles, valor hubiese habido en nuestros paisanos y energía suficiente para decir á los directores de la peregrinación que ésta no era aceptable. Dirigiéndose á la cabeza de los romeros hubieran mostrado resolución bastante para indicar que la manifestación era incompatible con la manera de ser y de pensar de esta tierra que después de haber sido eterna defensora de la libertad no podía tolerar, sin escándalo, ciertas manifestaciones. Y, es claro, que, de esta manera, sin diplomacia hubiérase podido evitar un conflicto.

A alguno de nuestros paisanos actuales, hábiles á carta cabal, debió ocurrírsele que para oponerse á la manifestación, en vez del franco medio de la expresión sincera de las dificultades, debía ensayarse un procedimiento criminal. Y á ese pensamiento debemos nuestro descrédito. ¡Siempre han sido aquí respetados y distinguidos los huéspedes! La Zaragoza del Cinco de Marzo tuvo una casa hidalga para el traidor Cabañero; la Zaragoza revolucionaria tuvo también generoso domicilio para el entonces, sin razón, odiado gobernador señor Candalija; la Zaragoza ya educada y

tolerante que presenció la romería, en honor de la Virgen del Pilar, tuvo para los que la formaron desdenes, silbidos y petardos.

En medio mismo del tabernáculo que guarda la imagen de la patrona de los zaragozanos, la mano criminal de un hombre que no se hubiera seguramente atrevido á decir á la luz del sol las razones que le guiaban á juzgar inconveniente la romería, disparó horrible petardo que introdujo el espanto en muchos y el recelo en todos, llevando á las familias el sobresalto y la confusión. ¡Cuánta responsabilidad cupo entonces al desdichado autor de aquella protesta activa! Por consecuencia de la misma hubo sinsabores y disgustos; pudieron ocurrir defunciones; ¡corrió la sangre! Y desde entonces nadie ha pensado en provocar nuevas peregrinaciones á la iglesia del Pilar. ¡Con ello ni ha ganado ó perdido nuestra fe, ni ha lucrado un céntimo nuestro comercio! Pero ¡hemos hecho correr á los *romeros!*

¡Pensamos en estas cosas; recordamos que tal vez se las eche de diplomático ó de habilidoso el autor de aquellos petardos que llevaron á todas partes el escándalo y á muchas la perturbación y el duelo, y se nos ocurren tales y tan hondas censuras que no queremos seguir escribiendo. Digamos sí que si todo lo que somos y valemos ha de ser juzgado por el criterio que inspiran semejantes salvajes hechos, ¡pobre Zaragoza!

¡La perderá la habilidad de sus hijos!





## XVIII

Cuenta la tradición que aquí hemos sido generosos no ya en materia de interés: con la vida. El sacrificio de ésta y de cuanto el hombre quiere y estima en algo, se ha hecho con tal prodigalidad, que muchas veces la misma espontaneidad del ofrecimiento, ha robado brillo al mérito contraído. Todavía se conservan entre nosotros vestigios de ese admirable carácter; lo han demostrado muchos notabilísimos actos aislados que han dado á sus autores renombre justo; lo han puesto de manifiesto las inundaciones, las guerras, las luchas intestinas, las epidemias; todos los actos y todos los hechos en que la vida ha corrido riesgos más ó menos seguros. ¡Pero, ay! que esas demostraciones de la generosidad del espíritu, van cediendo el paso á las de la envidia y el egoismo, borrando de nuestro tipo social uno de sus caracteres más sobresalientes y más estimables.

Anida por desgracia la envidia en nuestro pecho, y sus manifestaciones son cada vez más frecuentes y más tristes. A ese vicio hemos de achacar muchos de los fracasos que hoy lamentamos. Dentro de los ejercicios profesionales, menos dados al parecer á la competencia

que otros, digámoslo con pena; apenas pueden encontrarse dos hombres que no recelen mutuamente de su prosperidad, y no dirijan su esfuerzo mejor que al propio florecimiento á dificultar en poco ó en mucho el florecimiento de los demás. De aquí depende, sin duda, el que, residiendo como residen en Zaragoza juriconsultos eminentes, médicos distinguidos, catedráticos ilustrados, pintores de justa fama, ingenieros, arquitectos, maestros y ayudantes de obras, farmacéuticos, profesores de instrucción primaria, hombres, en fin, pertenecientes á toda clase de carreras del Estado, celosos y activos, capaces de desempeñar los más difíciles cometidos y de realizar toda suerte de empresas, de tal modo nos hemos cebado, con la lengua de la envidia los unos en la fama de los otros, que necesitamos de un servicio y no sabemos de quién echar mano. Este es ilustrado, pero perezoso; aquel activo, pero ignorante; otro apto, pero venal; un cuarto apático; otro díscolo; el de aquí ligero; el de allá inepto.

Por uno ó por otro concepto, todos tenemos tilde, que los murmuradores aprovechan siempre con oportunidad; y de ahí resulta que cuantos residen á nuestro lado, nos parecen pequeños, porque los miramos por la lente de disminución de su supuesto defecto, y cuantos viven lejos de nuestra tierra, mirados por el cristal amplificante de la natural benevolencia, asemejánsenos enormes gigantes.

Dase á este propósito, como por un efecto de espejismo, un resultado, que hemos podido tocar y que demuestra cuán deplorablemente obramos al hacer en

este sentido lo que hacemos. De tal modo, acomodándonos al medio social en que vivimos, por nuestra lengua mordaz empequeñecido, llegamos á convencernos de nuestras deficiencias, que, al salir de nuestra tierra algunos días, para vivir en otra sociedad que no es la nuestra, manifestamos sin inconveniente nuestra pequeñez, en la creencia de que cuanto nos rodea es grande.

A los jóvenes que han salido de aquí en busca de honrosas lides científicas puede preguntarse respecto de este interesante particular, y todos sin excepción dirán que marcharon en tal estado de ánimo que creyeron hallar Goliats por todas partes, convenciéndose bien pronto de que ni por nuestra educación, ni por nuestro nivel ordinario, ni por nuestra labor, ni por nada debemos ser excluidos de las luchas de la inteligencia en que se disputan puestos y honores. Procediéramos de otra manera, y no se daría el efecto que lamentamos. Tenemos los zaragozanos la triste condición de suponer que porque nuestros hijos han nacido en nuestro propio hogar, y se han criado á nuestro lado, y han vivido con nosotros, trabajando sin embargo asidua y honradamente por adquirir un orden determinado de conocimientos, no pueden llegar á valer nunca.

Conocemos algunos tipos muy acabados que vienen á demostrar nuestra afirmación. Háblase entre nosotros de un pintor eminente; se ponderan sus glorias; se aplauden sus cuadros y nuestros paisanos se extasían; pero llega el momento de saber quién es el hom-

bre que ha creado tales composiciones de universal fama y un examen genealógico viene á decirlo con pelos y señales.

Y preguntan á una cien lenguas.

—¿Quién es el héroe? ¿Fulanico? ¿El hijo de la tia Fulana? Pero ¡sí de chico no hizo cosa buena! Si fué toda su vida... Y con tal manera de argumentar no hay quien pueda convencer á los que así discurren de que, efectivamente, aquel niño que hace años era reprendido por sus travesuras y más tarde demostró genio, ha llegado á ser un hombre de provecho.

De igual manera que hay padres que inspirados por mal entendido cariño, suponen que sus hijos son verdaderas eminencias, hay otros que creen que por ser sus hijos no pueden llegar nunca á la posesión de una aptitud determinada. Nadie debe darse por aludido: podríamos citar padres que no han dejado que sus hijos abogados les dirijan un asunto; otros que no se han permitido consultar á sus hijos médicos sobre un dolor de cabeza y otros y otros. Es verdad que en muchas de estas ocasiones justifica la desconfianza el propio afecto, y que, por eso, aparece el recelo disculpable en cierto modo. Cuando éste no tiene disculpa y es criminal y merece toda clase de censuras es cuando, no representando fielmente la manera íntima de pensar de la persona que lo manifiesta, obedece á la envidia. Este, este es el recelo que debe fustigarse aquí, donde tanto cunde y tales estragos causa.

De tal manera ha llegado á enseñorearse y á tal extremo ha llevado su disolvente labor que, si hubiése-

mos de atenernos á lo que resulta de las declaraciones que los unos hacemos acerca de los otros, nos veríamos obligados á afirmar que aquí no hay un hombre que valga dos pesetas. Miren nuestros lectores por los ahumados cristales que la envidia ha logrado poner delante de nuestros ojos; vean cómo desfila ante la vista numerosa galería de nuestros hombres actuales y de todos, si han de hacerse eco de lo que sin rebozo alguno se dice, tendrán que murmurar. Hemos recurrido al manejo del lodo para conseguir ciertos fines, y no hemos reparado en que ciertas sustancias, lo mismo manchan la cara del que las recibe que la mano del que las arroja: resultamos, pues, al fin de esas luchas incomprensibles, que á nada más que al desprestigio de todos conducen, tan tildados y tan pequeños que, ¡digámoslo con pesar, éste va resultando el pueblo de Liliput!

En otro orden de ideas vése también á las claras el efecto de la envidia. Cuando se hace aquí en bien general algo bueno, no podemos acostumbrarnos á tolerar que sea el que lo ha hecho persona distinta de nosotros y, es claro; como tal manera de pensar empequeñece, no atreviéndonos con ese fundamento á combatir los actos que la inspiran, buscamos pretextos que oponer á concesiones y á mejoras. Un caso típico de esta clase de pasión aborrecible citaríamos con detalles, si no fuera porque tenemos formalísimo propósito de hablar de vicios sin nombrar personas. Diremos, sin embargo, que aquí se ha dado el caso de que dos personajes persiguieran á un mismo tiempo dis-

tintos fines por igual convenientes á nuestra ciudad; que por arte de fortuna ó por alguna otra circunstancia uno de ellos ha conseguido antes que el otro su propósito y que *el rezagado* que podía tener confianza en el éxito de su empresa, guiado por la preocupación de que no había sido el primero en conseguir, ideó desde entonces una larga serie de dificultades tan pequeñas, para el proyecto acariciado por el que desde entonces y por el solo hecho de la mejor fortuna consideraba su adversario, que no hubo más que pedir. ¡Mentira parece que el amor propio inspire tanto!

Consiguió al fin el personaje aludido cuanto pretendía y parece natural que desde entonces hubiera de puesto su actitud para el asunto correspondiente á su adversario: pero nada de esto; el escozor siguió todavía. Tratábase de dos obras importantes: en las dos tenía interés supremo nuestra ciudad, lo tenían también los personajes aludidos. Pues *el rezagado* no se permitió jamás no ya visitar ni preguntar siquiera por el estado de la correspondiente al que de tan fácil manera, sin intentarlo, había salido su adversario.

¿Para qué hemos de comentar?



## XIX

¿A qué otro vicio que al de la envidia obedece lo que en materia de explotación de empresas industriales y de comercio ocurre en Zaragoza? Cuantos lean este trabajo podrán si estudian lo que aquí pasa declarar que en Zaragoza el espíritu de asociación no es ni siquiera conocido: los ensayos que se han hecho del mismo para apreciar sus ventajas, han resultado estériles y contraproducentes. Quince años han transcurrido desde que, con el fin de enseñar al pueblo, mejor que con el de lucrar, unas cuantas personas ilustradas y serias establecieron en Zaragoza, después de grandes esfuerzos, una sociedad cooperativa que pudo servir de norma por la nobleza de sus propósitos, la bondad de sus ideales y la corrección de sus procedimientos á otros pueblos y otras sociedades. Pues, efectivamente, la "cooperativa," vivió ocho ó diez meses con vida lánguida y murió á manos de sus mismos fundadores.

En cualquiera de las poblaciones de España se forman diariamente sociedades de explotación de industrias, que viven y prosperan: sobre todo las que parten de la base de la existencia de un socio industrial,

inteligente y de otro capitalista. Aquí de cuando en cuando aparece sobre el rótulo de alguna nueva tienda una razón social que dice: "Fulano, Zutano y compañía;," estos señores, mediante un gran trabajo y un buen deseo, logran al cabo de algún tiempo cubrir el presupuesto de sus gastos y aun distribuir entre sí dividendos; y cuando éstos debían animar la actividad de todos los socios de la comanditaria en obsequio al bien general, hé aquí que surge la envidia, recelosa porque cualquiera de los socios progresa más y ahorra más y vive mejor con el mismo dinero, é inspira la falsa idea de conseguir para cada uno lo que todos juntos disfrutaban, provocando *ipso facto* el rompimiento de la sociedad, bajo cualquier pretexto ó cualquier medio. Repetimos una vez más que nadie debe darse por aludido: la historia es general, pero cierta, positiva, evidentísima. Hace muchos años que desde el sitio que ocupamos vemos nacer sociedades mercantiles, que logran encauzar sus negocios, haciéndolos prósperos y que en el momento en que tal consiguen se disuelven al soplo malicioso de la envidia, con verdadero pesar de los que aprecian lo que tal proceder significa.

Las luchas de la envidia han dado lugar en Zaragoza á los más deplorables espectáculos y á las más irreparables caídas. El dependiente de una acreditada casa comercial, que ha visto con sorpresa que en la "Caja," de su principal ingresan diariamente grandes sumas, ha comenzado por suponer que éstas eran en gran parte debidas á su laboriosidad y á su genio; y haciendo *de*



*un diablo dos*, que suele decirse, ha conseguido establecer análoga industria ó igual comercio precisamente enfrente ó á la izquierda ó á la derecha del sitio ocupado por el que hasta entonces fué su protector; considerando al hacerlo reducir en parte los ingresos de aquél, porque siempre hay en este mundo descontentos y amantes de lo nuevo, y logrando al fin una caída de fatales consecuencias. ¿Se quiere decir que este es mal de todas partes y no de Zaragoza solamente? Reconoceremos de buen grado que el vicio es general; pero diremos y probaremos que en pocas poblaciones como en Zaragoza ha llegado á arraigar y á manifestarse.

Sí, sí: aquí no se cuenta apenas más que treinta ó cuarenta sociedades comanditarias que tengan vida y seguridad propias; y las que hay, están en su mayoría constituídas ó por gentes extrañas á la provincia ó por individuos extraños al país. Casi no conocemos tres docenas de zaragozanos que hayan de buena fe entrado en la empresa de la explotación de un negocio y hayan coronado esa empresa. El mutuo recelo malogra aquí toda tentativa. Esa condición y la del amor al céntimo, hacen imposible entre nuestros paisanos la constitución de sociedades en las cuales figuren socios industriales y capitalistas. El capital recela de la inteligencia: la inteligencia recela del capital: y de este modo se hace imposible toda innovación; porque los capitalistas, que disponen de medios propios de vida, consideran que no tienen por qué guardar consideración alguna á la inteligencia, y ésta, que no ve en el capital más que un falso amigo, que solo busca el tan-

to por ciento, se atiende á sus conveniencias, prescindiendo de toda otra consideración.

Los hechos se repiten con frecuencia: tienen dos partes iguales, siempre repetidas.

En Agosto, ó en Marzo, ó en Abril de un año cualquiera, todas las personas visibles de Zaragoza, reciben una carta circular impresa, concebida en los siguientes ó parecidos términos:

“Zaragoza..... de..... de 18...—Sr. D..... Muy señor nuestro de toda consideración: Convencidos de que en esta capital es de imprescindible necesidad é inequívoca conveniencia la explotación de los melocotones frescos, que bien dispuestos pueden ser trasladados á los mercados de más crédito de Europa; impresionados tristemente al ver que nadie hasta hoy intentó provocar tan útil comercio, hemos decidido constituir una sociedad comanditaria que se encargará de conducir aquel exquisito fruto á los mercados de París, Londres, Berlin y Roma, y que está llamada á prestar al país los servicios más eminentes. Aquí, bien lo sabe usted, los melocotones, fruto sabrosísimo, alcanzan muy bajos precios; en el extranjero valdrán más que la plata misma y casi tanto como el oro: esta consideración es la que nos ha movido á asociarnos y ésta es la que nos mueve á dirigirnos á V., en la seguridad de que mirando con buenos ojos nuestra patriótica empresa, ha de ayudarnos en una explotación, que es hoy difícil por lo mismo que es nueva; pero que una vez alcanzada ha de producir grandes ventajas á la comarca que nos vio nacer.

Suplicamos á V. que tome buena nota de nuestras firmas, al pie escritas y nos ofrecemos con toda consideración, suyos afectísimos seguros servidores,—Fulano, Zutano y compañía.,”

Fulano: firmará.

Zutano: firmará.

Compañía firmará.

Con motivo del anterior escrito caen las gentes en la cuenta de que efectivamente es de gran conveniencia la exportación de los melocotones; el que más y el que menos, atento á la consigna, recomienda á todas sus relaciones la importancia del negocio y cuando el entusiasmo llega á su apogeo y la empresa marcha viento en popa, los señores “Fulano, Zutano y Compañía.,” dirigen á sus relacionados otra carta que *plus minusve* dice:

“Sr. D.....—Muy señor nuestro: Las múltiples atenciones que pesan sobre los señores Zutano y Compañía y la pérdida irreparable de su esposa (q. e. p. d.) y de su padre político (q. g. h.) experimentadas por el primero de dichos señores, han dado lugar á la disolución de la casa “Fulano, Zutano y Compañía.,” y á la constitución inmediata de otra que girará bajo la razón social de “Fulano.,” y continuará las operaciones de la empresa anterior con igual celo y actividad que hasta hoy ha demostrado la empresa primera.

Deseando que tome buena nota de la firma al pie y en espera de sus órdenes reitérase suyo afemo. seguro servidor, q. b. s. m.,—Fulano.,”

Fulano firmará..... Fulano.

Esta es la eterna historia que apenas si tiene variantes leves.

Una de ellas es la que expresa un documento parecido al que sigue:

“Zaragoza..... de..... de 18...—Sr. D.....—Muy señor mío: Después de haber servido veinte años en calidad de dependiente y persona de confianza de la casa, en el acreditado comercio de D. P. J., agradecido á los servicios que allí se me han dispensado y en mi natural propósito de demostrar que me basto y me sobro, al objeto además de manifestar que soy hombre agradecido y que no me separo ni en un ápice del comercio á que me dediqué, he decidido establecer de mi cuenta y riesgo, al lado precisamente de la casa de mi antiguo principal, un establecimiento igual al suyo, donde daré al público los géneros más baratos por el afán que tengo de vender y de que se vea que trabajo. Mi lema es vender mucho para ganar poco. Por consiguiente aquí, en mi casa, y no en la de mi amado ex-principal, á quien debo muchas consideraciones y respetos que fuera del negocio le tributo, debe usted venir si quiere saber lo que es comercio.

De usted afectísimo.,,

Si no en la forma en el fondo eso dicen todos los dependientes que reniegan de sus antiguos principales. Y aquí ¡son ya tantos los que reniegan!



En materia de religión hemos dado aquí una de esas vueltas que no tienen nombre. No hay quien nos quite del labio la fervorosa devoción que dedicamos á nuestra excelsa patrona la Virgen del Pilar; pero sentimos el menor contratiempo, y ponemos el grito en el cielo; experimentamos la menor desgracia, y renegamos de tierra y santos; ante la menor contrariedad, blasfemamos de todo. Ello, por supuesto, sin perjuicio de seguir rindiendo culto admirable á la Virgen del Pilar. Es este uno de esos contrastes que cuantos viven entre nosotros ó nos han visitado conocen: oímos hablar mal de todos los héroes de la corte celestial, del Supremo Hacedor y permanecemos tranquilos: se permite dudar cualquiera, siquier salve la forma, de la venida de la Virgen del Pilar en carne mortal á Zaragoza y, si se descuida lo abrimos *santamente* en canal. Ello, prescindiendo, de que ya hay aragoneses que oyen decir majaderías ó blasfemias de la Virgen del Pilar sin preocuparse un punto de semejante cosa.

Para nosotros tal resultado es deplorabilísimo. Comprendemos, por más que no disculpemos al ateo ilustrado: ni disculpamos ni concebimos al ateo ignorante,

inconsciente, estúpido que no sabe lo que afirma, ni lo que niega; que ofende á Dios de palabra por sistema, que blasfema por costumbre, que desatina por el deseo de contraer ficticios méritos; que, en una palabra, habla de moral y de religión como podía hablar de mercancías y de negocios. Nos inspiran repugnancia esos bajos enemigos de las religiones positivas, que sin saber lo que es religión, sin reparar en nada más sino en que los santos no se quejan cuando se reniega de su nombre, hablan y hablan, sin ton ni son, causando su propio descrédito y procurando infundir dudas en el ánimo de los creyentes.

Aquí, en Aragón, lo declaramos lealmente: en las masas ha habido siempre fe; y en las personas sabias que por uno ú otro concepto, más ó menos disculpable, han llegado á dudar de algo, prudencia bastante para encerrarse dentro de un silencio saludable que ocultando el propio pensamiento no ha llevado á los demás la desconfianza y el recelo. Hoy se miente mucho en este sentido y hay quien practica la religión por rutina y quien verifica actos externos del culto por hipocresía ó por miedo.

Así sucede que relajadas las creencias, en lo que se relaciona con principios fundamentales, nuestra sociedad más numerosa, la que forma la llamada clasé baja es una verdadera calamidad con muy ligeras excepciones.

Nuestros labriegos, nuestros artesanos, nuestros obreros, dudando de cuanto para sus mayores constituía artículo de fe, preocupanse del antiguo *edamus et*

*bibamus cras enim moriemus*, y prescinden en absoluto de la familia que forman. Cuantos lean este escrito, recordarán algún ejemplo de familias cuyos jefes dan á este propósito los ejemplos más deplorables. Cásase con el santo fin de constituir familia una mujer honrada de las de nuestro pueblo, y se convence al cabo de algunos días de que el hombre que eligió por compañero, se preocupa más que de las necesidades de su nueva casa, del buen trato personal suyo: con un jornal mezquino, el marido quiere gastar en vicios propios cantidad respetable; comer bien, beber mejor y dedicar, en fin, á su persona un presupuesto que significa numéricamente bastante más de lo que es y lo que significa la suma de sus jornales diarios.

Por eso ocurre que la mujer de nuestro pueblo se extingue con pasmosa rapidez. Los médicos forenses, que por razón de su cargo vense muchas veces obligados, en virtud de mandato judicial á declarar la edad de las personas, tropiezan pocas veces con obstáculos tan serios como el que representa el decir cuántos años tiene una de las mujeres del pueblo de esta provincia. Por su actitud, por su cara, por su expresión general, las mujeres de este país que cuentan veintiocho ó treinta años, aparecen tener cincuenta; tal es su situación y tan triste su *facies*. ¿A qué obedece la vejez prematura? Pues sencillamente, á que la mujer de nuestro pueblo que se casa, obligada por las costumbres y los vicios que tiene, y las privaciones de todo género que le impone, su marido, además de atender á los asiduos deberes de la maternidad, que siem-

pre le da imprescindible y aniquilador entretenimiento, representado por la gestación, el parto, el puerpério y la lactancia, si es honrada y cuida del honor y el bienestar de sus hijos, no tiene más remedio que atender en lo posible á las necesidades de todo género que ellos presentan, y dedicar, después, el rato que pudieran conceder al ocio y el descanso, á allegar mediante ímprobo trabajo, algún recurso más que permita compensar dentro de los ejercicios domésticos con el nuevo ingreso, lo que el jefe de la familia gasta en vicios ó en redundancias. Nos tachará alguno de exagerados porque así hablamos; pero la tacha no será fundada ni menos imparcial; hemos estudiado con todo detenimiento la familia que podríamos llamar *del pueblo*, de este país y hemos llegado á conocerla á fondo. Su gestión no puede ser más desordenada: trabaja su jefe por conseguir un jornal mezquino que malgasta en su mayor parte: afánase la mujer cuando es honrada en allegar recursos con que suplir los defectos de su marido y los hijos pueblan constantemente plazas y calles, hasta llegar á determinada edad.

Compárese esto con lo que ocurre, por ejemplo, en Barcelona, donde el obrero que trabaja todo el día y entrega á su mujer el producto total de su labor, apenas si se permite tomar un café, en familia, los domingos, y la mujer busca en la costura, el lavado ó la plancha un presupuesto adicional de ingresos, y los hijos de ocho á diez años allegan recursos, mediante la ganancia que les proporciona la venta de fósforos, de flores, la apertura de las puertas de un café ú otra



ocupación análoga, correcta y decente; y se verá si hay diferencia entre una y otra familia. ¿Faltan á Zaragoza recursos para que sus familias imiten total ó parcialmente á la familia catalana? De ninguna manera: por el contrario sobran.

La responsabilidad del desorden que lamentamos corresponde por eso á nuestra soberbia ó á nuestra desidia. Soberbios son los que, considerando que sus hijos se denigran desempeñando ciertas funciones, no quieren dedicarlos á su desempeño; desidiosos los que, sin considerar que el trabajo es la primera de las virtudes, y que el hombre lleva mucho adelantado cuando tiene adquirida la costumbre de trabajar, no se cuidan de infundir semejante afición á los pequeñuelos en los cuales engendra la holganza tales inclinaciones á la inercia, que cuando el niño crece no hay manera de vencerlas.

¿Qué costumbres tenemos aquí en el sentido de la educación? Ninguna, y por eso resulta que el que llega á ser bueno lo es por condición natural, no por efecto de la educación y el ejemplo. Así resulta que la vagancia va constituyendo en este pobre Aragón uno de los vicios más arraigados y más difíciles de curar. Apenas hay por ahí pueblo ó ciudad donde los vagos no alcancen la cifra de un tanto por ciento de moradores muy respetable.



## XXI

Hace muchos años un periódico madrileño muy acreditado y de gran circulación, *La Época*, dividía á los españoles en dos grandes bandos: uno, constituido por los que trabajan, estaba, al decir del ilustrado diario, compuesto por las abejas humanas; otro, formado por los vagos, que aquel llamaba *zánganos* sociales. Con efecto, el tipo de los últimos es sobrado conocido para que todos podamos darnos cuenta de su existencia. Teniendo ó sin tener medio honroso de vivir, que de todo hay, existen en nuestra sociedad unos cuantos hombres que desde su nacimiento á su muerte, no realizan cosa de provecho. Suelen ser los primeros herederos de casas holgadas, y vienen á la vida de la razón con el egoísta convencimiento de que no tienen que hacer durante su existencia cosa alguna: trabajó por ellos su padre; gracias á ese trabajo pueden disfrutar posición desahogada y se ocupan solamente en ver de sacar partido del mundo, sin que éste saque de ellos un ardite.

Ignorantes porque no se han tomado el trabajo de estudiar una sola cuestión: osados porque consideran que su capital les autoriza á todo; egoístas hasta la

saciedad, ni de nada ni de nadie se preocupan: viven la vida de la materia, mejor que la del espíritu; no ambicionan otra cosa que el goce personal y pasan por el mundo sin dejar huella de su paso. Los segundos, los que desheredados por la fortuna, recorren, sin embargo, la cómoda carrera del *zángano*, comienzan por vivir á costa de los propios y concluyen viviendo á costa de los extraños. Este es un joven que comenzó á estudiar el bachillerato y fué despedido del Instituto por travieso; se preparó para ingresar en las academias militares y fué reprobado por tres puntos cuando ya había trascurrido el tiempo de su ingreso; aspiró más tarde á ser arquitecto y se quedó en la carrera de maestro de obras, y no quiso luego tomar el título porque la profesión, sobre todo en sus manos, ofrecía muy poco; concluyó después por casarse y tomó por oficio el casamiento, encargando humildemente su manutención á los bienes de la mujer, por tales títulos conseguida.

El otro fué siempre "hijo de su padre," el hijo de D. Fulano le llaman á los quince, á los treinta, á los cuarenta y cinco y á los sesenta años: jamás llegó á moverse por sí y es la ineptitud misma: sin su padre ni á "zángano," llegaría. En fin el de más allá vive vida de marqués teniendo bienes de jornalero: disfrutó de amigos en la primera edad; los tuvo también en la edad adulta y los logra asimismo en la vejez. La amistad es su colmena.

El primero y el segundo tipo habitan de ordinario en pueblos pequeños, donde la rutina contribuye mu-

cho á su existencia: el tercero vive en las grandes poblaciones, donde siempre hay incautos que explotar.

Por eso, regístrese el aspecto general que ofrecen los pueblos y se verá que obedecen á la existencia de esos órdenes de vividores. La mayor parte de las poblaciones de escaso vecindario se consume lentamente en la ectiquez más visible: los hombres que en ellas nacen y valen algo, las abandonan; los que por necesidad y por virtud trabajan, no pueden cubrir, aun trabajando mucho, sus atenciones más imperiosas; y los que quedan desempeñando el papel de "zánganos," ocúpanse tan sólo en sacar toda la miel posible á la colmena social, sin preocuparse ni de las amarguras de los demás, ni de las conveniencias comunales.

Como si ellos fueran los últimos explotadores de una fuente de riqueza que se agota; cuál si en su vida perezosa estuviese resumida la vida de los demás, conservan una sola actividad: la que representa el empleo de los procedimientos que ya sus mayores habían planteado para cobrar al cabo del año el importe del arriendo ó el interés del préstamo. Se ve que cae una casa; se la deja caer, ó se la apuntala á lo sumo: se observa que se pierde una industria; ni se preocupan siquiera de buscar los orígenes de la pérdida. Todo está reducido á almacenar en Agosto tales ó cuales cahices de trigo; en Octubre tantos ó cuantos alqueces de vino, y en Diciembre tantas arrobas de aceite, que la misma persona lleva anualmente á la casa, valiéndose quizá de los mismos vehículos y de las mismas vasijas. Fuera de esto nada.

Recorre las inmediaciones de uno cualquiera de nuestros pueblos una persona inteligente, y estudiando su topografía, enseguida plantea el plan de una mejora.

“Elevando, dice, por ejemplo, desde tal parte, el agua de la acequia B. á tantos metros de altura, obtendriase con mucha facilidad el riego de estas hectáreas de terreno hoy incultas y eriales.” Y propone enseguida la instalación de una noria movida por la fuerza misma del agua, sin más gastos que los de compra y entretenimiento. El aparato puede cuadruplicar una fortuna. Pero es el caso que los terrenos son propiedad del hijo de D. Fulano, que no quiere introducir variante alguna en las fincas que le dejó su difunto padre, y noria y canjilones son despreciados, cual si enemigos del propio florecimiento fuesen. Vaya el lector con razonamientos á D. Fulano de Tal, mayorazgo de una antigua casa, que ingresa al año cincuenta ó sesenta mil pesetas y gasta en igual tiempo dos ó tres mil duros: es fama que acumula onza sobre onza y que por sí solo podría realizar la empresa de más coste. El pueblo donde vive se presta á una industria de rendimientos positivos: no hace falta más que un genio que la plantee y un bolsillo que costee sus primeros gastos. Pues todas las explicaciones verbales y numéricas empleadas para convencer á D. Fulano de Tal resultan perfectamente estériles: convéncese de que con efecto la comarca se presta á la industria; de que los rendimientos de esta son, según todas las probabilidades del cálculo humano, seguros; pero como en el pueblo no

se ha conocido semejante invención no debe intentarse la prueba.

He ahí dos patrones con arreglo á los que están cortados todos ó la mayor parte de los "zánganos," de lugar, que se levantan con el alba, dan una vuelta por el monte en busca de una pieza de caza; vuelven á su domicilio y comen; pasan luego la tarde en un café entretenidos en matar el tiempo con las cartas de una baraja; dejan, tarde ya, el asiento para salir á dar por las calles del pueblo insulsa vuelta, y comen luego la frugal cena y van á dormir para esperar el mañana y hacer durante sus horas iguales ó análogas operaciones. Así pasan los meses y los años: al fin de su vida han hecho por sí mismos lo imprescindible; por los demás absolutamente nada.

El zángano de las grandes poblaciones es el moderno *sablista* más ó menos encubierto. Desde los dieciocho años se dedica á buscar jóvenes bien acomodados y presumidos que quieren jugar el billar ó el tresillo y á los cuales hace pagar bien caro el aprendizaje de ambos juegos. Después cambia de medio, pero de procedimientos no: para las gentes rumbosas é inexpertas que están en los días de tirar el dinero, desempeña el papel de perdiguero; los encuentra á escape. En ocasiones llega á explotar hasta la figura.

Y lo mismo los unos que los otros, son bien recibidos en la sociedad y hasta disculpados por sus convecinos. Hemos conocido tipos de esos que no han hecho nada bueno en su vida; que no se han metido tampoco con nadie, por lo mismo que no querían hacer, y cuan-

do, por apreciar cuál era el juicio que su egoismo merecía á la sociedad, hemos preguntado á algunos por el concepto que tales tipos les habían inspirado, se nos ha dicho casi siempre:

—D. Fulano ¡más bueno que el pan! ¡Sí; no se mete con nadie!

Vaya, á pesar de esa afirmación, el lector á enterarse de cuál es el proceder que D. Fulano sigue de ordinario con sus convecinos, y se le dirá poco más ó menos que sabe subir anualmente los alquileres de sus fincas; que á nadie presta un ochavo, ni aun á subido interés, que vive la vida del célibe libertino y otras cosas por el estilo.

Un tipo de “zángano,” aprovechado.

El del señor D. Fulano de Tal, dueño de la casa, número tantos, de la calle de..... Tuvo un año sin arrendar la tienda del centro y la arrendó al fin á un comerciante de ultramarinos. Al principio nadie entraba en el desconocido establecimiento; pero luego, gracias al celo y á la laboriosidad del arrendatario, la tienda se ve concurrida y su dueño empieza á ahorrar algunos cuartos. Cátate á D. Fulano de Tal, estudiando la manera de decir por Navidad á su arrendatario que desde primeros del año próximo vale la tienda cincuenta duros más.

D. Fulano piensa buenamente que toda la prosperidad alcanzada por el comerciante de ultramarinos don Zutano, es debida al sitio que ocupa el establecimiento; no puede suponer, porque no le cabe en su cabeza metálica, que el sitio deba la concurrencia á la labo-

riosidad del industrial; y á partir de ese supuesto se cree con perfecto derecho á exigir anualmente á su víctima una nueva tributación en concepto de arriendo de locales. La víctima cede el primer año y quizá el segundo porque cree que le conviene más ceder que decidirse por un traslado siempre costoso; pero llega un día en que las exigencias superan á lo tolerable, y como D. Fulano quiere seguir subiendo, D. Zutano se decide á abandonar su puesto. Con lo cual el primero se queda sin inquilino y el segundo ve mermadas sus ventas por razones varias.

Es copia fiel de una historia que ha alcanzado en nuestro país miles de millones de ediciones prácticas.





## XXII

Si hoy por hoy se preguntara á uno cualquiera de los zaragozanos por las costumbres propias de este país, no habría quien contestara categóricamente. Aquí no quedan costumbres típicas, de esas que constituyen la tradición popular y llevan de abuelos á nietos y de padres á hijos recuerdos y sentimientos. Como no rendimos culto á los actos heroicos de nuestros antepasados, y nos importa un comino lo que ha ocurrido, y un bledo lo que ha de ocurrir, ni siquiera hemos creado la costumbre del festejo patriótico, que tiene siempre el atractivo de un día de bullicio. Gigantes y cabezudos de cuando en cuando, los roscones del día de San Valero y de San Blas, en los dos primeros meses del año; un carnaval anodino; un Cinco de Marzo de campo; un San Juan y un San Pedro vulgares; unas fiestas del Pilar monótonas y rutinarias; navidades frías y sosas. Eso en cuanto á solemnidades regionales.

En otro orden, vase perdiendo el culto cortés y galante que aquí se ha tributado á la mujer; se pierde también la histórica consideración al viejo; son frecuentes los desheredamientos, prohibidos aquí por fuero y por costumbre y frecuentísima la ingratitud de los

hijos para con los padres. Por eso la mujer aragonesa ha perdido algo de su antigua majestad; el anciano es en muchas casas un objeto, mejor que una figura veneranda; piérdese la unidad tradicional de nuestra antigua familia y son muchos los padres que desconfiados de sus hijos, sólo á su muerte entregan á éstos el gobierno de los intereses que poseen.

No se dan por otra parte aquí hábitos cívicos; no hace muchos meses leímos con pena y con envidia al mismo tiempo, en un periódico que ve la luz en provincia cercana á la nuestra, que un señor X. X., persona acomodada, para solemnizar una fiesta de familia, había determinado pagar el importe de diez títulos de bachiller en Artes, que habían de ser otorgados á los alumnos del Instituto correspondiente, más pobres y aplicados. Aquí no se dan esos rasgos, y cuando hay alguno, ni por la delicadeza de sus detalles, ni por sus fines pueden ser comparados al que apuntamos. Otro aragonés no zaragozano, que reside en Madrid, costea los gastos de carrera literaria á veinte paisanos suyos: ¿hay por ahí algún zaragozano que haya hecho cosa igual?

No hace muchos años vivía en Zaragoza un ricachón del cual no podía decirse que fuera tacaño ni mucho menos espléndido. Mientras se le veía vestir humildemente, comer mal, andar constantemente á pie aunque sus rentas le permitían sostener diez carruajes, echar á su bolsillo y guardar cuidadosamente los terrones de azúcar sobrantes del café diario y hasta recoger las cajas vacías de cerillas, se sabía de él que un día había

sabido gastar tres mil duros en una cama inglesa <sup>(1)</sup> y una buena porción de dinero en hacer experimentos reproductivos sobre la fuerza explosiva de la dinamita <sup>(2)</sup> y respetable suma en linternas eléctricas.

Sabiase además que no tenía afición alguna al dinero, porque más de una vez se había visto que lo despreciaba; vió un día triste á un muchacho porque le había tocado la suerte de soldado y tenía que abandonar á su familia, y le puso en el bolsillo la licencia, absoluta, generosamente comprada: <sup>(3)</sup> tenía, en fin rasgos de pródigo y detalles de miserable; pero no hizo en su vida nada, absolutamente nada, que indicase preocupación ó interés por el país que le había visto nacer y que tan bien le había tratado. Pudo volver por su propia iniciativa nuestra ciudad y aún nuestra provincia de arriba á abajo, y no se le ocurrió ni que podía ser útil á nadie. Murió olvidado y oscuro, demostrando que es inútil esperar hombres patriotas espontáneos, cuando el ejemplo y la educación no los forman.

Quisiéramos que Zaragoza llegara á convencerse de la gran verdad que encierra la siguiente pregunta: Si no educamos á nuestros hijos en el amor común, en el interés por la patria; si además cuando, por instinto, ó por temperamento, ó por naturaleza ó por vocación, surge de nuestro seno un patriota, que trata de conseguir el mejoramiento moral y material de su pueblo

(1) Histórico.

(2) Histórico.

(3) También histórico.

le censuramos, le injuriamos, le calumniamos y le silbamos, recibiendo sus favores con el denigrante ¡que baile!; si, en fin, cuando se ha visto y se ha tocado la mejora, que es generalmente reconocida y apreciada, no queremos, influidos por el amor propio, ni reconocer la bondad del servicio prestado, ni las dotes indudables y el derecho al aprecio público del que lo prestó, ¿qué podemos esperar aquí, aquí donde el presente significa la diatriba y el insulto y el porvenir el abandono más completo?

Pueblo que procediera de distinta manera que procede el nuestro tendría derecho á exigir: podría dirigirse á las personas importantes y de posición y hacerles entender que la gratitud popular representa tanto como la inmortalidad relativa que el cariño de las gentes puede otorgar á los hombres ilustres; podría pedir á todos sacrificios ya que él pagaba con lo único que tiene: la gratitud y el recuerdo. Oramos bajo el influjo de la envidia ó el de la indiferencia; y ricos y pobres, grandes y pequeños, ilustrados é ignorantes, somos por igual responsables del resultado por todos sentido. Discúlpase el rico cuando se le pregunta sobre estas cosas, con el pobre, del cual dice que tiene perversidad innata de corazón; discúlpase el pobre con las obras del rico, al cual considera siempre como explotador insoportable: el grande acusa al pequeño de ingrato y desleal; el pequeño quéjase del grande porque le considera tacaño y avaro; el ilustrado, no disculpa las ofensas del ignorante; éste achaca su ignorancia á aquél: y con estas reconvenciones mutuas y

estos odios casi de raza, pasan los años; cada cual se ocupa en la defensa propia que hacen en cierto modo necesaria las mutuas animadversiones, y nadie se cuida de la madre patria, olvidada por los afanes que engendran tantos recelos. Ese es el secreto del mal que lamentamos. Para la creación de costumbres populares es necesario el concurso general; sin éste son aquéllas imposibles: ¿qué costumbres hemos por eso de formar aquí donde cada cual cuida su persona y cuenta con el dinero que lleva en el bolsillo de su chaleco?

Debiendo vivir la vida social, vivimos la vida individual, y por eso somos lo que somos. Aspiramos, no á intimar relaciones con el vecino, si que á aislarnos de él, en lo posible, rindiendo hasta cierto punto culto al adulterado refrán que dice: *al prójimo contra una esquina*. Y no hay que darle vueltas: el hombre modifica el ejercicio de sus derechos, en bien de los derechos de los demás; modera sus instintos porque ellos son contradictorios á los instintos de sus semejantes; refrena sus pasiones por igual concepto; refrena sus apetitos porque la educación le hace conocer que hay que conceder algo á los apetitos de los demás hombres. Aislémonos, pues, y cada cual dejará rienda suelta á sus inclinaciones, de todo género, y volveremos al hombre primitivo.

El hombre social tiene que cumplir los deberes de la sociedad, encarnados principalmente en la satisfacción de las necesidades comunales: para que la comunidad inspire simpatías, cariño é interés, no solamente es preciso que aquélla exista sí que preste servicios:

desde el momento en que no hay aspiraciones al bien-estar común, todos los sentimientos patrióticos se extinguen y todas las costumbres basadas en tales sentimientos desaparecen. Dispense el lector si le decimos que, á nuestro juicio, á fuerza de las molestias que nuestros compatriotas contemporáneos se han ocasionado mutuamente, bórrase aquí el interés por la comunidad y crece con rápido crecimiento el interés egoísta por la individualidad. En vez de aspirar al perfeccionamiento de ese todo social que hemos formado, cuantos llegamos á nacer en un mismo suelo y fuimos bautizados en la misma pila, aspiramos á la negación práctica de la vida social y atendemos, casi exclusivamente, á las ventajas de la vida individual, que tiene todos los inconvenientes de la soledad, pero que en cambio no expone á las amarguras ocasionadas por las constantes asechanzas de una compañía desleal.

¡Triste verdad, pero verdad de á folio!



### XXIII

Uno de los males que aquí sentimos con mayor intensidad es la *apatía* que se manifiesta en todas las clases y en todas las esferas. No somos como los cubanos y los filipinos aficionados á reclinar el cuerpo sobre una hamaca, dejando que nos abanique el negro ó el indio, al cual encomiendan aquellos hasta la sencillísima operación de encender el cigarro; no somos indolentes; pero somos refinadamente apáticos: tenemos irresistible tendencia á matar el tiempo en cualquiera frivolidad, y nuestro mayor enemigo es nuestro “*mañana*”, que lo aplaza todo y nada al fin resuelve, como no sea de prisa y mal. Casi todas nuestras empresas han sido malogradas por esa deplorable condición que nos inclina á utilizar con más gusto lo malo, si no exige actividad para alcanzarlo, que lo bueno si su adquisición representa un pequeño esfuerzo. Sólo una apremiante necesidad nos lleva al “*hoy*”, activo, sacándonos del “*mañana*”, eterno é inerte. Por eso llegamos tarde á todas partes, y cuando se trata de pedir, pedimos á deshora.

¿Hemos de preparar una solemnidad cualquiera? Dos días antes de que ésta se celebre comienza su dis-

posición y después de haber perdido un tiempo precioso, corremos y corremos para no llegar á tiempo. Hay cosas que se repiten en ésta como en otras poblaciones todos los años y que por eso parece que debían fácilmente prepararse con tiempo. ¡Ni por esas! Siempre damos el programa de las fiestas del Pilar el día anterior al en que comienzan los festejos; ¡siempre se arregla, por ejemplo, la Casa Lonja el mismo día en que ha de verificarse bajo sus anchas naves la distribución de premios á los niños que concurren á las escuelas municipales! Se acuerda una recepción y generalmente decoramos las escaleras y salones de la casa en que ha de tener lugar, al mismo tiempo que se presenta la comitiva que ha de ser recibida, y obsequiamos á los individuos que la forman con los martillazos destinados á fijar alfombras y macetas. Es tan notable el carácter que apuntamos que podría decirse que forma parte de nuestro temperamento regional: por diversos caminos vamos siempre al mismo resultado.

Nómbrese una comisión que estudie un asunto, para resolver el cual hay seis meses de tiempo. Lo primero que se le ocurre á la persona que recibe el encargo de citar, es que ciento ochenta días son muchos días, y sin reflexionar sobre que el asunto es importante y puede tropezar en su desenvolvimiento con dificultades serias, aplaza cuanto se le ocurre la convocatoria de la comisión. ¡Hay tiempo! dice; y pasa el primer mes y nada se hace. Congréganse al fin los comisionados y se enteran de su cometido; pero hay cinco meses



de tiempo; no ha asistido á la primera sesión X. X., que es muy susceptible y pudiera ofenderse si se tomaba acuerdo, ó es muy instruído y ha de dar grandes luces al asunto, y después de los saludos de ordenanza y de decir si la cuestión tiene este ó el otro carácter y da ó no lugar á murmuraciones, se decide que el presidente cite para otro día. Se pierde hasta la nueva cita medio mes.

Reúñese la comisión pasado ese tiempo; se plantea el asunto si ya han asistido todos los vocales, y por regla general nómbrase una ponencia que informe. Esta que es la más inteligente en la cuestión que se ventila, ó la más activa, estudia el asunto con rapidez y propone con fundamento. Ocho ó diez días después de firmarse el dictamen, el presidente convoca otra vez. Reunida la junta se trata la cuestión bajo todos los aspectos conocidos, sean pertinentes ó impertinentes: se pasan horas; se levanta la sesión. No puede tener lugar nueva reunión al día siguiente, porque don X. X. tiene una ocupación imprescindible; ni dos días después, porque D. Z. Z. ha de ir á esperar á su señora que regresa de baños. Se acuerda la reunión para el sábado siguiente, y llega ésta y diez minutos después de la hora de la cita, se sabe que D. V. V. que había quedado en el uso de la palabra en la sesión anterior, y había expuesto, después de exponer otras cosas, que todavía le quedaba mucho dentro del cuerpo, no puede venir. Nueva espera, nueva convocatoria; otra sesión sin resultados y otra y veinte. Los seis meses espiran: dentro de dos ó tres días se pasa el plazo; la

cosa urge: reunión por la mañana y por la tarde y por la noche: volantes y cartas y B. L. M. á discreción, todas con la palabra "urgente," en el sobre. ¡Ya no faltan más que horas! Y esta solución es difícil y la otra costosa y la de más allá, dada á contingencias; pero apremia la cosa: es imposible dejar de acordar y ¡al fin! se acuerda; ó se decide que no procede acordar. ¿Se trata de un plazo perentorio? Pues pasó mientras nosotros dábamos tiempo al tiempo. ¿Se trataba de conseguir algo que afectaba á intereses opuestos? Pues nuestro adversario nos tomó la delantera: hemos discutido ampliamente y hemos hecho al fin lo de "*Casca ciruelas.*" ¡Historia, eterna historia de este país que se ríe del adagio *el tiempo es oro*, y no concede importancia, ni á la oportunidad ni á la primacía!

Cuando reflexionamos sobre esta condición y comprendemos toda la extensión que ha alcanzado el defecto que representa, casi llegamos á desconfiar de que Zaragoza, sacudiendo su apatía, llegue en plazo más ó menos remoto á abandonar sus actuales rutinarios procedimientos. Recordamos que hemos recibido aquí á las tropas que regresaban de Africa, cuando aun se engalanaban nuestras calles y plazas en su obsequio y agasajo; que hemos recibido á reyes y personajes, y que se disponía su dormitorio al propio tiempo que pisaban los umbrales de la casa en que habían de alojarse; que hemos inaugurado exposiciones sin haber concluído, como ocurrió en la del 68, el edificio que había de ocupar, ó sin haber dispuesto instalaciones, como aconteció en la de 1885; que hemos querido ado-

quinar, por ejemplo, la calle del Coso, por vez primera, para una fecha determinada, y que aun abusando de las hachas de viento y del trabajo nocturno, hemos concluído mal y tarde; que hemos por apatía retardado la explotación de fuentes de riqueza, el establecimiento de servicios, la apertura de centros, la realización de mejoras, el remedio de males, la satisfacción de necesidades rurales y urbanas, cuanto, en una palabra, es susceptible de aplazamientos y de retardos; recordamos que han podido malograrse y se han malogrado aquí empresas de monta por esa apatía, y nuestro entusiasmo por este país y la esperanza que abrigamos de que ha de llegar á ser rico y próspero, decaen visiblemente. Vemos además que la apatía es aquí á un tiempo defecto individual y vicio de corporaciones y centros y dudamos de si este grave mal tan lamentable y tan triste tiene ó no curación posible.



## XXIV

Los centros de Zaragoza revelan en su gestión administrativa y social toda la apatía de los zaragozanos. No hay entre ellos uno solo que no necesite de toda clase de excitaciones, y de toda suerte de apremios para cumplir muy á la ligera su misión. El "Casino de Zaragoza," vulgarmente llamado "Principal," tiene antigua historia, un buen reglamento y grandes bríos. ¿Qué ha hecho en su vida? Absolutamente nada que no sea proporcionar á sus socios tales ó cuales comodidades; unas cuantas limosnas, unos cuantos bailes, unas cuantas *soirees*; mucha silla de dos pisos, mucho ruedo de *caoutchouc*, mucho tapiz; gran colección de butacas y divanes, cocina confortable y económica, sala de esgrima, un caldo al que lo pide, chocolate con acompañamiento de *bizcochos* ó ensiamadas y nada más. Ha tenido también su furgón de cola encomendado á un Jorge ilustrado y celoso.

Si no fuera porque tiene una biblioteca, creada por excitación constante de unos cuantos socios; si no fuese porque se encuentra dispuesto, á toda hora, á contribuir al socorro de los zaragozanos, aquí el "Casino Principal," no merecería nada. Figuran en las listas de

sus socios grandes capitalistas, inteligentes facultativos, conocidos industriales; hay allí masa de gentes dispuesta á todo: ¿qué ha hecho el Casino? Nada, nada y nada. Pudiera, por ejemplo, haberse construído casa propia; pero los socios se han quedado en el camino, lo cual es muy sensible porque además de que pagan subido arriendo, no han dado una peseta á ganar á las clases jornaleras; pudiera haber dedicado el presupuesto que dedica á veladas y obsequios, al pago de carreras científicas y de viajes instructivos de obreros; pudiera invertir en pensiones á los artistas la suma que invirtió en arreglar salas de esgrima y disponer otros caprichos por el estilo; pudiera haber ayudado al "Ateneo;" dar vida á sociedades de provecho; contribuir, en una palabra, al florecimiento moral y material de Zaragoza; pero nada de eso.

El "Casino de Zaragoza," se abre á las diez ó las once de la mañana; recibe el correo de Madrid con unos cuantos periódicos, que pone desde luego á disposición de sus socios; sirve desde el medio día café, barajas, velas de esperma, juegos de billar y de tresillo; ofrece en sus salones amplio paseo y lectura de periódicos y de obras; permanece abierto hasta la una ó las dos de la madrugada, según quien sea el gobernador de la provincia, y se cierra después hasta el día siguiente. De cuando en cuando, interrumpe su monotonía habitual la proposición que firman algunos socios para que se celebre un baile ó una velada; de tiempo en tiempo, turba su reposo la elección de junta directiva, que ha dado lugar á espectáculos edifi-

cantes; pero fuera de esto, nada. Puede ser y no es; apunta, pero no da; es, en fin, en conjunto, fidelísimo espejo donde pueden mirarse muchos zaragozanos que juegan diariamente á tresillo en sus mesas. “¡Viva la gallina, dice el “Casino,„ y viva con su pepita!;„ sin que al obrar así se acuerde para nada de que, quiera ó no, en Zaragoza vive y á Zaragoza se debe.

Más moderno que el anterior es el antiguo Casino de Labradores, hoy Centro Mercantil, Industrial y Agrícola. Tiene para la consideración algún mérito; pero de escaso valor. Ha agitado alguna cuestión de interés para la agricultura: ha contribuído algún año poderosamente á celebrar con ruido las fiestas del Pilar; ha cobijado como el Casino Principal, al Ateneo; ha dado calor á algunas sociedades y á varios centros: tiene su pequeña biblioteca y está suscrito á varios periódicos; pero no hace más. Para conseguir casa propia, como si sus socios no dispusieran de numerario bastante, ha tenido necesidad de apelar al juego de la lotería; para dar algunos bailes hace pagar la entrada; no parece sino que busca en todas sus operaciones el tanto por ciento.

Y la verdad es que el “Centro Mercantil, Industrial y Agrícola,„ después de proporcionar á sus socios recreo y comodidades, podría muy bien subvencionar y sostener empresas mercantiles, favorecer inventos, costear sociedades útiles y contribuir, en una palabra, al progreso de Zaragoza. Abrese, sin embargo, como el “Principal;„ ya tarde, sirve periódicos y cafés; permite el *tresillo*, la *mala* y el *guiñote*; celebra durante

el Carnaval bailes por suscripción; cede alguna que otra vez el salón de baile que también lo es de reuniones, para las juntas de sociedades más ó menos útiles que aquí se establecen y no pasa de ahí. Ha podido hacer, fundándose en la representación que puede ostentar con orgullo, grandes cosas. Pero ¿ha hecho algo? Esperemos la respuesta negativa de sus propios socios.

La "Liga de contribuyentes," de Zaragoza ni es liga ni contribuye á nada práctico; el "Fomento de la producción nacional," no fomenta cosa alguna nacional, ni extranjera; el "Casino Artístico y Comercial," es simplemente un centro de comodidad y de recreo; el fenecido "Centro de Labradores," fué uno de tantos fracasos regionales; los círculos políticos carlista, conservador, zorrillista, pactista, po-ibilista, etc., que aun viven, son puntos de reunión de socios que aspiran á pasar el rato; el próximo pasado círculo liberal-dinástico que vivió algún tiempo, fué una *timba* popular con honores de casa regular; la "Sociedad venatoria," tiene un salón para concertar cacerías y exagerar *cazatas*. ¿Qué son, pues, en general las sociedades de recreo de Zaragoza? A lo sumo centros de recreo que no contribuyen en poco ni en mucho á la regeneración del país y al fomento de la riqueza regional.

Esto aparte, tampoco responden á su misión otras sociedades zaragozanas. La "Academia de Medicina de Aragón," da informes á fuerza de exhortos; á la "Económica Aragonesa de Amigos del País," acuden, cuando celebra sesión, tres ó cuatro socios, que acuer-

dan ó no, pero que cuando acuerdan no tienen fuerza bastante para hacer cumplir sus decisiones; la "Hermandad del Refugio," de Zaragoza, una de las más tolerantes y mejor reglamentadas de Zaragoza, podría obtener más óptimos frutos de los que obtiene, si tuviera procedimientos más activos y persiguiera fines más generales; las sociedades de hombres y mujeres que actúan con el nombre de San Vicente de Paul, debieran recordar más frecuentemente el espíritu de las personas que socorren. Un plato de sopa conforta y vigoriza el estómago; una manta alivia ó evita el frío; un caldo restaura ó anima á la puérpera ó al desvalido: proporcionar, pues, todas estas cosas, obra es de misericordia; pero ¿han de vivir esas sociedades á usanza y costumbre de otras, exclusivamente religiosas, que no tienen más objeto que el de trasladar anualmente de una á otra casa la imagen de un santo, celebrar una vez al año función de iglesia con toque de campanas y sermón y repartir en cada fiesta el llamado "pan bendito," que exige oraciones y perdona culpas, al propio tiempo que llena el estómago? Si eso han de ser las sociedades y hermandades, nada diremos: si han de mostrar fines más elevados, tenemos derecho á hablar y á exponerles que no cumplen su verdadera misión. Todos á una estamos obligados á la instrucción popular y al fomento del progreso moral y material del pueblo que nos vió nacer y nos cobija. ¿Qué? ¿formamos parte de sociedades de recreo y hermandades? Y ¿ganan algo con ello nuestros convecinos? ¿Ganan sólo, por nuestro auxilio, en el sentido



---

de la comodidad y de la satisfacción de las necesidades físicas? Pues entonces nosotros creamos el egoísmo porque hacemos que los socorridos por nuestra mano no piensen más que en su cuerpo, más atendido por nuestra intervención, que el espíritu ignorado, olvidado ú omitido por nuestra gestión rutinaria y falta de principios ejemplares.



### XXXV

El "Ateneo científico, literario y artístico," de esta ciudad, tiene, á pesar de nuestra apatía proverbial, historia que le honra y que, sin embargo, viene demostrando lo que aquí se hace. Nació el citado "Ateneo," por impulso indirecto que le comunicaron desde el salón colorado del "Casino Principal," Mario de Lasala, José Manuel Piernas y Faustino Sancho y Gil, quienes provocaron por entonces una serie de memorables conferencias literarias y científicas, que se celebraron en dicho centro de recreo, y á las cuales asistía reducido número de socios. Obtuvo después calor, y continuó su desarrollo en una mesa del café de Europa, á la cual concurrían periodistas de todas opiniones, desde Salvador Morales á Joaquín Gimeno, los cuales, apercibidos de los trabajos de los señores Lasala, Piernas y Gil, hubieron de convenir en la necesidad de crear en definitiva el suspirado centro, centro cuya vida había fracasado desastrosamente años antes, á pesar de los esfuerzos inolvidables de Ignacio Andrés y Marceliano Isábal, quienes supieron colocarle, con una Exposición regional limitada, pero distinguida y provechosa, y con actos plausibles, á gran altura.

De la mesa del café de Europa, la idea de la creación de un "Ateneo zaragozano científico-literario y artístico," idea bien estudiada al objeto de practicarla prósperamente, pasó al público, al cual expusieron los periodistas mencionados su pensamiento opuesto á todo espíritu de escuela y de partido y que no tenía más objeto que el de agrupar en distinguida sociedad cuanto de notable tiene Zaragoza en artes, letras y ciencias. Convocóse reunión general á la cual asistieron muchos por curiosidad y algunos guiados por el deseo más legítimo; dióse cuenta del propósito; fué éste aceptado con entusiasmo; pronunciáronse discursos patrióticos y todo hizo creer por algunos días que el "Ateneo," iba á vivir con vida exuberante. La discusión del proyecto de las bases para constituir la sociedad, discusión de la cual se pudo y se debió prescindir, fué larga y embarazosa: sin embargo acabó al fin. El nombramiento de la primera junta directiva dió lugar á toda una batalla.

Deseosos de que el Ateneo fuese Ateneo y viviera prósperamente, los periodistas que proponían á Zaragoza su creación, se permitieron presentar una candidatura para la elección de junta, é hicieron figurar en ella hombres de todas clases y condiciones: catedráticos, estudiantes, títulos, presbíteros, literatos, etcétera, etc.: teniendo el cuidado de que ni el partido, ni clase ni condición, llegasen á ser preponderantes. Pero ¿qué se había de decir si prevalecía la idea y sobre todo la candidatura de cuatro *entrometidos hijos del país, que habían comenzado por excluír sus nombres de la*

*lista de candidatos, y por prescindir al hacer la propuesta de amigos políticos y personales?* Unos cuantos caballeros consideraron desde luego que el Ateneo debía ser liberal y con la mejor buena fe, sin duda, pero con el mayor desacierto, decidieron poner en frente de aquella candidatura heterogénea de los periodistas, otra homogénea, muy liberal.

Hiciéronse aquellos días para que la elección resultara más nutrida, socios á docenas y como es consiguiente triunfó la candidatura política y recibió el "Ateneo," su primer golpe de muerte. Que las personas elegidas con tal ocasión eran dignas, dignísimas y celosas, no hay por qué dudarlo: ¿cómo hemos de negar semejantes condiciones á hombres como Gil Berges y Escosura? Pero es el caso que estos señores y otros que fueron sus compañeros de junta, á pesar de su buen deseo, no pueden prescindir de sus ocupaciones diarias y que así, por natural y lógica consecuencia no prestaron al "Ateneo," todo el interés que éste, niño aún necesitaba. Por otra parte la batalla dada en nombre de la política, desfiguró el primer propósito y enfrió muchos entusiasmos. El primer mes abandonaron el "Ateneo," muchos que hubieran sido sus sostenedores perpetuos, y salieron del mismo los que sin conocer bien su verdadera misión se habían suscrito temporalmente en las listas de socios con el único objeto de adquirir derecho de sufragio para la primera elección.

A partir de tales hechos la vida del "Ateneo," ha resultado lánguida; parece, aquel centro, uno de esos enfermos catalépticos que sólo de cuando en cuando

por algún pequeño movimiento, demuestran su vida. Ha tenido el "Ateneo," momentos felicísimos: sus veladas primeras, sus conferencias han sido en ocasiones brillantes y honrosísimas; pero, en medio de esas ráfagas de luz hermosa y radiante ¡cuántos días de triste marasmo! En la actualidad el "Ateneo," vive una vida raquítica: casi puede decirse que está agonizante y le matan á un tiempo la apatía y la envidia. Apáticos son aquellos de sus socios que pudiendo ocupar la abandonada tribuna no la ocupan: envidiosos cuantos al oír un buen discurso allí pronunciado, antes que al aplauso recurren á la censura, ó al oír uno aceptable sin pretensiones pronunciado por un joven que empieza á balbucear la ciencia, parece que se gozan en la crítica dura, que mata ilusiones y esperanzas y malogra los esfuerzos primeros, siempre respetables. Cuantos, desde hace solamente diez años, hayan seguido el curso de nuestras luchas ó de nuestras miserias recordarán más de un ejemplo que viene á declarar en ambos sentidos. Han sido algunos oradores objeto de los mayores ditirambos, sin haber llegado á merecer un solo aplauso, y otros que se hicieron acreedores al lauro, fueron pagados con el insulto; jóvenes estudiosos que fueron allí con propósito de darse á conocer y de crearse el aguijón de un estímulo honroso, consiguieron por todo conseguir un desaire: jóvenes atrevidos que nada hicieron digno de mención obtuvieron aplausos estrepitosos.

Ha llegado por eso á ser aquel centro lo que otros muchos son aquí; mejor que escenario de nobles prác-

ticas, semillero de rivalidades y disgustos. Por eso se ha acentuado tanto el retraimiento de sus socios y son sus sesiones tan poco frecuentes; y por eso el buen deseo de hombres como Marceliano Isábal, Faustino Sancho y Gil y otros que pudiéramos citar, ha resultado estéril. De tiempo en tiempo á fuerza de ímprobo trabajo, se ha llegado á disponer veladas notabilísimas como las que dedicó aquel centro á Zorrilla, el poeta eminente, y á D. Julián Calleja; de tiempo en tiempo ha tenido el Ateneo rasgos como el del certamen literario primero que celebró, rasgos que prueban lo que aquí se podía hacer si todos camináramos á una, sin entretenernos en el mordisco mutuo; pero pasan esas demostraciones de una vida exuberante y viene en seguida la postración más profunda. Tiene Zaragoza en la actualidad un plantel numeroso de jóvenes que pueden darle muchos días de gloria: como jóvenes que son han de tener, sin embargo, defectos y han de manifestar deficiencias; pero ¿quién duda que consiguen más, cuando de corregir se trata, el aplauso prudente y la reconvención amistosa que la acerba crítica, dura y descarnada? Y sin embargo aquí se ha seguido el procedimiento del látigo: gentes que no contribuyen con veinticinco céntimos de peseta á sostener aquel centro ilustrado, aprovechan la condición pública de las sesiones para ir á oír, y las más de las veces, sin estudiar la cuestión sobre que versa un discurso, sin conocerla tal vez, se ensañan criticando al atrevido que ha disertado sobre un punto cualquiera. ¡Ah! y no conocen esas gentes que uno de los grandes caracteres

que tienen los Ateneos, quizá el más interesante, es el de ser centros de tolerancia extremada! En el Ateneo de Madrid, uno de los de historia más brillante, se ha dicho siempre todo cuanto se ha querido decir, en forma más ó menos bella, con palabra más ó menos clásica, con frase más ó menos elocuente. Y á nadie, sin embargo, se le ha ocurrido que la forma, la palabra y la frase sean imprescindibles en todo caso; y menos cuando se trata de jóvenes que empiezan y que naturalmente no han de ser maestros en el decir.

No hay que dudarlo: el Ateneo, como las sociedades y los centros todos de esta ciudad, revelan claramente que nos dominan de una parte la envidia, de otra la apatía. Mientras no sepamos prescindir de uno y otro defecto, inútiles resultarán esfuerzos tan dignos y merecedores de aplauso como los que aquí se hicieron hace años para fundar la sociedad que nos ocupa y los que después han continuado para sostenerla algunos hombres de los cuales puede decirse que son hoy el Ateneo mismo.



## XXVI

Haciendo juego con la apatía individual ó colectiva pero privada, existe aquí también la apatía oficial que obedece sin duda á causas generales pero que no deja de ser favorecida por hechos, circunstancias y condiciones de índole local. La rueda administrativa gira despacio en todas las provincias españolas; pero aquí, apenas gira más que lo indispensablemente necesario para dar pruebas de su función. Dejemos á un lado todas nuestras oficinas en las cuales duermen largo sueño multitud de interesantes expedientes; hagamos caso omiso del sinnúmero de proyectos beneficiosos que se han perdido en los estantes de esas mismas oficinas, porque hemos dejado espirar sus plazos perentorios ó porque no hemos tenido actividad bastante para impulsar su marcha; dejemos también las consideraciones que podríamos hacer para distribuir por igual la responsabilidad de tanto abandono entre los empleados ignorantes ó maliciosos, que han ocupado el sillón de un despacho, y los contribuyentes y los vecinos que por incuria, ignorancia ó malicia en poco ni mucho hemos ayudado á la administración; y después de dejar sentado que aquí tropiezan siempre, por nues-



tra apatía y nuestra desidia, con graves y casi invencibles dificultades, el censo de población, el padrón municipal, el de cédulas, la formación de las listas electorales, la constitución de un nomenclator provincial y otros servicios por el estilo, tratemos de dar, en ligero croquis, una idea de lo que aquí son ciertos centros oficiales.

Hablemos en primer término de la Universidad. Antiquísima y de gran renombre, de historia envidiable, nuestra Universidad hace tiempo que se ha encerrado dentro de los moldes oficiales, de los cuales no sale ni un instante. De cómo cumple dentro de esos moldes su cometido, no hemos de hablar, porque nos vedan la emisión del juicio consideraciones de distinta índole. Tiene aquel centro su jefe, que ha de hacer cumplir leyes y reglamentos, y si éstos y aquéllas no se cumplen en alguna ocasión, autoridades hay que tienen sagrados deberes que no nos competen: tiene un cuerpo de profesores y no hemos nosotros de decir si dicho cuerpo cumple ó se excede dentro de los deberes y derechos que le impone y le da su elevada misión. Pero sí podemos y debemos decir qué de la Universidad debieran salir aquí grandes iniciativas que jamás salen: sí debemos decir que nuestra Universidad, por imposición de la historia y por predicamento que le otorga su rango, está obligada á promover é iniciar los grandes progresos, dándoles impulso y vida, y contribuyendo gradual pero asiduamente á nuestra regeneración social, económica, moral y política. ¿Se hace algo en este sentido? Absolutamente nada.

De tiempo en tiempo un loable esfuerzo individual viene á demostrar cuántos ópimos frutos podrían recogerse aquí si nuestros catedráticos, marchando al unísono, y ocupándose en algo más que en las difíciles é interesantes tareas escolares, se acordaran de que viviendo entre nosotros, vienen en cierto modo obligados, sino á localizar aquí las ventajas que pueden reportar sus conocimientos, á favorecernos en lo posible con ellos. Hay en el claustro de nuestro primer centro de enseñanza hombres para todo: pues Aragón les debe alguno que otro servicio individual: servicio colectivo ninguno, como no sea el de la enseñanza de sus hijos que es oficial y retribuído.

Disculpa en cierto modo esa conducta lo que aquí se acostumbra á hacer con todo el que guiado del mejor deseo ocúpase en el bien general. Servicios individuales generosísimos han sido mal recibidos ó criticados con dura frase ó interpretados en el sentido grosero de la aspiración al céntimo; y esto que no es contrariedad para algunos, retrae á muchos; pero así y todo el profesorado de la Universidad debía cumplir la más alta de sus misiones. Gritaríanle en el camino de sus servicios los ignorantes ó los malos; pero si de gritos hubieran hecho caso y en contestarles se hubiesen entretenido cuantos de una ú otra manera han coadyuvado al progreso intelectual, moral y material de los pueblos ¿hubiéramos llegado al presente actual, relativamente aceptable?

Con su actual conducta los catedráticos de la Universidad no dejan por otra parte de alcanzar despres-

tigio; que si no son molestados por la crítica de empresas que no acometen, gánanse en cambio acerbas censuras por los entretenimientos con que matan sus ocios. Para nadie es un misterio que nuestros profesores dedicanse con verdadero ahinco á la lucha personal, tan viva entre algunos que no puede ser más; y que esas luchas no redundan en beneficio de la toga, claro es y evidente. Sucede en la Universidad lo que en todas partes ocurre en esta sociedad aragonesa que describimos: no hay espíritu colectivo y encerrado cada cual en su concha, piensa sólo con el criterio del egoísmo. La soledad, ya lo dijo Zimmerman, en vez de dulcificar las pasiones las aviva y agranda. No queremos exponer miserias; tratamos solamente de censurar vicios y por eso hacemos caso omiso de ciertas lástimas. En el examen detenido que de corporaciones y centros hemos hecho, el relativo á la Universidad es este: "falta á los catedráticos espíritu de cuerpo; fáltales el concepto que deben tener de que son algo más que regentes de una enseñanza determinada; fáltales un concepto más elevado de su misión y una gestión activa amoldada á ese concepto.," Suponer el profesor que todo queda reducido á tomar posesión de su cátedra, publicar más ó menos tarde un libro, más ó menos original, que se impone para que sirva de texto, ó no hacer ni eso, y explicar este año lo que se explicó el anterior y el próximo lo que éste, es suponer muy pobremente.

Nada hemos de decir de personas ni mucho menos de abusos de cierta índole, pero apuntados quedan los

vicios, para que, oportunamente, queden corregidos. Al objeto de demostrar la necesidad de una corrección inmediata, sólo recordaremos que de la Universidad de Zaragoza han desaparecido para no volver, los Lera, Andreu, Puente, Borao, Pisa Pajares, Pastor, Pou, Miralles, Piernas, Codera, Casas y otros hombres; y que es preciso que una nueva generación continúe pronto los prestigios por ellos alcanzados, ejerciendo sobre nuestra ciudad la bienhechora influencia del talento.

Del Instituto provincial de esta ciudad debíamos prescindir en absoluto: no podemos hacer más que censurarlo: un padre de familia, amigo nuestro, decíanos poco há hablando de aquel establecimiento, que tiene por vestíbulo un billar próximo al sitio que ocupa; por claustro de paseo los *maderos* de la ribera, y por maestro la desidia. ¡Triste afirmación que hemos oído formular á algunos de los profesores de dicho centro! Desde tiempo inmemorial generalmente se teme aquí por los padres de familia la entrada de cualquiera de sus hijos en el Instituto provincial. ¿Por qué? Porque se han dado muchísimos casos de jóvenes que fueron al Instituto para recibir la segunda enseñanza en un gran estado moral, y se han pervertido luego.

Falta allí energía en los catedráticos y disciplina en los alumnos; faltan, en el reglamento por que aquel centro se rige severas disposiciones enderezadas á contener á la juventud inconsciente, y ha faltado y falta y por lo visto faltará al claustro de profesores decisión bastante para decir á los poderes públicos lo

que son los institutos de segunda enseñanza tal y como hoy están constituidos, y pedir á los mismos su reforma definitiva. Cuidar de dirigir como hoy se hace, el corazón del niño, en las escuelas de primera enseñanza, durante la edad en que el hombre no siente pasiones, y dejar á ese corazón abandonado á su propio instinto en el instante en que se precipitan sus latidos á impulso de las pasiones primeras, que son las más dominantes, es proceder con una falta de lógica y una in-experiencia inconcebibles. En el Instituto se aprende á fumar á los dos días de haber pisado sus claustros; se sabe jugar cuando aun no se ha declinado el *musa musæ*; se practica el vicio, antes de levantar la cubierta del primer libro. Y lo triste del caso es que los primeros en lamentar semejante situación son los profesores; quienes si saben lamentarse no deben saber proponer un remedio á ese mal. Gracias á él, los padres de familia que costean aquel establecimiento se ven obligados á gastar grandes sumas, dedicadas al sostenimiento de sus hijos en colegios particulares, para eludir compañías y prevenir consecuencias. De que el claustro del Instituto está poco más ó menos como el universitario; de que en dicho establecimiento se especula como en la Universidad con libros de texto, no hemos de hablar. Digamos que tampoco los catedráticos del mismo tienen espíritu de cuerpo, ni menos sienten vocación por el fomento del bienestar común. Van á cátedra y vienen de cátedra con ligeras excepciones.

Naturalmente; atentos á esos moldes fundamentales,

cuanto otros centros de enseñanza hacen es pobre reflejo de lo que censuramos. En la escuela de Veterinaria hay una verdadera *libro-rrea* de texto; allí es texto hasta la narración de cierto viaje de recreo, durante el cual alumbró varios *cochinillos* una cochina animosa: en la escuela de Bellas Artes, todo es deficiente, por apatía. Desde la Diputación que la costea, hasta el edificio en que se halla instalada, todos son fehaciente prueba de que aquí somos de nuestra tierra. Otras corporaciones y centros de enseñanza, que podrían ser considerados como derivados de las anteriormente citadas dependencias oficiales, también ejercen de espejo regional. Véase sino la clase, en la muestra que ofrece la Academia de Jurisprudencia, creada hace años con propósito de dar á los jóvenes alumnos de nuestra Universidad la enseñanza práctica del Derecho. Dormida la mayor parte del año, de cuando en cuando despierta para celebrar un simulacro de pleito ó de causa criminal, en el cual todo es la mayor parte de las veces ridículo; el fondo, la forma y los personajes. Asisten á las sesiones que celebran algunos jurisconsultos distinguidos, guiados sin duda por su amor á la ciencia, mejor que por el interés de las sesiones; pero nada más. Podríamos decir que nació para sumergirse en un letargo inacabable: no es víctima de la apatía, es la apatía misma. De las escuelas normales no queremos hablar.

El Colegio de Abogados elige, en parte su junta todos los años, y anualmente distribuye con mayor ó menor equidad la contribución impuesta al gremio que

le forma, publicando las listas de sus socios. Después ya no hace cosa que merezca la pena. El Colegio de Notarios tiene, cuando menos, para obtener la consideración pública el título que le da el hecho de haber creado y de sostener contra toda clase de obstáculos un Monte-pío que, cuando menos, repara desgracias.

De otras sociedades no académicas, ni científicas, ni siquiera profesionales, hemos de hablar poco. La sociedad de socorros de nuestra Señora del Pilar, vive de milagro; la de incendios de Zaragoza no marcha más que al compás que le marcó su fundador, hombre celoso entre los celosos; las sociedades de "carpinteros", sastres, dependientes de comercio y labradores arrastran existencia lánguida y perezosa. La inercia más completa y absorbente reina aquí en todas partes: perezosos somos como ciudadanos; apáticos é indolentes como hombres; inactivos como individuos de la sociedad que contribuimos á formar.

El labrador actual de esta tierra sigue cultivando el trigo porque sabe que sembrando en otoño y *soltando* un par de veces durante la primavera la *boquera*, recoge en estío trigo; sigue cultivando frutos porque se crían solos: el industrial heredó de sus padres una industria naciente y sigue con ella; el comerciante encontró al venir al mundo un establecimiento iluminado durante la noche con el velón histórico de tres ó cuatro mecheros y sigue aún sirviéndose del aceite; y sólo después de muchas excitaciones cambia el velón por el gas.

Entre un labrador y un comerciante ó un industrial, y un abogado ó un catedrático, aquí, bajo el punto de vista de la apatía, no hay diferencia. Todos somos unos.





## XXVII

Un hijo de esta provincia que aquí nació y aquí vive, que daría la vida por su patria, de corazón generoso y alma grande, D. Bruno Solano, ha prestado á Zaragoza servicios tan eminentes, que ellos solos bastan para crear un nombre y fundar un altar de gratitud en cada pecho. Debe el ilustre profesor de nuestra Universidad lo que es, á su propio esfuerzo; nadie le ha apoyado; nadie le prestó su concurso; ocupa el cargo que ocupa á pesar de su propio carácter. Ha tenido en su vida tres idolatrías disculpables: su madre, sus libros y el laboratorio de nuestra Universidad. En éste se ha hallado siempre el Sr. Solano á disposición de cuantos han ido á buscarle; y no hay precedente de que se haya negado á nada útil. Sin deber á la provincia de Zaragoza más que el bautismo y el suelo, cuando nuestra ciudad le ha pedido el concurso de su ciencia se lo ha otorgado; cuando le ha pedido el sacrificio de su nombre se lo ha concedido sin titubear. Su vida es una serie de heroicidades oscuras; ni conocidas por la generalidad ni apreciadas y menos pagadas por nadie.

Dos grandes servicios elevan hasta lo sublime el nombre respetabilísimo de Bruno Solano. Durante la

época inolvidable de la epidemia colérica de 1885, el distinguido profesor de nuestra Universidad no descansó un minuto. Atento á las necesidades de su achacosa madre, y á los trabajos del laboratorio de su cargo, nunca inactivo, Bruno Solano fué consultado sobre toda clase de cuestiones y puso siempre todo su saber, que es mucho, al servicio incondicional de Zaragoza. Llegó, sin embargo, para nuestra ciudad un día de horrible angustia.

Temerosa la autoridad local de que las aguas del "Canal Imperial," que surte los depósitos, estuviera infeccionada; en el deseo de evitar la propagación del cólera indiano, que ya á la sazón producía aquí muchas víctimas, dejó llenos los depósitos y suspendió la entrada en éstos del agua, al objeto de ver si mientras se consumía la ya depositada, cedía la horrorosa epidemia. Esta no decreció, y el depósito de agua potable, fué poco á poco agotándose. La autoridad local previó un conflicto serio: el que había de provocar la falta de agua potable. En los depósitos no había provisión más que para seis días: en plena epidemia, si las aguas del "Canal Imperial," eran impuras, había de suministrarse razón diaria de agua á los vecinos de Zaragoza. La situación no podía ser más crítica; la distribución á domicilio de agua traída de lejanas tierras, resultaba imposible; y así hubo de reconocerlo el Ayuntamiento, reunido en sesión extraordinaria, y perplejo ante la gravedad de las circunstancias. La infeccion de las aguas del "Canal Imperial," no era, sin embargo, otra cosa que una sospecha inspirada

por el temor público, á la vista de la marcha de la epidemia. Había, pues, que proceder con pleno conocimiento de causa; debía hacerse detenido análisis de las aguas sospechosas, y la arriesgada y difícil operación fué encargada, *gratuitamente*, á D. Bruno Solano.

¡Cuánta responsabilidad llevó á los hombros del celoso químico la consulta municipal! Podría ocurrir que se llenaran los depósitos con agua nueva, y que el uso de ésta llegase á coincidir con uno de tantos ordinarios recrudecimientos de la epidemia, y entonces la declaración de sanidad del agua, hecha á conciencia por el Sr. Solano, hubiese sido considerada como ligera ó ignorante; de decir, por temor, el señor Solano que el agua no era potable por entonces, ¡cuánta invencible dificultad hubiera surgido aquí! ¡Era imposible prever unas y otras consecuencias!

Sin embargo, el infatigable Solano aceptó resueltamente el encargo; y lo aceptó con el sigilo conveniente. Era tal el temor al conflicto, que alcalde y concejales habían tratado de él en sesión secreta; había, pues, que hacer las cosas con gran abnegación, pero con mucho silencio. Bruno Solano iba á ejercer de esucha ignorado de un ejército: podía ser muerto cuando pegado el oído á la tierra, trataba de descubrir la marcha de los enemigos de su patria, sin que nadie se apercibiese de su importante papel. La naturaleza misma del caso exigía tal inmenso sacrificio.

El ilustre catedrático no vaciló, sin embargo, un momento; y tomó las muestras del agua como quien toma un cigarro. Las horas que dedicó al análisis fue-

ron para él de horrible ansiedad: una declaración afirmativa del microscopio reconecedor de los precipitados del ácido ósmico y de las colonias en gelatina, podía provocar el conflicto: un error de procedimiento significaba para Zaragoza un día de luto. Hizose el análisis con la serenidad de juicio que da la seguridad en el conocimiento, y con la tranquilidad de conciencia que presta el cumplimiento honrado de un deber; y las aguas resultaron puras.

Bruno Solano lo dijo al alcalde de Zaragoza.

—“El sueño de mi vida; mi vida misma es mi madre; expuso, dirigiéndose al Sr. D. Pedro Lucas Gállego. Pues bien, continuó: para tranquilidad de todos, yo no tengo inconveniente en dar á beber á mi madre las aguas consideradas sospechosas.”

Los servicios que Solano ha prestado á la agricultura regional trabajando sobre la *eriosis*, el *mildew* y el *oidium*; dando la enseñanza de bodegueros y las conferencias estimabilísimas del “Casino de Labradores;” reconociendo á todas horas y sin retribución, hojas y tallos, ni tienen número, ni pueden ser suficientemente agradecidos. En cualquiera otro punto, tales servicios hubieran creado una reputación inatacable; aquí, porque los trabajos en que están basados, que exigen gastos, fueron auxiliados por la Diputación con seis mil reales anuales, pagados tarde y mal, murmuradores ha habido que no han tenido inconveniente en zaherir al maestro, que, *es claro*, ¡puede hacerse millonario en dos ó tres años con esas 1.500 pesetas anuales! ¡Pobre país el que tal hace!

Bruno Solano no ha recibido por sus servicios eminentes ni una cuartilla de papel que acredite esos servicios. Presentóle un partido como candidato á concejal, por un distrito, en el cual ha vivido siempre, y efectivamente, *no fué elegido*. Verdad es que él no pidió ningún voto; pero también es cierto que no debió pedirlos. Y aquí podemos decirlo sin titubear: "Zaragoza no le quiso por representante: ¡peor para Zaragoza!" Solano es uno de esos hombres que cumplen sus deberes donde quiera que se hallan: para el Ayuntamiento de esta ciudad hubiese sido una verdadera adquisición: sereno para juzgar, ingenioso en buscar recursos, firme y decidido en sus propósitos; de conciencia estrecha y limpia, pocos como él hubiesen favorecido la gestión municipal. Los electores cometieron un grave error: no hay, sin embargo, que culparles totalmente porque Bruno Solano ha cuidado más que de su nombre y su persona del nombre y de las personalidades de sus convecinos. Siendo por tanto un zaragozano ilustre, resultó cuando su nombre fué lanzado á la lucha de los comicios punto menos que un candidato cunero.

Si nuestro ilustre paisano hubiera nacido en Málaga ó Huelva y desde cualquiera de estas poblaciones hubiera venido aquí, por medio legal ó ilegal; si aquí le hubiéramos visto con su seriedad típica, su figura respetable y su amabilidad cariñosa y su ciencia fácilmente apreciable, Bruno Solano no tendría que haberse molestado para ser todo lo que entre nosotros puede apetecerse. Los porteros del Gobierno civil le

hubieran llevado credenciales á docenas; en su despacho hubiese formado *cola* la gente admirada ó agrada-  
cida; tendríamos, en fin, para uso diario un sabio que  
no nos merecíamos. Ha nacido aquí y sus trabajos no  
merecen más que reticencias. Ya se ve; como lo hemos  
conocido desde chico y le hemos visto servir, sin que-  
jarse, por cuatro cuartos mal pagados á esta provincia,  
¿cómo hemos de suponer que de nuestro lado salga una  
eminencia? A fuerza de dar al mundo hijos torpes, que  
se amoldan á nuestras torpezas, hemos llegado á des-  
confiar hasta de las excepciones de la naturaleza; y no  
cabe en nuestro magín duro y receloso que puedan  
un cuerpo de nuestro cuerpo y una alma de nuestra  
alma constituir un hombre digno de nuestra conside-  
ración y de nuestro respeto.

¡Ya pagaremos algún día estas desatinadas creen-  
cias!



## XXVIII

Otro de los hijos de Zaragoza que no tiene más que valer, es Ricardo Magdalena. Nacido en humilde cuna, recibió educación en las escuelas municipales, y por su aplicación ingénita y su carácter bondadoso, obtuvo, andando el tiempo, una pensión concejil. A fuerza de trabajo asiduo, Ricardo Magdalena llegó á ser distinguido arquitecto; su nombre escolar conquistado á pulso augurábale posición envidiable; pero él sintió en su pecho lo que en la actualidad se juzga como una debilidad censurable, la gratitud, y dijo á Zaragoza, representada por su Ayuntamiento: "Aquí me tienes: si me necesitas, á tu disposición están mis servicios y mi nombre." Por extraño proceder, Zaragoza aceptó el ofrecimiento de Ricardo Magdalena, y desde entonces, el antiguo discípulo de las escuelas municipales, es ilustrado y celosísimo arquitecto de las corporaciones concejiles.

No sabemos qué admirar más en Ricardo Magdalena: si su honradez intachable, su sabiduría indiscutible ó su humildad típica. Es tan corto y estirado de cuerpo, como largo y amplio de espíritu; no conoce la animadversión, ni menos el odio; no es respetuoso

porque es el respeto mismo. Recuerda que fueron concejales los que le ayudaron en sus primeros pasos y cada concejal le parece un santuario. Gracias á ese respeto y á esa consideración explicables, pero injustificados, la historia del arquitecto municipal D. Ricardo Magdalena debe ser un verdadero martirologio: ¡cuántas amarguras ha debido devorar nuestro querido paisano, bajo esa *facies* sonriente con que siempre recibe al que lo busca!

Para muchos hombres que de tiempo en tiempo reciben el encargo de representar á Zaragoza; para muchos regidores, la roja banda concejal es algo así como salvo-conducto que permite por todas partes el libre tránsito. Hay edil que no ha sabido jamás, antes de ser elegido, cuántas son tres y dos; ni á cuanto ascienden treinta céntimos de peseta, ni lo que es un expediente, ni lo que es una carrera; pero llega al municipio; siéntase en los bancos respetables de la Casa Consistorial, y se cree el hombre más sabio y más *reluciente* de todos sus adversarios. ¡Que vaya á decir alguno á ese hombre que puede haber calabazas *con banda*, ó lo que es igual, que puede haber ediles sin sentido común, y seguro es que agotará todas sus influencias, para hacer pasar dos días en el depósito municipal al deslenguado! ¡La banda concejal infunde ciencia, al mismo tiempo que da esplendor!

Por eso nuestros ediles entienden de todo y lo mismo interpretan una ley que presiden una subasta, hacen un encabezamiento de consumos ó dirigen una corrida de toros. Recibir la credencial de concejal y



pasar de la categoría de ciudadano ignorante á la de personaje pánsofo indiscutible, es todo uno.

Así ocurre que, tratándose de asuntos propios de la incumbencia del arquitecto, rara vez es Ricardo Magdalena consultado debidamente, sobre las cuestiones sometidas á su informe. Nunca ó casi nunca se le dice: "proyete usted tal cosa donde y como lo juzgue oportuno,": por el contrario siempre se le ordena; "en tal punto y con tal presupuesto haga usted tal cosa., Dirígesenle preguntas capciosas, de contestación obligada, y luego se funda en su voto la defensa de esta ó la otra solución. Así, elígese cuatro ó seis metros cuadrados de terreno radicantes en cualquier parte y se le pregunta: dadas esta extensión y estas pretensiones, ¿puede hacerse una casa? Y el arquitecto responde con el mayor respeto y la consideración más distinguida: "la casa resultará un alfiletero inhabitable é insano, pero resultará casa., ¿Se puede, se le pregunta otra vez, acomodar estos tubos á tales depósitos ó tales depósitos á estos tubos? Y el arquitecto contesta, "se puede., Pocas veces en su vida habrá tenido Ricardo Magdalena completa libertad de acción.

Cada concejal es uno ó dos arquitectos y, es claro, desde que un edil con banda y todo concibe un proyecto, su realización es inmediata; no porque falten á Magdalena decisión y agallas para oponerse al propósito, si éste como sucede las más de las veces, es disparatado; sí porque al proponer á dicho señor las cuestiones, la fórmula adoptada para la pregunta en-

cierra una contestación ineludible. Por este procedimiento, el de la contestación obligada, se han hecho aquí muchas cosas que luego resultan absurdas; porque va el arquitecto municipal á proponer lo mejor y se le ataja diciéndole que no se le pregunta sobre ese extremo; pretende realizar *ad ussum scientiæ* una mejora y se le sale al paso advirtiéndole que el presupuesto no permite ciertos dislates.

Por eso, siendo como es Ricardo Magdalena uno de los hombres más serios, más honrados, más rígidos, más celosos y más rectos que conocemos, algunas de sus obras concejiles resultan verdaderos despropósitos. Se le da siempre *pie forzado* y así va la cosa. Y es lo peor que mientras él mismo murmura de sus obras, el concejal ó concejales que le han colocado en el caso de realizarlas, se miran el *chaflán*, ó la cornisa, ó el alero, ó el zócalo, por ellos ideado y se dicen para su banda: ¡qué bello es esto! ¡á mí me debe esta ingrata ciudad tanta belleza!

Ricardo Magdalena, si al salir de las aulas hubiera pasado al Ayuntamiento de Zaragoza un oficio de gracias, ofreciéndose al mismo más ó menos incondicionalmente, y se hubiese después dedicado al trabajo profesional, sería á estas horas millonario: ha cometido la torpeza de ser agradecido hasta el sacrificio y porque el Ayuntamiento de 1885-87 acordó conceder la gratificación de 5.000 pesetas por sus trabajos extraordinarios en la confección del proyecto del nuevo matadero, y permiso para disponer el plan de un edificio destinado á la enseñanza de las Facultades de

Medicina y Ciencias, muchos *roedores* le censuran, pretendiendo morderle.

Afortunadamente para él los hombres de esta ciudad que no sienten envidia y están en el caso de admirar, le admiran; los imparciales le aplauden, los indiferentes lo respetan. Ricardo Magdalena ha resultado un hombre á pesar de haber vivido y de haberse desarrollado aquí. Es una excepción de la regla y esto demuestra la fuerza de su prestigio.

Y como Magdalena es empleado municipal, la asociación de ideas nos lleva al recuerdo de la figura venerable de D. Andrés Martín. Depositario desde hace muchos años del Ayuntamiento de Zaragoza, porque lo fué á principios del siglo su padre y, vino á serlo más tarde su madre, en virtud de especial concesión que demuestra la honradez de una familia ilustre, Andrés Martín es hoy el verdadero vínculo de la Casa Consistorial de Zaragoza. Vive en ella más tiempo que en la suya propia, y estamos seguros de que siente más lo que en contra del Ayuntamiento se diga que lo que llegue á decirse, que nada se dirá, de él y su familia.

Es un funcionario modelo. Si quisiera hablar diría que conoce secretos de todas las familias y demostraría que ha sido para muchos tutor y amigo. No le conocemos más que un defecto; que respeta demasiado á los concejales. Resulta elegido concejal un hombre á quien Andrés Martín ha conocido de chico; pues ya está D. Andrés respetándole como si nunca le hubiese tratado. ¡Su característico proceder de hombre celoso

le ha sido pagado con calumnias; los que no le conocen han pretendido inferirle ofensas! Y él, sin embargo, es hoy tan asiduo como ayer. Abandona por la mañana su cama y va enseguida á su despacho-caja; pasa allí horas y horas y va á comer cuando nadie lo solicita; enseguida vuelve á la Casa Consistorial donde pasa la tarde y la noche. ¿Hay un concejal en la Casa-Lonja? Andrés Martín está allí para servirle. ¿No le hay? Pues también está. La Casa-Lonja es su domicilio. Tiene un adjunto envidiable; su hermano Mariano: entre él y D. Andrés son capaces de desempeñar no ya la depositaría municipal, que de seguro desempeñarían durmiendo; la de más empeño entre las conocidas. Los dos hermanos caminan al isócrono y se compenetran de tal suerte, que no se concibe al uno sin el otro. Son dos cuerpos y una alma; una misma aptitud y una misma honradez.

Lo que Andrés Martín ha sufrido en la depositaría municipal no tiene narración posible. En los tiempos revolucionarios sobre todo, cuando no entraba en las arcas concejiles una sola peseta y había sin embargo que cubrir las ordinarias atenciones, las gentes, sobre todo las gentes del pueblo, no creían que D. Andrés Martín representaba á un Ayuntamiento exhausto; juzgaban que él era el municipio mismo, y veían en él al hombre que no pagaba. Desde entonces, recordando fechas, dice D. Andrés Martín con su habitual ingenuidad, que él ha sido tenido por el primer *tramposo* de Zaragoza. A pesar de esto, lo repetimos, el celoso funcionario quiere y respeta al Ayuntamiento

---

como á sí mismo y tenemos por cierto que siente más una frase dirigida contra aquél, que la que á él mismo pueda molestarle.

Es, en resumen, un modelo de empleados y de hombres.

Ahora bien; para Bruno Solano, para Ricardo Magdalena, para Andrés Martín ¿hemos tenido aquí una expresión del común afecto? Ninguna: los tres porque se lo merecen tienen amigos personales y admiradores: para la generalidad de las gentes los trabajos que realizan no inspiran nada: por eso miran sus servicios con la mayor de las indiferencias.



### XXXIX

Josef de Calasanz, fundador egregio y santificado de la Escuela Pía, es uno de los aragoneses más distinguidos y más ilustres que conocemos. Por fuerza se ve obligado el que estudia su vida á declarar que hay una Providencia que inspira á los hombres el planteamiento y la resolución de los problemas más trascendentales. Estudiar el siglo en que vivió el patrón respetable de la Escuela Pía; ver, cómo en su tiempo, concibió la idea de educar santamente á la juventud, y declarar en el acto que algo sublime latía en el corazón hermosísimo de Josef de Calasanz, obra es de breves instantes. Ninguno de los partidos políticos actuales, ni los más exaltados republicanos desdeñarían hoy la iniciación de la obra regeneradora del insigne aragonés. La Escuela Pía, gracias á su iniciativa nobilísima, ha dado al mundo más días de gloria que todos los inventos juntos.

Y bien, un hijo de Josef de Calasanz, el P. Blas Ainsa, zaragozano, nacido por su bien entre humildes ropas, educado en la doctrina de su gran maestro, y atento al bien general, contemporáneo nuestro que en la actualidad vive y trabaja y se apasiona por el bien de sus convecinos, cuando toda la sociedad nues-

tra descreída é irrespetuosa no creía un punto “de tejas arriba,, y se ocupaba solamente en lo que acontece de “tejas abajo,, después de haber demostrado sus habilidades de matemático y sus conocimientos de físico, decidió promover la admiración del hombre al Creador por la demostración de las sublimidades que ofrece lo creado, y, pidiendo á sus compañeros de claustro subvención humilde, consonante con las necesidades del Instituto religioso de que formaba parte, creó en nuestra veneranda Escuela Pía un observatorio metereológico regional.

¡Cuántas horas de labor útil é ignorada representa para el estimable P. Blas Ainsa, la función de aquel observatorio! En él eran y son estudiados por igual el termómetro y la veleta; el pluviómetro y el barómetro: de las cifras por estos precisos instrumentos arrojadas dábase exacta cuenta al público, las corporaciones y los centros oficiales, los cuales en escueta cuartilla impresa que no contenía mas que algunas cifras, resumían el ímprobo trabajo del sabio Ainsa, obligado por imposición del propio deseo á vigilar durante las horas de general sueño, á estudiar de día y de noche nuestras vicisitudes atmosféricas, á darnos á conocer la naturaleza, la intensidad y el carácter de todos los accidentes atmosféricos. Blas Ainsa, escolapio desconocido por la generalidad y apenas saludado por nuestros paisanos, quienes no lo censuran sin duda porque no lo conocen, es un héroe ignorado, un ciudadano eminente, un hombre sabio.

Visté sin embargo sotana y como el hábito que “no

hace monje,, en parte alguna, "hace monje,, en Aragón, aquí no le conocemos. ¡Válgale esta ignorancia! ¡Sin ella ya le hubiéramos hecho trizas con la mejor voluntad! Si unos cuantos envidiosos de profesión y murmuradores de oficio se hubiesen enterado á estas horas (y no se enteran á pesar de que la prensa ha publicado diariamente y por algunos años, el extracto de los trabajos del P. Blas), de que hay un escolapio aragonés que se permite estudiar la construcción de los relojes, la temperatura atmosférica y otras cosas por el estilo, *tan inútiles ó tan perjudiciales*, ya no habría P. Blas con cabeza y con conciencia. Roedores sociales hubiera habido, á docenas, encargados de moler los huesos de tal hombre.

Por fortuna del P. Blas Ainsa, aragonés y trabajador, aquí no le conocemos más que cuatro *chiflados* imparciales: unos cuantos admiradores de su actividad y de su ciencia. De lo contrario no hubiera sido extraño que este país de nuestros pesares, tal y como hoy es, al ver que la institución del observatorio meteorológico de la Escuela Pía, por el P. Blas Ainsa creado, coincidía con la descarga de una tormenta en esta ciudad, ó en su contorno, hubiere achacado al tal Observatorio las calamidades ocasionadas por la vicisitud celeste, pidiendo y obteniendo, como seguro medio de evitar nuevas contingencias, la demolición del tal Observatorio.

El país, ó es país, ó no lo es; los habitantes de la falda del Moncayo <sup>(1)</sup> creyeron hace años que la pér-

(1) Histórico.



dida de sus cosechas era debida á la instalación de un observatorio oficial, dispuesto sobre la cima de aquel elevado monte y creyeron librarse de un enemigo al demoler briosamente la fábrica construída para sostenerlo. ¡Oh pueblo! Que Dios conserve en su actual relativa oscuridad al R. P. Blas Ainsa de la Escuela Pía de Zaragoza. Si así sigue, sus escritos de hoy serán admirados dentro de cien años, cuando ni el que esto escribe, ni los que esto leen padezcan dolores físicos ni morales: si Dios hace un milagro y las gentes comienzan á apercibirse de que aquí hay un P. Blas Ainsa, discípulo aventajado del inolvidable Josef de Calasanz que se toma la inconcebible molestia de estudiar por todos sus convecinos, compadecemos al héroe. ¡Va á tener un disgusto por segundo! ¡Y sesenta disgustos por minuto!

¿Debemos hablar de Pradilla, el pintor insigne, de cuya naturaleza nos dimos cuenta al ver que decían que es aragonés los diarios madrileños? ¿Para qué? Si Zaragoza reflexiona un momento y ve que hasta el presente el nombre del insigne pintor no figura aquí más que al pie de los cuadros que puede decirse que ha regalado al Ayuntamiento, con el cual no le liga sentimiento alguno de gratitud y menos de aprecio; si piensa que mientras aplauden á Pradilla pueblos y naciones, aquí oímos el apellido del pintor ilustre "como quien oye llover,"; si discurriendo sobre estos hechos no acaba por declarar su indiferencia para con sus hijos y se dispone á corregirla, aquí no hay salvación posible.

Como si la naturaleza misma quisiera protestar de nuestra conducta indiferente ó envidiosa; cual si la Providencia tomara á empeño nuestra regeneración, preocupándose de lo que somos y lo que prometemos, de cuando en cuando surgen aquí hombres que valen, almas generosas, entendimientos que discurren sobre el bien común. Somos, sin embargo, tan recalitrantes, que si no rechazamos los ejemplos, no nos cuidamos tampoco de imitarlos, y así, á pesar de las enseñanzas y de la naturaleza misma, seguimos siendo lo que somos con la más envidiable decisión.

Hombres viven con nosotros que pueden darnos norma de conducta. Todos los días vemos á paisanos nuestros que, á pesar de toda clase de contrariedades y de toda suerte de murmuraciones, cumplen á la perfección sus deberes de ciudadanos. No hemos de citar nombres, porque no es ya necesaria la cita.

Ejemplos no faltan aquí seguramente, por más que resulten excepcionales; lo que falta es sumisión para imitar, valor para seguir y virtud para imponerse demostrados sacrificios. Con un poco más de voluntad y mucho menos de indiferencia para con nuestros hermanos y nuestros hijos, esto sería lo contrario de lo que es.



Nadie puede negar que nuestro pueblo ha sido siempre sereno y valeroso. En los peligros discurrió con aplomo y en las batallas se batió con furia. ¿Por qué ahora, sin haber perdido la condición del valor, que aquí no se extingue nunca, somos, sin embargo, impresionables y ligeros, llegando muchas veces hasta aparecer medrosos? Hé aquí una antítesis que no podría explicarse, si no se tuviera en cuenta que la modificación radical operada en nuestro carácter, afecta por igual á todas nuestras condiciones, morales y físicas, y ha logrado cambiar nuestro antiguo criterio generoso, por el actual egoísta que ostentamos. Para obtener aquí rasgos de heroísmo, no era antes precisa más excitación que la determinada por el hecho excitante: hoy es necesario más, mucho más, y las manifestaciones hidalgas que se obtienen en nuestro pueblo, responden siempre á un estímulo sostenido y vivo.

La historia de la epidemia colérica de 1885 y de los antecedentes que aquí tuvo, demuestran lo que decimos. Amedrentó á los tímidos, ya en 1883, la noticia de la aparición del azote indiano en el archipiélago filipino; y produjo verdadero pavor en ciertas gentes

el conocimiento de los casos que en 1884 se presentaron en Tolón y Marsella, extendiendo la plaga por Francia é Italia.

La opinión pública puede decirse que se mantuvo aquí en tensión constante, durante aquel año de inquietudes y zozobras; sobre todo, cuando al acercarse el cólera á Carcassone y Port-bou, parecía que iba á invadirnos por Gerona. Recuerden nuestros lectores los días de incesante anhelación producidos por la aparición de enfermedades más ó menos coléricas, en Novelda y Elche, en Balaguer y Artesa del Segre. No se podía hablar entre nosotros de probabilidades más ó menos remotas de una invasión, sin producir en muchos el espanto. Aparecíamos como uno de tantos pueblos atemorizados por el peligro.

En la primavera de 1885, la excitación creció más y más y, á partir de entonces, este pueblo dió tales y tantas pruebas de ligereza y de impresionabilidad que parece mentira que fuera el mismo que, después en lucha abierta con el cólera, ganara para el escudo de Zaragoza la cruz de Beneficencia. Fíjense nuestros abonados en el contraste: cuando el azote estaba lejos de nosotros, hubiéramos corrido para eludir sus asechanzas como tímidos gamos; cuando le tuvimos cerca nos revolvimos contra él airados y bravos, disponiéndonos á la defensa y aun intentando el ataque. ¿Cómo compaginar estas cosas?

Fué á representarnos á Valencia una comisión facultativa, que tuvo el valor de llamar cólera-morbo asiático á la epidemia de Alcira, y avisó á nuestras auto-

ridades el peligro de la propagación inmediata del mal; y nuestra ligereza y nuestro miedo nos inclinaron á negar autoridad á la comisión y á no tomar en cuenta sus indicaciones. Expusieron los individuos que la formaron su honra y su vida, en obsequio del bien común, y faltó poco para que en pago de sus servicios les recibiéramos á su regreso á silbidos. ¿Por qué? Porque traían una mala noticia, que luego se confirmó: la inmediata llegada del cólera. Utilizáronse por entonces en contra de los comisionados toda clase de armas: y aprovechando de una parte el miedo de las gentes y de otra la confusión que siempre ocasiona el convencimiento de un peligro próximo, contra ellos se lanzó toda especie de calumnias. Ellos no eran, no podían ser profesores que habían expuesto clara y llanamente una opinión; eran mercaderes venales, rendidos á la influencia de unas cuantas pesetas que nadie había podido dar: no eran, no podían ser los que habían ido al campo enemigo en busca de noticias y de recursos; eran los portadores de la epidemia. ¡Momentos hubo de aquellos días en que alguien llegó á temer un asalto domiciliario, encaminado á destruir los terribles cultivos de microbios, foco horroroso de infección cólerica! La comisión trajo preparaciones desecadas y la autoridad ordenó la quema de las mismas. Cuanto se diga respecto á lo que el miedo, la envidia y la impresionabilidad ligera de este pueblo, inspiraron entonces, es poco. ¡Jamás hemos presenciado espectáculo semejante!

Era, sin embargo, lo que ocurría al principio débil

reflejo de lo que después había de sobrevenir. Insinuóse aquí la epidemia, y comenzó la defensa, por el ataque de los casos considerados sospechosos. En las calles del Pilar y Mayor, hubo necesidad de hacer fumigaciones: hizolas el farmacéutico de la sección especial facultativa de policía urbana, y cuanto de él y de los médicos que las aconsejaron se habló, no hay por qué decirlo. Todos fueron tachados de ignorantes, y á la ignorancia de alguno de ellos se achacó la defunción de determinadas personas, cuya muerte se debía, según el vulgo, á la acción del cloro; no á la del germen colérico. En seguida se habló aquí de médicos subvencionados, de gentes interesadas en hacer cundir la plaga: de todo, menos de honradez y buena fe. Recibieron algunos facultativos encargo especial gubernativo de examinar deyecciones de coléricos de Ricla, para hacer un diagnóstico diferencial exacto: realizaron su estudio gratis, con la exposición consiguiente y adoptando toda clase de medidas de precaución pública, y fueron en pago de todo eso denunciados al vulgo y casi á los tribunales, como enemigos de la salud de las gentes. Nunca las miserias personales tomaron en Zaragoza más alto vuelo: del insulto grosero á la calumnia, ni una arma, aun las más vedadas, dejó de esgrimirse.

Cuando, pues, se generalizó aquí la lucha contra el cólera, porque la epidemia se hizo general, parecíamos un pueblo de enanos; de tal modo habíamos por mutua murmuración rebajado nuestra talla. Y, sin embargo, la batalla contra la epidemia se dió: los más calumniados cumplieron generosamente sus deberes, y ni una

sola incorrección pudo achacárseles con fundamento. ¡Sólo una amenaza tan general y tan traidora como la del azote indiano pudo hacer el milagro de excitar suficientemente á este pueblo para que mostrara ser lo que siempre ha sido! Quien le hubiera visto, días antes de comenzar á defenderse, entretenido en la reconvencción mutua ¿hubiera podido sospechar lo que después ocurrió? Aquí se dijeron horrores de la Diputación provincial, de nuestro Ayuntamiento, de las juntas de Sanidad, del Gobernador civil de la provincia, de los médicos, de los farmacéuticos y hasta de los curas; y esto no obstante, todos cumplieron como buenos con ligeras excepciones.

¿Qué prueba esto? Pues sencillamente que hemos abandonado nuestra serenidad característica, trocándola por una ligereza inconcebible. Nos impresiona hoy la especie más trivial, y antes no nos impresionaba el peligro más inminente. Y que esto tiene graves desventajas, no hay por qué demostrarlo. Bien sabido es cómo influye en la salvación personal la serenidad de juicio, en los instantes de una amenaza. Quien discurre sereno ante el peligro, agota en su propio obsequio todos los recursos; el obcecado y el medroso no ve á su lado más que la muerte. Si hubiera sido menos susceptible este pueblo en 1884 y en la primavera de 1885; si hubiera discurrecido con serenidad, sin precipitaciones, sin arrebatos ante el peligro remoto del cólera, la epidemia hubiese encontrado aquí en sus comienzos lo que halló cuando ya nos había azotado intensamente: un plan completo de defensa y mucha decisión para afrontar

sus horrores. Obramos en los preliminares de la lucha con la ligereza propia de un pueblo débil, y nos alcanzó el cólera cuando estábamos embébedos en nuestras disputas. El procedimiento no es disculpable en ningún caso, ni cuadra á ningún pueblo formal; pero disuena más aquí, donde siempre ha tenido partidarios decididos la reflexión serena; aquí donde nunca se ha temido á nada; aquí donde con motivo de la epidemia colérica de 1885, comenzamos por aparecer enanos para concluir siendo gigantes. La impresionabilidad excesiva, condición es inconveniente al individuo; pero más, mucho más inconveniente á los pueblos; que aquél, el individuo, si comete impresionado algún hecho á sí mismo se afecta solamente; y los pueblos impresionables han cometido y cometerán siempre grandes é irreparables errores.

¡Muchas injusticias realizó aquí la opinión en 1885; muchas, muchísimas ha cometido también al decidir con ligereza sobre hechos y cosas no bien estudiados ni comprendidos: unas son reparables, otras están ya reparadas; pero ¡ay! que algunos no dejaron de manchar reputaciones ó de producir efectos indelebles! El pueblo que las hizo debe entenderlo así; y debe, mirando por su bien, comprender á qué extremos puede conducir la ligereza de juicio y á cuán grandes responsabilidades llega á obligar la impresionabilidad exagerada.





### XXXI

Entre todos los concejales que ha tenido Zaragoza, pocos tan celosos é ilustrados como el Sr. D. Juan Gimeno Rodrigo á quien alguno habrá igualado en labor asidua y en buen deseo en pro del bien comunal; pero á quien de seguro no ha aventajado nadie. Prescindiendo de toda idea política, de todo apasionamiento, de toda animadversión personal, amigos y enemigos lo reconocen y lo proclaman así. Tendrá el Sr. Gimeno para algunos, defectos personales, ¿quién no los tiene? pero por encima de ellos y compensándolos con creces están su honradez acreditada, su talento reconocido y una voluntad de hierro capaz de dar cima á las empresas más arduas. Por servir á Zaragoza olvidó muchas veces su ejercicio profesional de abogado, é invirtió con más gusto las horas de que dispone en el estudio de un expediente municipal difícil, que en la redacción de un informe curial. Sus trabajos como individuo de la junta local de escuelas le hubieran creado en otros puntos una gran reputación; que en este terreno don Juan Gimeno Rodrigo ha mostrado condiciones de apóstol: aquí le han acreditado entre los profesores que á un mismo tiempo le quieren y le admiran; pero le

han valido también antipatías inconcebibles. Y es que no hay inteligencia posible entre D. Juan Gimeno Rodrigo y los que por sus servicios á la enseñanza primaria de Zaragoza le murmuran: éstos no darían por instruir á nadie un solo céntimo, y aquél por conseguir que uno más sepa escribir y leer, vendería la camisa que lleva.

Además el Sr. Gimeno Rodrigo es un hombre que no tiene tacha: el que quiera censurarle mucho, hablará de su desaliño en el vestir; pero nadie podrá achacarle nada que no sea noble y generoso. Y cuéntese con que decimos esto del hombre sin hablar del político; que este trabajo, ni ha tenido ni ha de tener carácter de tal, y bien hemos demostrado en él censurando faltas de propios y aplaudiendo virtudes de extraños, la imparcialidad, en que al realizarlo, hemos querido inspirarnos.

Ahora bien, con tales antecedentes no hay que decir si el Sr. Gimeno Rodrigo tiene ó no derecho ya que no al cariño, á la consideración de los hombres de este pueblo, que tanto le debe. Si individualmente se pregunta á los zaragozanos sobre tal particular, la contestación obtenida será afirmativa y unánime. Cien veces lo hemos oído expresar así á los adversarios más decididos del interesado. Pero, estamos demostrando la ligereza de nuestro carácter y la impresionabilidad á que amoldamos nuestros actos, y la estimable figura del Sr. Gimeno Rodrigo nos proporciona en tal sentido un gran argumento.

Atento á los deberes que le imponía un cargo por él

desempeñado interinamente, el de teniente de Alcalde; esclavo, á la vez, de estos mismos deberes, D. Juan Gimeno Rodrigo que no habrá presenciado nuestra fiesta llamada nacional más de tres veces en su vida, fué á presidir un día, una corrida de toros. Hay que advertir á este propósito que tal presidencia tiene mucho de contingente y de circunstancial, y que se da el caso de que un inteligente en materias de toreo, comete á granel pifias presidenciales; resultando por el contrario, todo un buen director presidencial, el que por vez primera, sin eso que se llama conocimientos taurinos, se encarga de presidir una corrida. En este resultado influye todo: la situación de la empresa, el estado de ánimo de los espectadores, el precio de las localidades, la temperatura ambiente, las simpatías ó las antipatías personales del que ha de presidir, las cuadrillas, *los monos sabios*, el ganado de lidia y los caballos. De cualquier punto y por cualquier causa resulta en una plaza de Toros un incidente grave. El público acude allí á presenciar fieras escenas de sangre y parece por eso más dispuesto á toda clase de luchas. Algo hay en la plaza de Toros, que exalta á los más pacíficos, y disloca, digámoslo así, las ordinarias facultades psíquicas del espectador.

El cartel de la corrida que el Sr. Gimeno Rodrigo presidió, anunciaba la lidia de toros defectuosos, y entre los que se habían de jugar, salió uno que, además de llevar un cuerno colgado de su matriz, resultó cobarde é inofensivo. El público pidió en el acto que el animal fuese retirado; la presidencia dudó; tomó

informes; vió que la retirada tenía dificultades, y decidió la continuación de la lidia. Exaltáronse los ánimos profundamente; la gritería se hizo general; la presidencia ratificó sus órdenes y ocurrió en la plaza un verdadero desbordamiento. El público bajó al redondel en demostración de que el toro era *manso*, pero como esta condición está prevista en el reglamento, nada logró con la prueba. Irritáronse con ello los espectadores más y más, y aquello fué una Babel.

Para resarcirse "en cierto modo," de sus pérdidas, los asistentes destruyeron toda la madera de la plaza y cada cual con su tabla, salieron muchos en tumultuosa manifestación por la calle de Pignatelli, desde la cual fué apedreada la casa del empresario, y llegaron á presentarse delante de la casa del presidente en actitud hostil. Algo hubo también en aquella demostración inolvidable para las oficinas de LA DERECHA. Disolvióse al fin la manifestación por el cansancio de los manifestantes; pero el escándalo resultó mayúsculo.

Y eran de oír los comentarios que á muchos entusiastas aficionados inspiraba el conflicto. D. Juan Gimeno Rodrigo resultó por aquellos instantes un hombre *funesto*. ¿Cómo no?: ¡si no sabía presidir una corrida de toros! Nadie veía en él más que al presidente inepto: ninguno al hombre dignísimo, ni al concejal celoso. En los momentos de exaltación más alta, mediante un plebiscito de plaza, el presidente de aquella tarde hubiera sido defendido por pocos votos: los más sin acordarse para juzgar más que del cuerno colgante del toro, que debió parecer á muchos una

burla sangrienta, lo hubieran condenado á cualquier cosa.

¿Qué no merecía el Sr. Gimeno por no haber dedicado á estudiar el reglamento, las condiciones y los incidentes de los toros, las horas que había pasado en estudiar los medios de abrir en Zaragoza una escuela más ó de resolver del modo más conveniente un conflicto municipal económico?

Y lo peor del caso fué que en la demostración de desagrado no tomó solamente parte esa gente, que según expresión vulgar, *no ve más allá de sus narices*, cosa que tendría explicación por más que no tendría disculpa: atizando la ya exagerada excitación popular; dando fuego á la grito; concediendo la razón á los alborotadores; entre puertas y pasillos, se vieron gentes de levita, que tienen obligación de discurrir, y que en vez de calmar exaltaban los ánimos. De un médico muy conocido hemos oído asegurar que no encontraba palabras con que zaherir á la presidencia, ni frases con que alentar á los revoltosos en su empresa destructora; de otras personas á quienes hay que suponer ilustración suficiente y serenidad de juicio hemos oído también contar cosas deplorables. La embriaguez del entusiasmo taurino anubló sin duda aquella tarde muchas inteligencias.

Y bien, preguntamos hoy á cuantos directa ó indirectamente tomaron parte en aquella manifestación: ¿Hubo en realidad motivo para hacerla? Suponiendo que el toro que la motivó no debiera haber salido á la plaza, ó que, una vez en la misma, debiera ser retira-

do: suponiendo una flagrante equivocación de la presidencia, ¿resultaba justificado el tumulto, y sobre todo, la tendencia marcadamente personal que en él pudo advertirse? Bajo ningún concepto, y menos tratándose de quien se trataba.

Pero á esos y otros deplorables excesos lleva la ligereza de carácter. Mientras en la fórmula de nuestros juicios de ciudadanos no tengamos presentes todos los términos; mientras, sobre todo cuando se trata de hombres, no tengamos para nada en cuenta los antecedentes de su historia, incurriremos en las exageraciones más tristes, y, juzgando con la pasión de un momento, realizaremos los más terribles extravíos. Afortunadamente, la torpeza que hoy nos ocupa ha sido reparada debidamente: hoy nadie es capaz de molestar al Sr. Gimeno Rodrigo, porque no entiende en asuntos taurinos: pero ¿y si se tratara de otra clase de consecuencias? La frivolidad de juicio, ya lo hemos dicho, es inadmisibile en los individuos; en los pueblos no tiene disculpa: les lleva á olvidar en un segundo de arrebató limpias historias de años y años. Con ella no hay hombres posibles; que al que más y al que menos, pueden, en un instante dado, condenarle, si no sus hechos, las apariencias, y á éstas no más se atiene quien de ligero juzga.

Conviene mucho más á Aragón la histórica severidad de su juicio sereno, que el bullanguero arrebató de un criterio ligero: así deben entenderlo cuantos nos lean y á dejar la impresionabilidad actual y á obtener nuestra serenidad pristina, de un pueblo serio propia,

---

deben enderezarse nuestros pasos. De lo contrario con pretexto de la presidencia de una plaza de Toros ó con otro más fútil aún, cometeremos los mayores desatinos. Y después de cometerlos atormentará nuestro espíritu el aguijón del remordimiento.



### XXXII

Desde hace mucho tiempo nuestros paisanos se dedican á juzgarlo todo. Bajo el concepto del juicio no puede darse mayor osadía que la que en ellos se observa. Hemos visto á varios *baturros* discurrir sobre la marcha y condiciones de un eclipse de luna, al cual nuestros calzonudos paisanos llamaban gráficamente *clise*; hemos oído á varios obreros discutir sobre los problemas sociológicos más trascendentales; á muchos que decían *haiga y frabica* censurar composiciones literarias; á dos ó tres jaboneros discurrir sobre química sublime; á muchos gacetilleros hablar acerca de la política de Bismarck y los propósitos de León XIII; á algunos políticos recién salidos del cascarón formular los planes más trascendentales de arreglo definitivo del país; y á todos emitir juicios tan estrafalarios y vacíos de sentido, que más de cuatro veces nos hemos indignado al pensar sobre el juicio y sus autores. Sentimos á este propósito un remordimiento para el cual buscamos lenitivo en la absolución, que á la opinión pública pedimos, del pecado que cometimos, con el pensamiento nuestro que lo engendró.

Trátase de un ingeniero ilustradísimo y celoso que



entre otras excelentes cualidades tiene la de vivir en un relativo aislamiento; cumpliendo sin embargo leal, honrada y hasta pródigamente con sus deberes; pero guardando con exquisita cautela de decir una sola palabra de sus planes y de sus trabajos á quienes no tienen derecho á conocerlos, ni menos á intervenir en su realización. Y bien, una mala lengua, un hombre ligero, de esos que podríamos decir que eligen la murmuración por oficio y lo practican á diario con una constancia inimitable, cuando nosotros no conocíamos ni de vista siquiera al ingeniero en cuestión, díjonos de él horrores. Las obras encomendadas á su cuidado no servían más que para producir sisas considerables al interesado; sus conocimientos eran nulos y de ningún valor; ni tenía el ingeniero cabeza, ni mano derecha; era la ineptitud misma. Creímos cándidamente lo que se nos dijo y hoy nos avergonzamos de la creencia. Además de ser un hombre honrado, el ingeniero en cuestión goza de ilustración poco común y vive solamente para sus deberes. No es, sin embargo, comunicativo; no rinde culto al vulgo y nos explicamos por eso cuanto con él ocurre. Le critican porque no le conocen.

Y es que tenemos la pretensión de que cuantos conocemos y tratamos han de ser lo que somos nosotros, y han de proceder como nosotros procedemos. No queremos acostumbrarnos á ver y admitir la deformidad que presentan nuestros paisanos, gibosos por uno ú otro concepto ó por una ú otra parte, sí que queremos corregir la deformidad. Y nos hallamos en el caso de

un individuo que escogiera, para tratarle como amigo, á otro que reuniese excelentes condiciones morales y materiales, pero que tuviese la desgracia de ser *chato* ó jorobado y, al cual, en vez de aceptarle con su nariz aplastada ó su joroba saliente, utilizando todas las demás soberanas condiciones suyas, estuviésemos siempre juzgando como chato ó como giboso y hablándole siempre de la deformación de su espina ó del aplastamiento de su nariz. Así somos, y de conformidad con nuestra manera de ser procedemos; dándose además la dolorosa circunstancia de que, juzgando casi siempre por las apariencias, vemos narices romas y gibas descomunales, allí donde la nariz es perfecta y afilada y la corrección de formas indiscutible.

No hay entre nosotros quien se resigne buenamente á no emitir opinión sobre lo que constituye objeto de conocimientos especiales y reclama por eso aptitudes determinadas. Hay que juzgarlo todo. ¿El telefono?, dicen los que oyen esta palabra por primera vez, *saca-dinero; ¡eso es una castaña!* ¡El fonografo! exclaman cuantos llegan á saber que hay un aparato que fija la voz y la produce automáticamente; ¡una filfa! ¡El micrófono! una tontería; ¿para qué nos sirve la observación de los ruidos pequeños, si aun los grandes estorban? ¿Que el planeta tal ó el astro cual se compone de estos ó los otros principios, y tiene á su rededor estas ó las otras atmósferas? ¡Mentiras científicas! El espectroscopio es un instrumento inútil y falaz.

Y cuando se les somete á indirecto examen preguntándoles capciosamente, al objeto de ver si conocen el

telefono, el fonografo, el micrófono y el espectro, no tardan en demostrar su ignorancia y en probar que lo mismo conocen el mecanismo de los aparatos sobre los cuales han emitido juicio, que las leyes en que aquellos se fundan. Recordamos á este propósito que, siendo niños casi, llegó á entusiasmarnos el notabilísimo fenómeno de la circulación de la sangre, observado por nosotros con sin igual complacencia y mediante investigación microscópica en la membrana interdigital de una rana. ¡Precioso espectáculo, dijimos á un paisano nuestro, acercando sus ojos al ocular del aparato! Y él nos contestó después de un rato de observación "*Desengáñese usted, esto lo parece, pero no lo es; estos medios mienten mucho.*" "La vista es desvanecida por la lente amplificante y hace que se vea negro lo que es blanco y blanco lo que es negro. Estos adelantos de la física no deben ser recibidos sino á beneficio de inventario. ¡Mienten mucho estos cristales!" Y nos quedamos pegados á la pared más próxima. Nuestro interlocutor hablaba con un aplomo y una decisión extraordinarios. Cualquiera al oírle hablar se hubiera convencido de la razón con que se expresaba. Y, sin embargo, ni sabía lo que era microscopio, ni lo que era sangre, ni lo que era circulación. Pocos días después pudimos convencernos de tal circunstancia. Siga el lector dispensándonos su benevolencia y podrá estudiar una galería de tipos iguales al que acabamos de describir.



### XXXIII

Al rededor de la mesa de un café nos hallábamnos sentados hace días, y contra nuestra voluntad pudimos enterarnos de las palabras que pronunció un individuo sentado á nuestra izquierda. No había para aquel buen señor, reputación masculina ni femenina, bien adquirida, ni menos justificada. El autor de un libro, que había conseguido gran fama y logrado extraordinario nombre, era un filósofo vulgar, que por no saber, ni sabía gramática; el ponente de un informe luminoso, destinado á prestar grandísimos servicios á nuestra agricultura, un rápsoda que se vestía con galas ajenas y pretendía darse aires de sabio; don Fulano de Tal, iniciador de un proyecto convenientísimo á Zaragoza, que, por circunstancias imprevistas, no había dado de sí todos los resultados que se acariciaron al plantearlo, un hombre vacío de sentido é indigno de la pública consideración: otro que con mejor ó peor fortuna, pero con recta intención, había hecho cuanto estuvo á su alcance en bien de todos, aun del mismo que hablaba, un ignorante atrevido que no buscaba más que su propia conveniencia.

El murmurador de café trataba de arquitectura lo

mismo que de balística; de derecho como de letras y administración; de cirugía como de farmacia, y, barajando nombres, reputaciones y servicios, con menos cuidado que si realmente fuesen naipes. Le oíamos con paciencia y su discurso, animado como si hubiese defendido buena causa, nos inspiró las más tristes consideraciones. Luego pudimos saber que aquel hablador tenía grandes motivos para poner freno á su lengua: hablaba sin duda porque no hablaran los demás, y achacaba á todos lo que él mismo era y sentía. En fuerza de ser pequeño quería ver á su altura á cuantos le rodeaban.

Muchas veces se ha reproducido entre nosotros la siguiente historia: un arquitecto ha dirigido la construcción de un edificio poniendo en él, según la frase vulgar, sus cinco sentidos: un pintor ha terminado un cuadro en el cual ha hecho prodigios de esfuerzo y de arte: un escritor ha dado á luz un libro original, útil, bien pensado y de trascendencia. Y llega el instante de la censura de las obras, y los autores sométense humildes á la crítica: aplauden las personas serias, las más inteligentes señalan con delicadeza pequeños defectos, que no ofenden al censurado y prueban además la suficiencia del juez; pero viene el ignorante, disfrazado de amigo, de curioso ó de crítico, y en dos palabras formula el juicio más duro. El edificio del arquitecto es un informe montón de materiales; el cuadro del pintor un mascarón mal hecho; el libro un castigo. Pidan los que oyen al atrevido razones de su juicio; exijanle fundamentos; exijanle la prueba de su

capacidad de juez, y obtendrán por toda respuesta el silencio, ó el chiste que desvía la pregunta y evita la contestación. Bien averiguado el caso llega á saberse la causa de la crítica, que probablemente es personal; pero jamás se consigue acreditar la suficiencia del crítico.

La osadía que lamentamos tiene otra fase: una buena porción de nuestros paisanos, creyéndose que sirven para todo, á todo aspiran. Consideran que ser oficial de una secretaría, equivale á ir á la oficina dos veces al día; sentarse algunas horas en una silla y fumar un rato en compañía de los amigos que acuden á saludar al oficial, ó á preguntar por el estado de un asunto, y aspiran á ser empleados: creen que no significan nada los sacrificios, sin número, realizados para alcanzar ciertas posiciones, y aspiran á la posición, sin querer pasar por el sacrificio: parten del estudio de la persona sin atender al de los méritos, y creyéndose, por uno de tantos milagros del pensamiento, "personas,," y considerando que la personalidad da derecho á todo, en todo proyecto de acomodo pretenden intervenir, reclamando su parte. No hay manera de inspirarles criterio distinto del que les guía: desde el momento en que creen que piensan como los demás, y ven que visten, como sus convecinos, levita y sombrero, "todos somos iguales,," dicen; y se consideran con derecho á sentarse donde otros se sientan y á vivir donde otros viven. El género abunda y por eso no hay aquí triunfo, ni acomodo que no dé lugar á general gritería, á un tiempo dirigida contra el que

triunfa y contra todos los que directa ó indirectamente han intervenido en el asunto. Si fuéramos en este sentido á citar hechos y nombres, no acabaríamos nunca: el lector podrá recordar muchos si reflexiona sobre estas consideraciones.

Por eso sucede que, entre nosotros, el mero hecho de alcanzar un puesto ó de realizar una empresa, por nobles y levantados que sean los medios empleados para uno y otra, granjea antipatías y aun suscita odios; dando casi siempre lugar á condenaciones no bien pensadas, que inspiran á un tiempo el amor propio herido, el dolor por el bien ajeno y el resultado de la falsa comparación que resulta, cuando, buscando una igualdad imaginaria de méritos y aptitudes, se empieza por elevar cómodamente y á capricho, el nivel, la nobleza ó la categoría de uno de los términos comparables. Cuando las cosas llegan á tal altura, la inteligencia sufre verdaderos eclipses y se llega á todo menos á discurrir. No queremos, bajo ningún concepto, citar fechas ni refrescar historias; pero sí hemos de decir que hay por ahí, en Zaragoza y fuera de Zaragoza, muchos zaragozanos que han conseguido, á fuerza de vigiliias y por medios decorosos y legales, elevadas posiciones, y se han granjeado por esa sola razón, entre sus paisanos, indelebles antipatías. Prescindiendo de estos hechos ¿quién no sabe que aquí sin reparar en la facilidad con que exageramos el propio mérito, rebajamos el mérito de los demás? Un tipo recordamos en este instante, que demuestra su ineptitud en cuantas obras produce; que cuando hace algo tiene

buen cuidado de hacerlo constar, buscando para sus obras la alabanza por cualquier medio, y que infatuado con su nombre que considera rodeado de luciente aureola, fraguada á fuerza de humillaciones y rastre-rías, en nadie encuentra nada bueno. ¡Él es el único! De otro podríamos hablar que hace algún tiempo nos inspiró verdadera lástima: vive la vida del rico y debe su fortuna á una industria que le dejaron planteada sus antecesores y que él explotó con honradez, pero sólo en virtud de la velocidad del impulso adquirido. No ha pensado jamás cón originalidad porque es incapaz de todo juicio propio: movíanse las ruedas de la fábrica de su propiedad cuando él se encargó de ella, en virtud de cierto sencillo mecanismo automático, y el único estudio que realizó en este mundo fué el del movimiento de izquierda á derecha de una correa motriz.

Ahora, retirado ya, dedícase á decir que nadie vale un comino, ni sirve para nada. Los títulos profesionales no significan para él cosa alguna; los adelantos científicos son quimeras ó acciones aportadas al trabajo de destrucción de la humanidad, que según él están realizando á toda prisa los modernos inventos. De nada entiende, pero todo lo condena; á pocos conoce, pero á todos censura con acritud. ¿Qué necesidad tiene él para emitir sus juicios de la física, de la química y de la historia natural? Debe su modo de ser á una correa que movida á izquierda ó á derecha ponía en movimiento una fábrica: ¿qué falta hacen, pues, para enriquecerse los títulos científicos? La verdad es que



hay por esos mundos de Dios muchos hombres que tienen dos ó tres y no comen; y que él, sin título alguno, es todo un personaje á quien algunos centenes dan osadía bastante para hablar de todo y entender de todo.





### XXXIV

De la procacidad de ciertos jóvenes paisanos nuestros, del atrevimiento que algunos manifiestan en cualquiera ocasión; ¿qué hemos de decir? Hay en nuestra ciudad una buena porción de adolescentes de todas condiciones y clases, *gomosos* de nuestros días, que creyendo con falso juicio, que lo primero que tiene que hacer el hombre en esta vida es morder al prójimo y pedir para sí, toman la murmuración calumniosa por procedimiento y no hay cargo, ni puesto ni comisión para los cuales no se crean con derecho indiscutible. En materia de mujeres pretenden á la Luna porque su nombre pertenece al género femenino; en materia de puestos, la sede pontificia, y en materia metálica, el tesoro de Rostchild. No hay medio de poner freno á su ambición y límite á su lengua: consideran que es el mundo de los porfiados, y la murmuración la única arma temida y temible, y se dedican á pedir y á porfiar.

“Desengáñese V., decíamos hace tiempo á un joven, pretendiente de un destino bien retribuido: no tiene usted las condiciones que se exigen para desempeñarlo. Es V. ignorante en las materias que han de ser de su competencia; carece V. de energía y de carácter: sería

usted en tal sitio una verdadera calamidad., „Sí, nos replicó; pero cobraría tantos miles de reales al año, y cuando Fulano de Tal los cobra en tal destino y Zutano en tal otro, siendo lo que son y como son, yo tengo perfecto derecho á aspirar, y aspiro., Fulano y Zutano, hombres rectos, probos, de ilustración y de condiciones, han llegado al sitio que ocupan por los procedimientos más reglamentarios y legales; son, puede decirse, demasiado para el cargo que desempeñan; pero, vaya cualquiera á decir al osado que entre él y aquéllos hay diferencia. ¡Será capaz el impugnado de cualquier cosa!

En el momento que vemos aquí que uno cualquiera de nuestros paisanos hace una casa, ya nos consideramos todos los demás con derecho y opción á hacer lo propio. Así vemos que hay un pintor que produce un cuadro notable, y el que más y el que menos, toma los pinceles con propósito de superarle y con la convicción de obtener el propósito; vemos que un médico realiza una operación arriesgada, y no sólo queremos imitarle, si que pretendemos ir más allá; observamos que un industrial se hace rico, explotando una fabricación cualquiera, y en seguida competimos con él para sustituirle. „¡Lo que hace un hombre, decimos, bien pueden hacerlo los demás!., Y esto es un craso error. Para producir en cualquier sentido, necesitase, en primer término, unidad en la materia primera de producción é igualdad de medios de procedimiento y de aptitudes. De que un hombre invente la pólvora, el pararrayos, la imprenta, el vapor, el telégrafo, el telefono,

la respiración ó la circulación de la sangre, no se desprende que todos los hombres han de realizar con precisión inventos iguales ó análogos. En los inventos ha influido la ocasión al igual que el medio; la materia al igual que la inteligencia; la suerte al igual que el estudio. Pretender, pues, no sólo que todos valemos para todo, sí que todos servimos para corregirlo y perfeccionarlo todo, es pretender una quimera: y aquí siempre planteamos tan quimérica resolución.

Líbrenos Dios de cerrar el paso, ni de detener á nadie en su marcha. Somos partidarios impenitentes del progreso indefinido y al par que ambicionamos la perfección de los espíritus queremos con ansia el perfeccionamiento, la comodidad y el bienestar de los cuerpos: en dicho sentido queremos y propagamos toda aspiración, más aún, toda ambición legítima y noble; pero deseando que para ambicionar, ni se niegue nada á nadie, ni se deje de tener en cuenta el propio valer al cual ha de ajustarse constantemente la aspiración. Suponer que todo hombre puede y debe, por el mero hecho de ser tal, aspirar á ser Pontífice y obispo, ministro ó rey, equivale á justificar toda clase de ambiciones y á favorecer toda suerte de empresas. Hay que contener á cada cual dentro de los límites en que debe moverse, sin admitir más excepciones que aquellas que crean esos astros de la humanidad que se llaman "genios," para los cuales no hay límites ni fronteras.

A no discurrir así, debe achacarse un fenómeno muchas veces observado y que da lugar á las consecuencias más tristes. Sueña un pobre padre de familia, hon-

rado, decente, cariñosísimo, todo amor, todo sacrificio, con que el hijo suyo querido pueda ser cuanto hay que ser en este mundo. Y á partir del sueño impónese y realiza todo género de sacrificios. Envía, siendo modesto ciudadano, y realizando un gran esfuerzo, á su hijo al Instituto; de aquí á la Universidad más inmediata; de ésta á la central. Ya es el hijo, después de muchos años de angustia, licenciado y doctor: ¡Se ha realizado el sueño! ¡Se toca la felicidad con las manos! Pero ¡ay! que el padre que cifra su esperanza en su hijo, desde el instante en que decide hacerlo hombre de carrera; que mimó excesivamente al estudiante, y apareció al mimarlo rebajado en su autoridad paternal, no ha conseguido otra cosa que crear un abogado, ó un médico; ó un doctor en ciencias más, sin facultades excepcionales y tal vez sin amor á quien tales sacrificios hizo por él. En este sentido comprendemos bien que se respeten lo que podríamos llamar inclinaciones innatas; cuando un niño, cualquiera que sea, demuestra condiciones ingénitas de pintor, de músico, de mecánico, respétense y favorézcanse esas inclinaciones: cuando, sin apasionamientos ó caprichos de padre, se observe que un joven manifiesta genio y aptitudes háganse, por favorecerle, milagros; pero que nunca se pretenda amoldar inteligencias á caprichos y caracteres individuales á pretensiones risibles, porque tal pretensión es precisamente la que luego engendra las aspiraciones más absurdas.

Hemos visto cien ejemplos de lo que decimos y muchas veces se ha clamado por escritores y filósofos en

---

el sentido que clamamos. Una es la inteligencia del hombre; una el alma que nos anima; uno nuestro fin; pero ¿puede dudar alguien de que dentro de las llamadas potencias psíquicas, la memoria, la voluntad y la inteligencia, puede haber y hay efectivamente grados? A todos consideramos á igual nivel y en todos conceptuamos que existen elementos susceptibles del perfeccionamiento más acabado; deseamos, sin embargo, que cada cual consulte consigo mismo y obedezca á lo que dicte el corolario lógico de la consulta.



### XXXV

Llegamos al fin del programa que nos ha servido de norma para escribir este trabajo, relativo á Zaragoza, y es fuerza concluir. No terminaremos, sin embargo, antes de resumir nuestras consideraciones para reflejar en breves frases el móvil que las inspiró, y el fin á que aspiran. Abrigamos el convencimiento de que en la ocasión presente hemos actuado de fotógrafos: con mejor ó peor fortuna, con tintas más ó menos delicadas y trazos más ó menos salientes, nuestro papel ha quedado reducido al de meros grabadores, y hemos dibujado en la placa de Guttenberg, valiéndonos de la luz por nuestra sociedad irradiada. Si la fotografía resulta dura, no es nuestra toda la responsabilidad de la dureza: acháquese ésta en primer término al cuadro desconsolador que la cámara fotográfica ha presentado á nuestra consideración y á nuestro estudio. Antes de emprender nuestro trabajo, comprendimos todas las dificultades con que habíamos de luchar en nuestra empresa: pero nuestra decisión ha sido y es firme. Ante el convencimiento de que nuestros paisanos necesitan hoy más que del aplauso oficioso, de la reconvección fraternal fundada, por ésta nos hemos decidido, seguros

de que prestamos un verdadero servicio á esta sociedad que nos vió nacer.

La síntesis de nuestro pensamiento es esta: "en Zaragoza, en Aragón, hay hombres para todo y sobran elementos para realizar las más arduas empresas: La materia espera á la inteligencia, y ésta ni forma, ni crea." ¿Por qué? nos hemos preguntado. Y nuestra respuesta hállase esbozada en el trabajo que terminamos hoy. Lo hemos escrito con la mejor buena fe y con el más noble propósito, teniendo el cuidado de huír de personas y ateniéndonos sólo á la censura de vicios, con imparcialidad y sin apasionamiento. Reconocemos de buen grado que la obra de criticar á una sociedad como la nuestra, pagada de su historia y engreída con sus antecedentes, es muy superior á nuestras fuerzas, escasas y pobres; pero ya que no hayamos llegado á la crítica, entendemos que nos pertenece la iniciación del camino que á la misma conduce.

Es llegado á nuestro entender el caso de que los hombres de valer, en vez de buscar una estéril y transitoria populachería, un aplauso fugaz, en la adulación, tantas veces tributada por sistema ó por conveniencia á nuestro pueblo degenerado, busquen la regeneración de nuestros paisanos, por el apuntamiento de los vicios y la demostración de las conveniencias morales, cívicas y sociales que tiene la virtud; por el ejemplo y por el sacrificio. ¿Nos equivocamos pensando sombríamente en medio de una sociedad que ofrece, según algunos, porvenir risueño? Buenamente creemos que no, y para pensar así nos atenemos á nuestra afir-



mación fundamental: "Aquí, decimos, hay hombres y hay elementos para todo y sin embargo, dígase cuanto se quiera, nuestro desarrollo, nuestro progreso moral y material, dejan que desear mucho, aún á los más optimistas."

Por consiguiente no hay que pretender ocultar el mal cuando alguien desea ponerlo al descubierto: lo que debe hacerse es observarlo con detenimiento y entablar en seguida el plan curativo. Ese plan es por otra parte muy fácil: distíngase aquí entre la conveniencia de la patria y el interés individual; rinda cada cual culto á sí mismo, sin olvidar que es ser social, y tiene que vivir en la sociedad de que forma parte; límitense por todos las exigencias del egoísmo refinado que hoy tenemos, con los lindes de lo que á los demás corresponde; convénzanse todos de que no se enaltece el propio mérito cuando se deprime el mérito de los demás, y si después tenemos cuidado de reivindicar para nuestros paisanos los inolvidables caracteres del tipo aragonés típico, patriota, espléndido, formal, decidido, religioso, franco, noble, con costumbres propias y arraigadas, laborioso, amante de sus glorias y de sus hijos, sereno, humilde, el milagro se hará, y nuestra ciudad ocupará en el porvenir el lugar y el rango que le señaló su pasado glorioso.

¿Se nos arguye que pedimos una quimera ó que soñamos un pueblo? No admitimos el argumento ni aún en tono de pregunta. Comprendemos que ese trabajo de regeneración es difícil y costoso y que ha de exigir grandes sacrificios; pero el interés que envuelve es su-

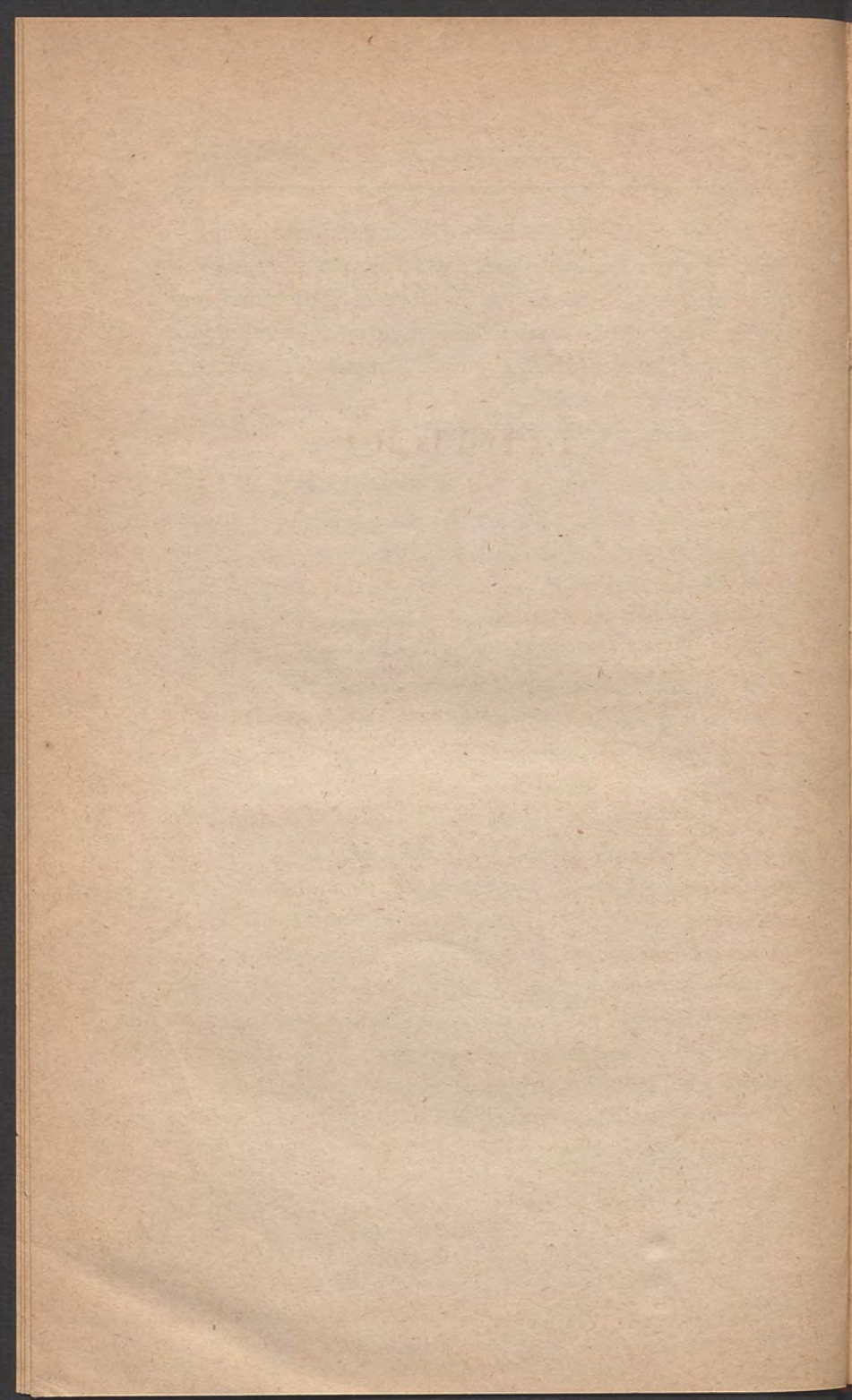
perior, y para realizarlo no hay que reparar en obstáculos. ¡Que cunda el ejemplo de arriba abajo! ¡Sean los primeros en variar de prácticas los que debemos considerar como directores de la opinión, y la transformación se hará poco á poco. Cesen para siempre entre nosotros esas bizantinas luchas, gigantescas y encarnizadas, que parecen debidas á eternos odios de raza y tienen casi siempre por fin único el interés más mezquino; sustituya al mordisco mutuo el mutuo respeto; convenzámonos de que no entra en nuestra propia caja el dinero del vecino, sólo por el hecho de que éste lo pierda; acordémonos siempre de que por encima del interés individual hállese el interés colectivo, y cuando veamos que la generosidad ó las condiciones de un paisano nuestro le inclinan á pensar en todos y trabajar por todos, en vez de oponerle dificultades en su carrera, favorezcamos su marcha. El pensamiento noble, siquier sea equivocado siempre tendrá su disculpa en su nobleza: el pensamiento ruín, es censurable, aún siendo fundado.

¡Zaragoza, Zaragoza! Puedes ser hoy fiel reflejo de lo que fuiste ayer. La historia te pinta grande, espléndida, de indiscutibles virtudes: tu porvenir, si realizas un esfuerzo pequeño, se presenta brillante, envidiable. Mira, pues, á tus pasadas glorias para inspirarte en ellas; estudia el porvenir para imponerte sacrificios y acometer empresas generosas. ¡Hay en tus hijos quien puede conducirte con firme paso por el camino del progreso: sobran á tu suelo toda clase de energías! Jamás, pues, pueblo alguno pudo resolver con tanta fa-

cilidad el problema de su perfeccionamiento progresivo. Una voz amiga te amonesta, porque un corazón filial siente y deplora tus desdichas. Reflexiona un instante sobre tus actuales deficiencias y sobre el modo facilísimo de remediarlas y obra después de acuerdo con tu poder indudable.

¡Levántate y anda, Zaragoza!





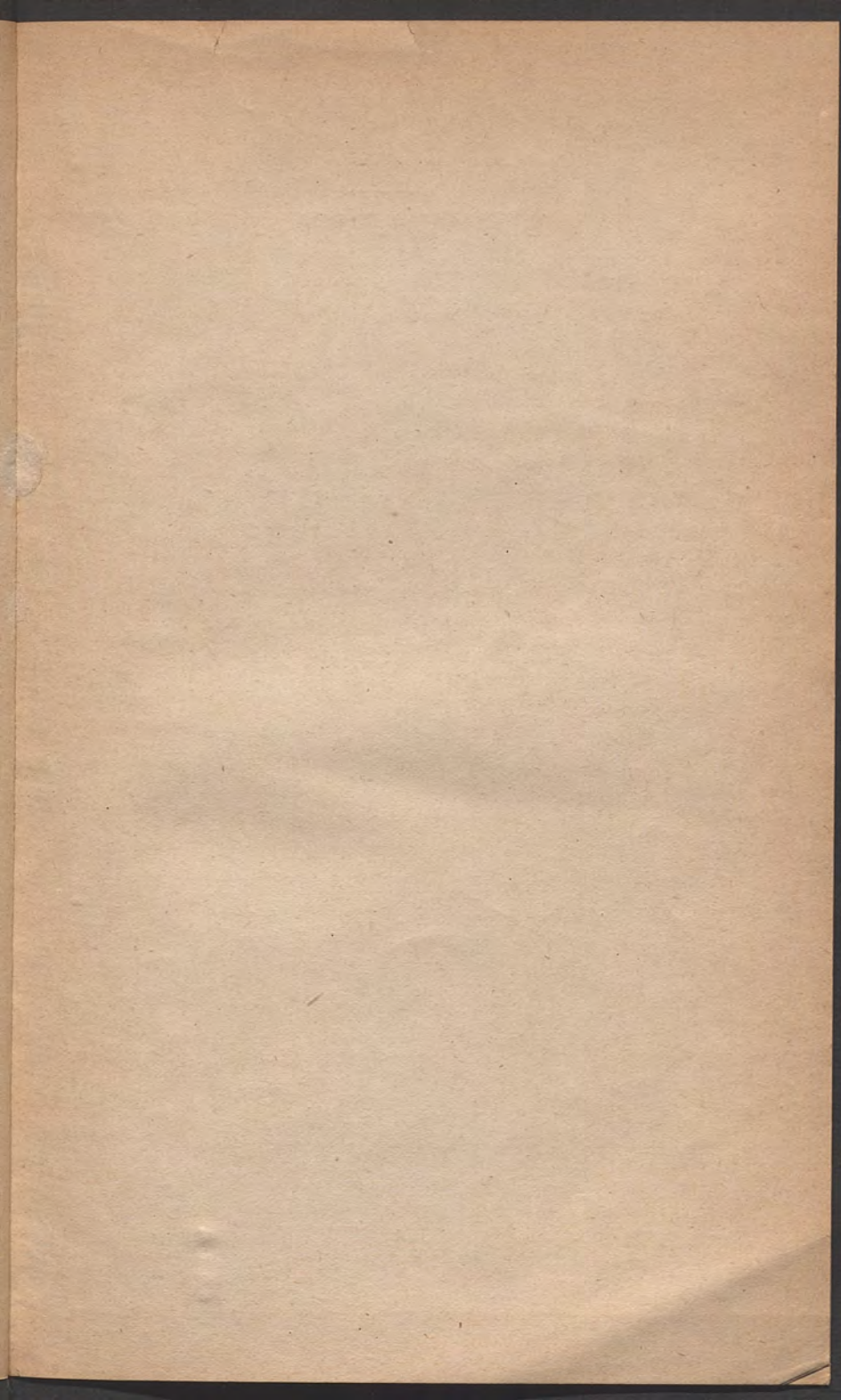
# Índice

---

	Págs.
Consideraciones preliminares.....	1
Siguen las consideraciones.....	6
Ellos y nosotros.....	10
Los forasteros.....	15
Zaragoza y sus hijos.....	20
Antaño y ogaño.....	24
Nuestro patriotismo.....	29
¿Concesiones?.....	34
El puente de hierro sobre el Ebro.....	40
Los tranvías.....	48
El telefono.....	53
Los agricultores.....	59
Cambio de frente.....	63
¡Viva la esplendidez!.....	69
¡Cuando éramos formales!.....	74
Nuestra testarudez.....	79
Nuestra franqueza.....	84
Nuestra generosidad.....	89
¿Somos envidiosos?.....	95
Ayer y hoy: ¡véase la clase!.....	101

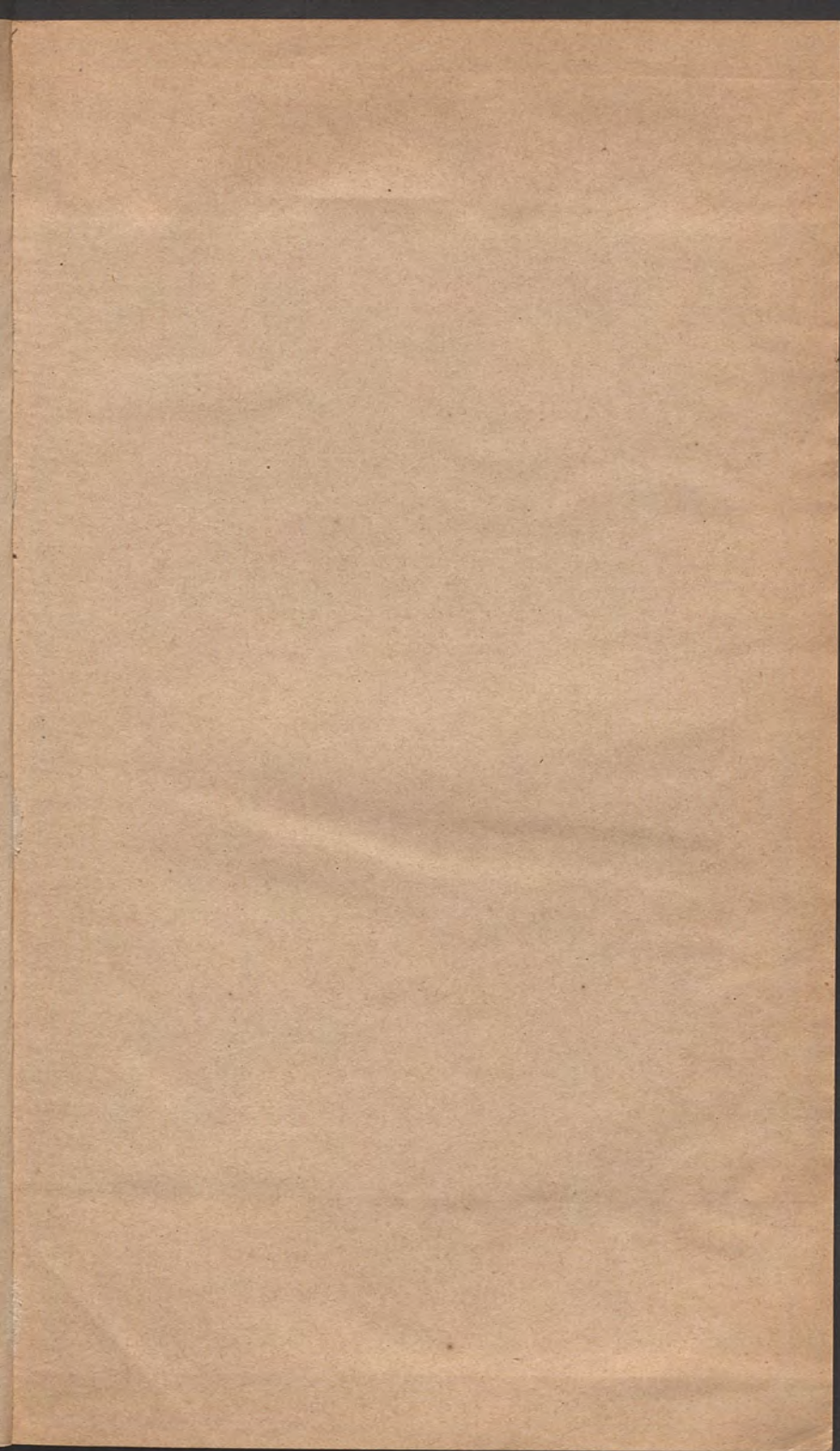
	Págs.
¡Qué formalidad!.....	106
¡Eche usted costumbres!.....	113
¡Viva la apatía!.....	119
Sociedades, casinos y centros.....	124
Sigue el mismo tema.....	130
La enseñanza y la ciencia.....	136
Un aragonés ilustre.....	145
¡Otros!.....	151
Otro.....	158
El cólera de 1885.....	163
Un concejal modelo.....	169
¡Eche usted críticos!.....	176
¡Cómo murmuramos!.....	180
Camino recto y seguro para.....	186
Resumiendo.....	191











## ADVERTENCIA

---

Este libro se vende á 3 pesetas en la Administración de LA DERECHA, San Miguel, 12, bajo.

La reproducción de los artículos y de los conceptos que contiene, es, sin embargo, por esta nota consentida á quien desee hacerla.

Su autor prepara una nueva obra, *Los hombres de Zaragoza en 1884*.

Ésta tratará de los jefes de los partidos políticos, senadores y ex-senadores de la provincia, diputados y ex-diputados á Cortes por la misma, diputados y ex-diputados provinciales, concejales y ex-concejales, directores de periódicos, personas notables y tipos populares.

---

